



**TÓPETE
Y CRECE**

NOVELA

JUAN PABLO CUEVAS

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

CARA A

CARA B

Juan Pablo Cuevas

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

¿Creías que tendrías un trabajo, una pareja y un piso para toda la vida? Jódete y crece nos acerca a los miedos, expectativas y sueños truncados de todos. Las promesas que escuchó «la generación mejor preparada de la historia» se agrietan y una realidad aterradora se intuye tras ellas. Pero, lejos del dramatismo, esta novela nos abre una ventana a las noches de borrachera, a las canciones pop y a la salvaje expiación del sexo y la amistad frente al conformismo y la desesperanza.

Javier acaba de estrenar exitosamente su última obra. Andrés, un actor mediocre, intenta relanzar su carrera acercándose a él. Emma, la mejor amiga del dramaturgo, observa con escepticismo esa nueva relación. Los tres se miran por momentos con la desconfianza que dan las decepciones: las de los amigos que han fallado, los trabajos que les explotaron, los familiares que no estuvieron a la altura. Pero los tres comparten un momento vital y se darán cuenta de que su rabia no sale de lugares tan distintos.

JÓDETE Y CRECE

Juan Pablo Cuevas



Para Bárbara, Manel y Alejandra

Capítulo I

El rey debe morir para que el país pueda vivir.

MAXIMILIEN ROBESPIERRE

La historia está plagada de relatos de genios que superan a sus mentores. Mi favorito es uno en el que ninguno de los dos es un genio, pero ambos se las han apañado para salir en todos los libros de historia. Es un relato lleno de rencor, venganza, cabezas que ruedan y muchas coincidencias. Sí, Robespierre es uno de los protagonistas por excelencia de la Revolución francesa, pero ¿qué habría sido de él sin el rey Luis XVI? Él y Maximilien formaron uno de los primeros tandems héroe-villano. En los libros de historia, verás a Robespierre retratado como un exaltado, extremista, radical, jacobino... Podríamos decir que se tomó muy en serio lo de «el punto medio es el pu(n)to miedo». Sin embargo, aunque a muchos les duela, le debemos nuestros derechos civiles a este kamikaze. Eso a veces no lo ponen en los libros. Un chaval de barrio que se convierte en miembro de la Asamblea Nacional y luego en presidente de una república que él mismo proclama. *My kind of date*. Es el personaje que más me gustaría conocer si viajase al pasado en un capítulo de *Las tres mellizas*. ¿Quién no querría ser Max? Por eso le he dedicado mi segunda obra de teatro.

Hay mucho de mito en torno a su figura, en parte porque, después de poner fin al régimen que había gobernado el mundo durante cinco siglos, se le fueron las manos con la guillotina y todo acabó en una cosa que han llamado muy a la ligera «el terror». También encumbró una secta que proponía llegar a Dios a través de la razón, negando a Dios mismo y a la religión. ¡Pum! Si esto nos está costando en el siglo XXI, imaginaos ~~los cojones~~ lo *indie* que debió de ser en su época. Un auténtico espécimen. Pero detrás de todo el morbo y la sangre, también hay un poco de ternura. Tras morir sus padres, Robespierre es becado en una escuela en la que rápidamente destaca. Un día, el rey Luis XVI organiza una visita al colegio y le encargan al pequeño Max que lea una poesía al monarca a modo de bienvenida. Es un día lluvioso a las afueras de París (que no nos engañen, así es siempre) y él sale mojándose a leer la puta poesía que ha estado pensando para el rey toda la semana. Al ver la lluvia, el imbécil de sangre azul decide no pararse y únicamente saca la mano por la ventana para saludar. Robespierre se queda bajo la lluvia y se mete su poesía en el culo tan adentro que se le infecta, su rabia infantil se transforma en el germen de la República y el 21 de enero de 1793 el rey es guillotinado bajo su mandato. Eso no te lo esperabas, Luis. Pensar en el pequeño Robespierre me llena de ternura y me dan ganas de decirle: «Madura de una puta vez, Max, que a nadie le importa tu puñetera poesía».

Por mucho que tengan espectaculares finales, todas las revoluciones empiezan en casa. ¿Qué chaval no montaría una guillotina gigante solo para ser escuchado? También soy Robespierre a veces. Solo quiero que me escuchen. El final siempre es el mismo.

Al terminar la función, decidí ir a emborracharme al ambigú del teatro.

«La obra está muy bien», me repiten uno tras otra. Es el comentario más ponzoñoso y condescendiente que le puedes decir a un actor, director o dramaturgo. Es tan ambiguo en su intento de agradar que ni siquiera lo consigue. Si alguien sale de ver tu obra y no consigue opinar nada concreto, ni siquiera «la luz era una mierda», probablemente estuvo toda la función mirando el WhatsApp.

Es mi segunda obra en el gran formato y hemos conseguido llenar por lo menos el día del estreno, no está mal. ~~Todo el mundo me mira como si~~ Obviamente nadie me mira, porque nadie me conoce. O hacen que no me conocen. Es una maravilla de este mundillo: poder llegar a conocer a alguien hasta en nueve ocasiones y que en todas esté «encantado de conocerte» y «con ganas de volver a verte por aquí». Cuando miro el móvil, tengo seis llamadas perdidas de Emma. Vuelve al bolsillo. Es la quinta vez que me dicen lo bien que está la obra para mi edad. ¿Por qué sujetarán tan perfectamente estos focos del techo? Necesitaría uno sobre sus cabezas ahora mismo.

Directa del bolsillo a mi cerebro, vuelvo a pensar en Emma. ¿Estará haciendo lo mismo que yo? ¿Sonreír, asentir y aguantar las ganas de matar? Seguramente sí, aunque ella llevará un par de copas de cava. ~~No sabe mandar a nadie a la mierda en silencio~~ Su personaje social está mucho menos desarrollado que el mío. En este tipo de ocasiones, la Emma pedo es la única que puede tomar el control. ¿Estará también pensando en mí? Aprieto fuerte los ojos como hacía Prue en *Embrujadas* e intento mandarle un mensaje con mi cerebro. ¿Le habrá llegado? Podría hacerlo por el móvil, pero no quiero sonar paternalista. Un mensaje tipo «¿Cómo va todo?»

podría sonar como un «¿Estás siendo capaz de manejarte sola?». Y paso. Desde pequeños, le hemos dicho a la gente que éramos gemelos y percibíamos lo que sentía el otro. Desde hace un par de años se nos ha debido de ir la cobertura, o no habremos activado el *roaming*.

Uno de los actores de la obra me saluda a través de las copas y cervezas del resto. Es el chico que tenía una frase y se ha equivocado. Toda su carrera preparándose para ese momento y no lo ha hecho bien. Como si esto fuera un capítulo de *Paquita Salas*. En el momento me he reído, pero ahora me parece más divertido jugar a estar enfadado con él. Le aparto la mirada, finjo que tengo flequillo y me escondo tras él o lo miro solo cuando hablo con otras personas para que piense que lo estamos criticando. La verdad es que es un chico atractivo. Se acerca a mí y mi cerebro grita: «¡Agua!».

Se disculpa tantas veces que incluso me da apuro seguir jugando a que estoy enfadado. Vuelve a decirme que la obra está bien. ¿De verdad? No lo sabía, muchas gracias.

JAVIER: Gracias por darme permiso para seguir creando, es un honor contar con reseñas así de elaboradas.

Aunque no termina de pillarlo, por mi cara sabe que no me he tomado el Prozac esta mañana. No puedo quitar los ojos de la entrada izquierda de su cabeza, que termina en una ola gigante que organiza todo su pelo. Siempre he querido tener el pelo rizado o con alguna onda. Empezamos a hablar de la obra y él me reseña todas las cuestiones técnicas, la luz, la escenografía...

JAVIER: ¿Entiendes la premisa, entonces? (Ataco sin tapujos. Después de un momento de pausa, responde un sí que yo sé que es un no.) ¿Crees que Robespierre, al matar al rey, mata simbólicamente a su padre y es un poco lo que todos deberíamos hacer? (Su cara de terror aumenta por momentos ~~y también mi egeerección.~~)

ANDRÉS: ¿Matar a nuestro padre? (Le pega un trago al último mililitro de cerveza de su vaso.)

JAVIER: Simbólicamente, claro.

ANDRÉS: Ah, claro; si es con símbolos, sí.

La fiesta empieza a decaer y todas las canciones me suenan igual. He intentado hacer un poco de *networking*, pero me ha dado mazo pereza. El chico me dice que se llama Andrés y yo simulo recordarlo de las audiciones. Acepta venir a casa a tomar la última. La conversación inmobiliaria de rigor es lo primero en hacer aparición. Cómo se está gentrificando Madrid, ¿verdad? Parece que le estoy prestando atención, pero en mi cabeza solo hay sitio para trazar un plan y pasar a la acción. Al volver de la cocina con las copas, lo encuentro haciéndose un *selfie* con uno de los premios de teatro que me dieron por cumplir con la cuota gay de aquel año. Me apetece mucho, pero con los años he aprendido a no comentar todas las cosas incómodas que pasan a mi alrededor, así que hago como que no me doy cuenta y me tropiezo a propósito con el sofá para que me escuche acercarme.

De cerca, puedo ver que tiene una nariz cuando menos protagonista. Las narices grandes y exageradas me dan bastante confianza. Me siento muy cerquita de él, para que me escuche bien, y le digo que me he mudado cada uno de los años que llevo viviendo en Madrid, porque odio estar siempre en los mismos pisos.

Su cara es de terror absoluto. Pero sí, no soporto desenvolverme en los mismos espacios durante mucho tiempo y sentir que no me enfrento a ningún reto. La comodidad nos hace aburguesarnos, colega. Y al final, por querer conservar, te vuelves conservador. Intento reinventarme en cada piso, en cada año. Y es cierto, de pequeño solía costarme la vida terminar un videojuego. Me divertía más empezar de cero cada vez. Llegar al final me generaba más ansiedad que volver a empezar de nuevo e ir consiguiendo los *pokémons* en orden.

Mi intención era hablar de pisos nuevos para poder conducir la conversación a experiencias nuevas y de ahí a despertarnos juntos en la cama. Pero las cosas no salen nunca como uno las escribe en su cabeza. Así que empiezo a tirarle todas las fichas de la tragaperras. Él retira mi mano de su rodilla y me confiesa no esperar para nada acabar la noche en mi casa. ¡Pero si soy muy campechano, como el Rey! Mi meta ahora mismo es transitar todos y cada uno de los pasos por los que transcurre una cita entre un chico «heteroperero» y uno gay. ¿Estas cosas existen de verdad o son relatos para calentar las fantasías de todo Chueca? Ni idea, pero de existir, creo que es el momento de quitarme la camiseta.

Aprovecho la oportunidad que me da cuando va a la cocina a por hielos. Es la primera vez que hago una estupidez así, pero hoy tengo un día de esos de «eres joven, haz esto antes de los 30», que le fue tan bien a los de la generación del 27 (y no, no a la de los poetas españoles). Intento tumbarme en el sofá y esperarle a ~~le Plácido Domingo~~ de forma sexi. Al final solo consigo una cosa entre la maja desnuda y el «píntame como a una de tus chicas, Jack». Sonaba mejor en mi cabeza... Cuando entra por la puerta y me ve, se le cae la copa al suelo del susto y me mira con más asco que

deseo. Nunca hagáis cosas que se pueden leer en la *Shangay*, os lo pido por favor.

Suena el timbre y me caigo del sofá.

¿Quién es? ¿Qué quieren? ¿No estoy sufriendo suficiente vergüenza como para encima tener espectadores? Dejarme padecer el rechazo en soledad. Le pido por favor que no se mueva, pero él es más educado que yo y va a por una fregona para limpiarlo. ¿Será el vecino quejándose del ruido? ¿El chico que se dejó una gorra la semana pasada? ¿Viene Pedro Sánchez a ofrecerme un ministerio? «Torpe» y «verborreico» serían dos buenas formas de definirme ante la gestión de las crisis. Me visto con la camiseta al revés y voy a abrir. Y, ~~sorpresa~~ cómo no, es Emma.

Lleva puesto el vestido que supuse que llevaría y que yo le regalé. Las marcas de sus brazos me dicen que se ha estado rascando mientras recorría las fotos de su exposición. Y, por la forma en la que sujeta sus tacones en la mano, sé que se ha bebido más que la copa de cortesía. Viene mojada de arriba abajo, porque en Madrid nunca llevamos paraguas.

Sorpresaaaaaaa. Al habla el cava. Hay unas reglas sociales por las cuales no puedes echar a tu mejor amiga mojada y descalza a la calle, por mucho que te apetezca. Ella se hace la dura frente a la puerta e intenta irse para dejarme a solas con «ese que acabas de conocer». No se lo puedo negar, pero consigo convencerla para entrar.

Emma inunda mi salón porque es suyo. Podría caminar por la casa sin pisar el suelo, apoyándose solo en las fotos de los dos. Juega en casa y lo sabe. Se sienta entre Andrés y yo y la tensión sexual —¿había de esto?— desaparece. Le pregunta por su papel en la obra y sobre si ha entendido la premisa. Sabe dónde golpear.

La conversación se convierte en un interrogatorio de guerra hacia Andrés al que me sumo sin piedad. El mismo que le hicimos a Rodrigo en tercero de primaria para ver si había sido él quien había dicho que yo era mariquita. Un clásico.

Emma sigue bebiendo y regurgitando el *whisky* mientras aprieta a Andrés con preguntas sobre el método Stanislavski y la preparación de sus personajes. También aprovecha para ironizar sobre lo mucho que me gusta a mí llegar al fondo de las actuaciones de los actores en mis montajes.

Me imagino su línea de pensamiento:

—¿De dónde eres? («Vuélvete a tu ciénaga».)

—¿Y dónde estudiaste arte dramático? («¿Consideras un seminario integral para el actor hacer de árbol en la función del instituto?»))

—¿Y eres de Barcelona? Me flipa Barcelona. («Eres de esos descerebrados que dicen que Barna es muy cosmopolita y es igual que Madrid pero con playa. Valiente desfachatez.»)

Cuando empiezo a notar el sudor de Andrés cayendo por sus mejillas, cambio el foco y le pregunto a Emma por sus fotos. Su cara de «¿ya vamos a hablar de mí?» me representa. Hablar de mí significa hablar de que estoy mal. Esto lo entendí el día que perdió su primer concurso de *christmas* del colegio. Los *christmas* son representaciones de la enfermedad de nuestra sociedad para cualquiera que los vea. Si te fijas bien, puedes ver un José ausente, una madre hastiada y un niño «bulleado» sobre el que han depositado la esperanza de salvar a la humanidad. A esto súmalo una mula y un buey al que nadie hace ni puto caso, cagados encima porque no los sacan. Yo siempre era el que hacía los *christmas*

punkies —cómo no— en los que José había ido a por tabaco, María eran dos y el buey era un cerdo vietnamita. Podréis imaginar que a sor Asun no le gustaban mucho mis dibujos y no solía dejar que pasasen de la primera criba. El caso de Emma era diferente: ella empezaba a diseñar desde septiembre los colores, las luces, el difuminado con Plastidecor... Nada que envidiar a la escuela de Florencia. Pero vivimos en España, sociedad del sándwich mixto a tope, y siempre ganaban los que sabían tocar la flauta de lo patrio. Aquel año ganó uno con don Quijote y Sancho buscando el portal. Menuda estafa. Los dos aprendimos una valiosa lección ese día: Emma, que por mucho que te esfuerces, al final lo que la gente quiere es verse representada en su absoluta mediocridad. En mi caso, que tampoco existía en los *christmas*, al igual que me pasaba con los libros, las películas o la tele.

Resulta evidente que su exposición de fotografía no ha ido como esperaba y de ahí que esté aquí. Termina cada frase con un «pero estoy bien». Andrés sigue preguntando y le hago un gesto para que se calle. Creo que debe de ser la primera vez en la noche que no deseo besarle. En ese momento el foco gira sobre mí y Emma.

Cuando éramos pequeños y los prematuros esos que teníamos en clase nos ponían en el centro de sus preguntas, estas siempre sonaban como (voz de niño irritante): «¿Sois novios? ¿Por qué vais de la mano si no sois novios? ¿La has adoptado porque sus padres se han divorciado? ¿Ya no tiene padres? ¿Quieres convertirla en gay y que sea tu novio? ¿Tienes pilila o tutifrutí?». Lo de que los niños a esa edad pueden ser realmente crueles ya se ha dicho; lo que no sabíamos es que tuviesen esa capacidad de análisis tan exhaustiva. Emma solía desbordarse en lágrimas todos los recreos, así que le daba mi bocadillo y nos poníamos a leer los libros que habíamos robado a nuestros padres.

JAVIER: ¿Qué significa sobredosis?

EMMA: Que te has tomado mucho Apiretal.

JAVIER: Ah, gracias, E.

Hoy las preguntas suelen ser un poco más cordiales («¿cuándo os conocisteis», «¿fuisteis juntos al cole?»), aunque siempre hay alguna más indiscreta del estilo: «¿Nunca os habéis acostado juntos?». Puaj. Y es difícil no retrotraerte al jardín de infancia y a los veinte años *non-stop* de amistad y a todo lo que viene con ella que lo hace amistad de verdad. Yo le quitaba los piojos a Emma y ella me enseñó a afeitarme con un tutorial de YouTube, y eso une. Por eso, aunque Andrés me invite a ir a su casa —¡SU CASA!— en el barrio del Pilar a tomarnos la última copa, me quedo mirando el pelo de Emma invadiendo su cara y pensando en lo grande que se está haciendo ese lunar de la mejilla.

JAVIER: Quedamos otro día y nos tomamos esas copas, ¿vale?

Me despido de él en la puerta. Sustituyo su intento de abrazo por unas palmadas en la mejilla. Lamentables palmaditas. Cuando vuelvo, Emma me pregunta por qué no me he ido con él. Y se lo dejo claro: yo a Narnia no me voy ni por dinero. Acto seguido, dejo caer todo mi peso sobre su cuerpo; los huesos de sus caderas parecen frágiles, pero podrían con todo el peso de las circunstancias. Suspiramos fuerte y vaciamos los pulmones. El contacto entre los dos está tan naturalizado que no sé dónde acaba mi cuerpo y empieza el suyo.

EMMA: Mátame.

JAVIER: ¿Y quién me mata a mí?

EMMA: ¿Vemos un capítulo de *Friends* y lo hablamos mañana?

Aún me cuesta creer cómo nos tragamos como representativa la vida de seis ególatras con problemas del primer mundo, que no se dedican a nada y viven en el centro de Nueva York sin dificultades para pagar el alquiler. A lo mejor lo que pasa es que no queremos que *Friends* nos represente, simplemente que nos alivie, como me pasa con ese capítulo en el que Rachel pide la *pizza* con anchoas en la salsa de tomate para fastidiar a Ross. Emma empieza a ~~roncar~~ respirar fuerte en mis piernas y se me quedan dormidas por la falta de circulación. Me quedo allí sentado pensando en que habremos hecho muchas cosas mal, pero he acertado de cojones eligiendo a mi mejor amiga.

Capítulo II

Repite conmigo: los peores tropiezos los he dado pensando con la cabeza de otro.

RODRIGO GARCÍA,
Haberos quedado en casa, capullos

Los días siguientes a la noche en la que todo se quedó a medias, seguí encontrándome con Andrés en algunos ensayos y funciones. Solía aparentar que no lo veía o que estaba muy ocupado como para saludarlo. Muchas veces encontraba su mirada siguiéndome, clavada en mí, y en cuanto se la devolvía hacía como que estaba a otra cosa. En alguna ocasión hasta me di cuenta de que intentaba saludarme, pero finalmente se guardaba la mano detrás de la cabeza. ¿Quién estaba siendo más inmaduro de los dos? Podría ser el título de mi primer álbum. No me había fijado en lo corpulento que es. A decir verdad, hasta el día del estreno no había puesto mucha atención en él. Allí, en casa, parecía tan pequeño, rodeado por mí, por Emma y nuestro todo. Viéndolo ahora encima del escenario, su espalda hace una uve perfecta hasta su cintura. ~~Ya sabéis lo que dicen, ancho de espalda y estrecho de culo...~~ Al prestarle más atención, me di cuenta de que resulta bastante gracioso comprobar cómo no sabe qué hacer con sus manos en escena, las intenta esconder, que viene a ser como camuflar dos palas de cavar a plena vista. Cuando se siente observado, se sonroja y mete la voz hacia

dentro, como los niños que se hacen altos de golpe y aún no saben dominar su cuerpo en el espacio.

Acabé siendo dramaturgo y director porque, llegado a un punto, me di cuenta de que trabajaba mejor para los demás que para mí mismo. Así que, más por alivio que por deseo, me convertí en una de esas personas que saben resolver los conflictos de los demás, pero no tienen ni idea de qué hacer con los suyos. Básicamente, en un director de teatro, el que canaliza los problemas de los demás hacia algo creativo. Algunos días me levanto y estoy completamente convencido de que podemos volver a enamorarnos de este arte. Otros, me pregunto si no estamos intentando estirar algo que está destinado a morir. Aunque esos son los que menos. Desde que empecé, recuerdo sufrir en las salas. Como actor, las palabras se volvían complicadas y las expectativas eran demasiado altas y, como dramaturgo, acabas temiendo que nadie te entienda. Hasta entonces, no me había dado cuenta de la exigencia tan grande que supone que te encierren durante unas horas a tener que ver, oír, sentir lo que otros tienen que contarte, sin una pausa, sin la capacidad de parar para digerir, vomitar, asimilar... Eso es lo que me encanta del teatro: que no ofrece treguas. Carece de botón de *pause*. Y esta es la originalidad que lo mantiene hoy en pie, porque huye de la conformidad y nunca se permite ser condescendiente. Eso me gusta pensar de mí mismo. Creemos que veremos una obra para entretenernos, pero en realidad compramos una entrada para un atraco emocional y salir cambiados del todo. No hay dramaturgia sin cambio. Y no hay cambio sin ~~decisiones~~ acciones.

Todo se transformó el día que Andrés, Emma y yo nos encontramos, aunque no lo comprendería hasta un tiempo después. No me había dado cuenta de lo intrigado que me dejó nuestro encuentro. Solo quería entrar en su camerino compartido y gritarle

algo así como «¿te molo o qué pasa?». Pero decidí mantener un poco el nivel de dramaturgo *indie* y quedarme con las ganas. Otra de las maravillas del teatro: todos los personajes dicen exactamente lo contrario a lo que sienten. Así que empecé a mostrar un pasotismo absoluto por Andrés e incluso volví a preguntarle su nombre un par de veces.

Pasada una semana, recibo un mensaje de voz de un número desconocido. Su foto de perfil era un poco *creepy*, la silueta de un señor que debía de estar muy a gusto de cara al sol. Pensé que sería uno de esos cretinos que me escriben para dejar constancia de lo poco que les ha gustado una de mis obras. Ya estaba dispuesto a escribirle «señora, que si quiere bolsa», pero resultó que no era este uno de esos casos.

ANDRÉS (*audio*): Esto... Hola... Soy Javier. Digo Andrés, soy Andrés. El chico de tu obra, del otro día... ¿Te acuerdas de mí? Bueno, es que como el otro día dijimos de volver a vernos y yo sé que no te gusta dejar nada a medias... Vamos, que estoy por aquí, por el teatro, y he pensado que, a lo mejor, si no tienes nada que hacer, te apetecería tomarnos esas copas que dejamos pendientes el otro día... O no. No sé. Pero...

Y ahí se corta. Tranquilo, Andrés, WhatsApp nos ha traicionado a todos alguna vez. Pero menos mal que no me estás viendo ahora mismo, porque la sonrisa no se me quita ni a martillazos. Me habría gustado contestarle: «No hay copas en Madrid para recoger lo que babeas por mí, bb», pero, otra vez ahí, Chéjov juzgándome para que no lo haga. Intento responder algo que no le haga pensar que llevaba una semana esperando este mensaje. Porque todos

sabemos que cuando muestras interés por alguien estás más que perdido.

JAVIER (*audio*): ¡Hombre! Mi pregonero favorito... Claro que me apetece, tío. Estoy acabando un ensayo, ¿nos vemos a las siete? Vengaaa...

Nuestra generación será castigada por alargar de esa forma las sílabas para parecer menos interesada en la vida. Guardo el número de Andrés y salgo de la conversación para abrir la que tengo con Emma, ~~voy a enviarle un audio y a contarle que...~~ No, mejor no. Al final se acabará enterando, pero no quiero escuchar la cancioncita de que solo se acerca a mí por mis contactos o que demuestra mucha homofobia interiorizada salir con un chico hetero. Apago el móvil porque hoy no me apetece pensar con la cabeza de otro.

Abro Spotify y suena *Florence and the Machine* y deseo que, aunque sea solo por un rato, los «dogs days are over». Vomito toda la ropa que tengo sobre la cama y me pruebo un montón de camisas, intentando encontrar alguna con la que poder representar lo que quiero que Andrés entienda. A esto los sociólogos lo llaman interaccionismo simbólico. Yo lo llamo «¿qué coño me pongo?». Normalmente le mandarí a Emma un montón de fotos frente al espejo con cara de asesino en serie, para que ella me pudiera decir qué ponerme y parar esta agonía. Pero sé que si lo hago voy a tener que escucharla volver a llamarle «Alfonso». Creo que Emma ve poco la tele, ya nadie es hetero. Al final acabo poniéndome una camisa hawaiana preciosa que me regaló ella y con la que seguro que parece que todo me da igual.

Aterrizo en la dirección que me ha pasado Andrés y es peor de lo que pensaba. Una de esas terrazas *lounges music fun* que han

montado en Madrid para engañar a los turistas y en la que te cobran seis euros por una cerveza. Supongo que su intención era impresionarme, así que le digo que nunca había estado allí y que madre mía qué bonitas las sillas de metacrilato, muy originales. Por su forma de vestir puedo imaginar que él también ha pensado en cómo parecer informal-*casual*-chic. Vamos, que había hecho el ridículo frente al espejo un par de horas. Horas perdidas. Sus náuticos y su camisa de manga corta azul me dan más ternura que deseo. También su cara cuarteada por un reciente afeitado, rogando por un chorrito de *aftershave*. Ahora, sin barba, su nariz domina la escena más que nunca y soy incapaz de mirar otra cosa. No hay nada más sexi en un tío que una nariz protagonista. Nada más pedir, nos traen la cuenta, normas de la casa, e insisto en hacerme cargo. Empezamos a discutir sobre quién va a pagar, cosa que siempre he criticado de los adultos, pero ahí estoy, deseando que me timen en ese *atrapaguiris*.

En un primer momento, salva la conversación nuestro vínculo profesional, que nos lleva a nuestro primer encuentro en casa, con la invasión de Emma. «¿Qué tal está, por cierto? ¿Mejor de lo tuyo?» Si llega a estar aquí, te abre la cabeza contra una tumbona, chaval. Pero después de agotar esos comodines, los silencios empiezan a prolongarse y mi miedo a ellos se apodera de mí. Los temas van pasando por un variado: la gentrificación, el problema del calentamiento global... Una especie de combo ganador de historias de ascensor, muy muy mal encaminadas para dedicarme yo a lo que me dedico. El sol de Madrid nos golpea sin piedad y ni tan siquiera el agua que cae de esos difusores del techo nos da alguna tregua. Tampoco ayuda, por mucho que se empeñen los de las terrazas, el mobiliario de plástico translúcido ni el suelo de césped artificial.

Estamos en un infierno de plásticos, charlas sin argumento y cerveza caliente.

Nuestra escasa conversación se ve interrumpida por unos gritos, pitidos y bocinas. Una manifestación, liderada por mujeres, invade la calzada de nuestra derecha. Por las pancartas, me doy cuenta de que es una manifestación trans. Me embobo enseguida en lo que está pasando detrás de mí, dejando a Andrés con la palabra en la boca. Todas allí dejándose las gargantas me pone la piel de gallina. En la película que me acabo de montar en la cabeza, Andrés y yo somos los malditos burgueses que disfrutaban de privilegios como poder besarse en público, mientras ellas se lo curran. Nos miro, con la misma rabia con la que alguna vez he contemplado a mis padres o a mis compañeros de colegio. Es el mismo odio que le he lanzado con los ojos a mi profesor de Economía. Este asco que siento por todos los que somos un problema en vez de jodernos y cambiarlo todo. No me quiero quedar en esa terraza quejándome con Andrés de lo duro que es nuestro «mundillo». Menuda mierda de palabra. Necesito un poco de acción.

JAVIER: Vámonos de aquí, joder.

No le doy mucha opción a réplica porque ya me he levantado de la silla y estoy echando a correr hacia allá, sin tan siquiera reparar en si me sigue o no. No me quiero poner delante, así que encuentro un sitio por el medio y me adapto al paso. Cuánta confianza demostraban en un paso que es por definición tan inseguro. Tampoco somos muchos, pero eso me hace sentir bastante más cubierto. Este nuevo plan me parece mucho más atractivo que el de la terraza de plástico. Sin despeinarme mucho, miro hacia un lado y veo a Andrés venir corriendo hacia mí. Él con su camisa de la

primera comunión y yo con mi camisa hawaiana somos lo más pintoresco de esa manifestación, que ya es decir, pero me siento mucho más integrado que en ese bar. Sin pensarlo, me ha subido la conciencia de clase hasta el cerebro y arengo a Andrés para que empiece a gritar conmigo las cosas que los demás están aullando. Los lemas son bastante ingeniosos y siento un poco de envidia por no haber sido yo a quien se le hayan ocurrido. Me representan bastante más que muchas de las cosas que he escrito en mi vida.

Andrés me sigue un poco desconcertado, pero bastante más participativo de lo que imaginaba. Vamos subiendo la Gran Vía, ocupando la carretera, hablando de que esto es lo más útil que he hecho en mi vida. Hay mucho de trans en negarme como heterosexual. Si la definición de hombre es un tío heterosexual, machista y cavernícola, apúntame a tope en ser trans. Ya se encargaban lo suficiente en el cole de que no me creyese un hombre. Me han negado tantas veces el acceso a ese club que se me han quitado las ganas de entrar. En este grupo nadie me ha preguntado qué coño hago aquí ni me ha pedido mi carné de marica. Así que su lucha es mía y al revés. Prefiero mil veces ser trans a un homosexual burgués. No hay masculinidad dominante que me atraiga, aunque sea en el ambiente.

Le voy contando todas estas cosas a Andrés, que me mira con una cara de entender un diez por ciento de lo que explico y salen de mi garganta todas las cosas que nunca digo por sentirme menos activista que otros. No sé de dónde salen, pero unos fachitas con banderitas nos empiezan a gritar y me sacan de lo que estoy diciendo. Muchas de nosotras, incluido Andrés, al que arrastro por el brazo, vamos a devolvérsela y acabamos tirándonos sillas y lo que encontramos a mano. Sus gritos de «putas» y «maricones» nos hacen más fuertes. Cari, quiero ser puta y maricón si eso significa

no ser como tú. Uno de ellos me da con un cenicero en un hombro y Andrés sale corriendo a por mí como si fuese una escena de *Salvar al soldado Ryan*, ~~pero todos maricones~~.

Me insiste en que vayamos al médico, pero no hay médico que me quite a mí la adrenalina de estar metido en todo esto. Las cosas no ocurren a cámara lenta, no hay planos generales mezclados con imágenes detalle de los tatuajes nazis, ni de los objetos que lanzamos. Todo se sucede de forma abrupta y sin condiciones y nos pilla en medio irremediablemente. Tampoco tenemos tiempo de decidir si participamos; simplemente está ocurriendo y estoy dejando que pase, como todas las cosas importantes en mi vida. Las decisiones más vitales, tomadas en milésimas de segundo, carentes de planificación, palabras bonitas o acciones heroicas. Más bien el azar, obligándonos a comprometernos nos guste o no. Otra vez más, lo bueno viene siempre cuando no te lo preparas, eso que llaman «las cosas del directo». A todos nos hace gracia cuando la presentadora del telediario se confunde. Al resto lo llamaremos «grueso de cosas planificadas que no interesan a nadie». Y aquí estamos, jodiendo a la España que no interesa con un montón de mobiliario urbano.

Estamos tan concentrados en lanzar cosas que no nos damos cuenta de que, a nuestra espalda, unas lecheras con unos cuantos policías vienen a sofocar la pelea. Antes de que podamos decir nada, se bajan del coche, sacan las porras y todos empezamos a correr. Tomo a Andrés y nos abalanzamos hacia Santo Domingo, en una de las calles que salen de Callao. En apenas unos segundos hemos llegado al Palacio Real y, ahora que nos sentimos seguros, dejamos de correr y nos dejamos llevar. Jadeantes. Andrés con la camisa rota y yo con un poco de sangre en la rodilla derecha. Nuestros cuerpos mojados no oponen resistencia y terminamos

tumbados en los jardines de la plaza de Oriente, tenía que ser aquí. Cuando asimilamos por fin los últimos diez minutos, empezamos a reírnos como monos.

Combatir el estado heteropatriarcal nos ha dado hambre, así que nos acercamos a un supermercado y cogemos unos bocadillos y unas cervezas y volvemos al césped para comentar la jugada. La noche nos pilla desprevenidos, mientras yo empapo a Andrés de todo mi universo. Empezamos hablando del género, Judith Butler, las personas trans, la deconstrucción, mi yo pequeño y «mariquita» en un colegio de curas... Al contrario ~~de lo que yo haría~~ de lo que harían muchos, no hace como que sabe de lo que estoy hablando; me pregunta con curiosidad. Su ignorancia no es una debilidad sino todo lo contrario. Me mira con cara de que le interesa lo que digo y siento que estamos follando. La misma puta química que si me la estuviese metiendo. Cuando me quiero dar cuenta, estoy totalmente encima de él y se me eriza la piel de golpe.

Nuestra conversación le ha sacudido y se han bajado las barreras. Esos muros que han construido para nosotros desde pequeños para que, pase lo que pase, jamás se nos ocurra pensar con nuestra cabeza. Y muchísimo menos mostrar lo que somos. Siempre esta imagen prefabricada por padres ignorantes y leyes educativas de cuatro años.

No solo me deja tocarle y me toca, también empieza a hablar. Siento cómo las palabras salen de forma irregular, a borbotones, a veces sin sentido y de golpe vomitadas en cascada sobre mí. Resulta que el padre de Andrés vivía más fuera de casa que dentro. Él pasaba casi todo el día bajo el cuidado de sus hermanos mayores, mientras su madre limpiaba la casa y se encargaba de todo. La segunda residencia de su padre era el Richi, un bar cercano a su piso en el barrio de Ciutat Meridiana. Los días en los

que Martín se aferraba a su taburete del Richi, Andrés y sus hermanos iban a recogerlo cuando su madre se preocupaba de más, para llevarlo a casa, donde ella les esperaba con las ojeras por los suelos y sabiendo que esa noche tocaba «fiesta». La imagen no tiene desperdicio: tres adolescentes recogiendo los escombros en los que se ha convertido su padre, contaminándose a tope de su hedor a DYC. Una noche, que se hizo mañana, su padre seguía desaparecido, pero ninguno se preocupó. Nadie llamó a la policía ni lo buscaron cuando los del Richi le dijeron que no andaba por allí. Los tres hermanos se quedaron dormidos en el sofá y, cuando se levantaron, sus cosas estaban en tres maletas que su madre había preparado. Solo el mayor, Jordi, sabía que no iban realmente a pasar unos días a casa de su tía. Martín, el Richi y el taxi pasaron a ser temas tabú que solo se sacaban cuando alguno estaba muy cabreado y quería joder de verdad a otro.

La psicóloga del colegio le dijo que ahora tenía que hacerse a su nueva familia desestructurada. Como si hubiese alguna familia estructurada. O como si las familias no fuesen precisamente eso, trozos superpuestos de otros. Experimentos que en algún momento a alguien le parecieron una buena idea.

Menuda imbécil.

La siguiente vez que Andrés vio a su padre, iba en su taxi. Se paró frente a él en un semáforo en l'Eixample. Andrés se quedó mirando al coche, mientras su padre seguía con los ojos en el móvil. Él no paraba de gritarle «que me mires, joder, que soy yo». Lo gritó y se jodió las cuerdas vocales, intentando que su padre le mirase. Solo los pitidos de los coches sacaron a Martín de su ensimismamiento. Trató de pisar el acelerador, pero el coche se caló. Para cuando vio a Andrés, este ya había cruzado. Esa misma noche fue él quien hizo la maleta y se vino a vivir a Madrid.

ANDRÉS: Un año entero me pasé castigado en el instituto. Llegué a pensar un montón de imbecilidades. Al no estar mi padre, imaginaba todas las cosas que me estaría perdiendo de él, en lo que podría hacer para que volviese o en qué habría sido de nosotros si mi madre no hubiese hecho las maletas ese día. Recuerdo que, nada más irnos de casa, le pedía a mi hermano cada semana que me cortase el pelo para que mi padre me reconociese. Hasta llevaba la misma ropa. Ninguno de esos días pensé en lo jodida que debería de estar mi madre, teniendo que fregar casas para pagarnos la manutención a los tres. Me doy vergüenza.

JAVIER: Solo necesitabas un amigo *elegebeté* para dejar de ser un *señoro*.

ANDRÉS: ¿Siempre eres así de bruto?

Y me agarra de la pechera y me zarandea por todo el césped hasta que los dos acabamos con la ropa verde y llenos de hojas. Es el típico momento de toda comedia romántica en el que nos besaríamos, pero no sucede. Empieza a sonar mi teléfono móvil y supongo que el «detector de movimientos gais» de Andrés se activa y se separa de mí. Es Emma. Lo pongo en silencio antes de sentirme culpable por no cogerlo, pero Andrés ya tiene su mano tendida para levantarme. Una vez arriba, se me ocurre algo, algo por lo que podrían echarme para siempre de la productora que me ha contratado, pero ahora mismo qué más da. Pasamos por una tienda 24 horas y compro otro pack de cervezas. Seguimos caminando y charlando e intento distraer a Andrés para que no se dé cuenta de hacia dónde nos dirigimos. Frente a la puerta del teatro, saco las llaves y desconecto la alarma. Andrés frunce el ceño pero se deja hacer.

Ver el teatro a oscuras me eriza la piel. Parece tan inofensivo, delicado, con sus asientos de terciopelo y su madera desgastada... ¿Quién podría sufrir en un lugar así?

Enciendo solo unos frontales, lo suficiente para que podamos ver un poco y para que aún sean distinguibles las butacas. Todos los asientos vacíos nos señalan. ¿Qué viene ahora?, preguntan. Y yo qué sé. Andrés se ha colocado en el centro del escenario, un poco más pegado a proscenio. Su cuerpo está claramente intimidado, como si un taxi calado lo fuese a atropellar. Puede parecer lo contrario, pero un taxi calado no es una amenaza, tener miedo no es de niños y una herencia no es una condena.

Me coloco en un lateral de Andrés, con la suficiente distancia para que sepa que estoy allí. Que los dos estamos jugando allí. Le pido que se imagine en ese paso de cebra, pero que no lo haga como el Andrés que vivió ese momento, sino como el Andrés que ha crecido en la distancia. El lugar es el mismo, puede oler el humo de los coches y padecer el calor que emana del asfalto; los destellos del sol que queda tras el taxi le siguen cegando. Puede hasta oír el ruido del motor e incluso el aire acondicionado funcionando dentro. Sin embargo, él no es igual. No nota los granos en la cara de su acné adolescente, no percibe el mismo calor sofocante que sufrimos todos de adolescentes. No se queda sin palabras, no está paralizado. Mira a su padre y piensa: «No tengo miedo». Le insto a que le diga lo que siente y se deje de heridas y de tonterías. Presente, presente y presente. Acción, eso es lo que necesitamos.

JAVIER: Vamos, grítale todo lo que pienses de él.

ANDRÉS: Eres un mierda.

JAVIER: Mucho más. ¿En serio? Pero ¿el marica no era yo? Saca un poco de furia.

ANDRÉS: Te odio. Te odio y no soy como tú. Ojalá te estrelles con el taxi ese de mierda que solo huele a tabaco. No te necesito. Nadie necesita un taxi ya, imbécil.

Nos hemos cagado un poco en el «yo» herido y en todas esas tonterías. Seguro que esos psicólogos que tardan diez años en sacarse la carrera y que confían en las terapias orientales me defenestrarían. Pero no hay nada que siente mejor que mearte encima de tus traumas. Me acuerdo de aquella señora que me quería curar el bruxismo con reiki.

Parece que Andrés va a romper a llorar. Cuando le agarro por detrás, pongo las manos en su pecho para que deje de temblar. Los dos nos aliviamos mucho en ese momento. No sé si esto ha sido juntar un poco lo profesional con lo ¿romántico?, pero voy un poco pedo y de verdad necesito que todos dejemos de ser unos adolescentes asustados.

«Ya estás en la otra acera —le digo—, has llegado hasta el final y ya no llevas esa mochila horrorosa.» Andrés abre los ojos y me mira como si se acabase de levantar de un mal sueño. Acerca su cabeza hasta la mía y parece dispuesto a besarme, pero una voz nos interrumpe. «Otra vez los niñatos estos de los cojones...» Es Jose, el vigilante nocturno. Guiado por el miedo y supongo que por el cansancio, hace mucho ruido para entrar en la sala y, cuando nos ve, se calma. Le cuento que estábamos ensayando unas líneas y nos mira como si fuésemos marcianos. Baja la linterna y nos invita a unas cervezas en la garita. Nos metemos dentro y le contamos el día de hoy y por qué llevamos la ropa rasgada y con rastros de sangre.

JAVIER: ¿Te he curado el bruxismo?

ANDRÉS: No creo que funcione así. (Pongo cara de pena.)

ANDRÉS: Bueno, sí. Ahora que lo dices, un poco sí.

Me despido de él y ~~ruedo como una croqueta feliz~~ camino hasta casa pensando en la de cosas que podríamos hacer Andrés y yo para curarnos el bruxismo. Ya está amaneciendo mientras subo las escaleras. Tenía un mensaje de Emma y le doy al *play* sin pensar en las consecuencias.

EMMA (*audio*): Jota, te llevo llamando toda la tarde. Te he visto tirando sillas en Telemadrid. Mi madre lleva un rato hablando con la policía por si te ha pasado algo. La estoy tranquilizando, seguro que estarás por ahí aplastando al patriarcado. (Pausa.) En verdad, solo te llamaba porque quería contarte que van a hacerte un reportaje en la revista, sobre talentos emergentes, y me han pedido a mí que te haga las fotos, como nos conocemos... En fin. Hablamos mañana. Te quiero.

Dear Javier de Miguel,

We are pleased to inform you that you have been accepted in the postgraduate program New Narratives in Contemporary Theater for which you applied.

If you are interested in accepting the place, please continue with the process as detailed in the attached file.

Once again, I extend my congratulations. We are pleased that you have decided to bet on our university to continue your studies.

Best regards,

SARAH MORGAN,
BOSTON UNIVERSITY DEPARTMENT OF ARTS

O lo que es lo mismo:

Estimado Javier de Miguel:

Nos complace informarle de que ha sido aceptado en el programa de posgrado Nuevas Narrativas en el Teatro Contemporáneo, por el que usted se ha interesado.

Le rogamos que, en caso de decidir aceptar la plaza, siga con el proceso de la forma en la que detallamos en el archivo adjunto.

Enhorabuena y nos congratula que haya decidido apostar por nuestra universidad para seguir con sus estudios.

Saludos cordiales,

SARAH MORGAN,

DEPARTAMENTO DE ARTES DE LA UNIVERSIDAD DE BOSTON

Capítulo III

Pero a la gente le gusta pensar que lo más importante está en el fondo.

Por eso, cuando alguien dice algo inteligente, se dice que es «profundo».

Y eso es una gilipollez. Porque ¿qué pasa si en lo profundo no hay nada?

PABLO MESSIEZ,
Las plantas

Espero a mi visita en una cafetería de Legazpi. El mismo antro que hace cinco años, pero con plantas artificiales típicas de la Provenza y un juego de palabras en el título muy original, «Legazpie». Además, te cobran cuatro euros por un café. Tenemos lo que nos merecemos. Mientras le doy vueltas al mío, la plaza del posgrado ocupa mi cabeza. Tampoco puedo dejar de imaginar escenarios terribles en los que Emma se enfada conmigo por diversos motivos.

No cancelé el estreno: diez años de indiferencia.

No le conté lo que pasó con Andrés: tres meses de bloqueo telefónico.

No le he contado lo de Boston: para eso no hay perdón.

Rumiando todo lo que me agobia, alguien me abraza por detrás. Pego un respingo del susto y Ángeles me calma y me pide disculpas por la sorpresa. Sabe que odio los sustos, pero también que no me podría enfadar con ella jamás. Cuando me giro, me da un beso en

los labios y me estruja tanto que podrían salirse los órganos como a las vaquitas esas que se llevaban en los llaveros. Huele a tabaco y a caramelos de regaliz. Se sienta frente a mí y veo que se ha dejado el pelo más largo y que está algo más gordita, cosa que le sienta muy bien. Pide un café con leche al camarero más alejado de nosotros —pero el más guapo, me dice— y empieza a soltarme piropos. Que estoy guapísimo, que lloró un montón viendo la obra, lo orgullosísima que está de mí y las ganas que tiene de verme en algo de televisión. Después de cinco años, aún no ha entendido que he dejado de actuar. Acto seguido coge mis manos y las aprieta junto a las suyas, me mira muy seria y me pregunta por qué tengo esa cara de culo. Me echo a reír, cosa que le horroriza aún más y llega el camarero guapo con su café. Ángeles le pone ojitos, pero el chico, que tendrá pocos más años que yo, pasa absolutamente de ella.

Ángeles tuvo a Emma cuando era muy joven, así que nunca la he sentido una «mamá». Tampoco pudo quedarse en casa mucho tiempo cuidándola, por lo que no era para mí una «persona mayor». Emma aún no había cumplido tres meses y su padre ya las había dejado por otra, que luego dejó por otra y luego por otra y así hasta nuestros días. Debió de salir escarmentado, porque Emma fue lo único que dejó por el camino. Por entonces, Ángeles era una chica preciosa de veinte años, que compaginaba el magisterio en inglés con clases de teatro. En vez de acabar sus estudios, decidió sacarse el curso de auxiliar de vuelo y entró como azafata de Iberia. Desde entonces, Emma pasaba mucho tiempo con sus abuelos o en mi casa, mientras Ángeles cruzaba el Atlántico para poder pagar colegio, techo, comida, ropa... Siempre que estaba más de dos días seguidos en la ciudad, me pasaba a verla. El piso de Emma y Ángeles era muy peculiar, más pequeño que el mío pero mucho más

hogar. O por lo menos yo lo sentía así. Las paredes estaban llenas de fotos de ellas dos y de mapas de diferentes ciudades. Cuando entraba por la puerta, Ángeles me sorprendía con algún recuerdo que había traído de sus viajes. Un gorro peruano, un billete de un dólar, sirope de arce... Fuese lo que fuese, aunque se tratase de cosas de comer, yo me lo llevaba a casa y lo guardaba en mi caja de los tesoros, debajo de la cama, esperando que algún día entendiese su significado. Realmente quería que Ángeles fuese mi madre. Soñaba con tener los documentos de la adopción listos para que ella los firmase mucho antes de tener edad para hacer fotocopias, como Matilda.

Con el desayuno delante, Ángeles me cuenta sobre los viajes. Ya está cansada de los cambios de presión, de los hoteles y en especial de los pasajeros. Está pensando en prejubilarse y quedarse con un poco menos, pero más tranquila, disfrutando de Emma y de todas las cosas que no ha podido hacer en estos años. Parece que está a su movida, pero sigue muy pendiente de mis gestos, de cómo miro el móvil, me muerdo las uñas y me rasco la cabeza. «¿Sigues con la dermatitis?» Me debo de estar rascando la cabeza muy fuerte. Y, zas, ya estamos hablando de mí. Nunca terminaré de entender cómo consigue noquearme a fuerza de comentarios frívolos sobre la actualidad, hasta que llega de golpe a lo que quiero contarle.

JAVIER: No sé lo que estoy haciendo con mi vida.

ÁNGELES: ¿Y quién sí, cariño mío?

Siempre he seguido al pie de la letra todos los consejos que me ha dado Ángeles. A ella le preguntaba todas las cosas que no me atrevía a preguntarle a mi madre. Porque todo niño tiene cosas que

no quiere contar a sus padres y, en este caso, porque mis padres no sabían qué contestar a muchas de las preguntas que me hacía. No siempre seguir sus consejos me fue muy bien, pero no por eso dejé de hacerlo. El día que llegué a casa destrozado porque un chaval de clase me hacía *bullying*, Ángeles me recomendó plantarle cara al día siguiente y decirle que su obsesión con que yo fuese gay se debía probablemente a que él también lo era. Después me dio un vaso de ColaCao con galletas. Teniendo en cuenta que el ColaCao es un 70 % de azúcar, no sé qué consejo me sentó peor. Porque, al salir del colegio al día siguiente, volví directamente a su casa antes de ir a la mía con el labio partido y muchísimas ganas de llorar. Ella tenía que coger un vuelo y estaba esperando a que la llevaran al aeropuerto. Vestida con el uniforme de azafata estaba aún más guapa y yo la sentía mucho más mi madre. Cuando me vio, me agarró la cabeza entre sus manos y yo lloré lleno de vergüenza todo lo que me había estado aguantando desde el puñetazo de Rodrigo hasta allí. Jamás olvidaré el tacto suave de la palma de sus manos sobre mi mejilla empapada. Desde entonces, Ángeles pasó de ser la señora de los ojos tristes a la señora de las manos suaves, en la clasificación reduccionista que todos los niños hacemos para acordarnos de los muchos adultos que nos rodean. Me pidió perdón muy bajito y al oído y se subió en la minivan que vino a recogerla. Después me dijo por la ventana: «No se lo cuentes a tu madre».

Para Ángeles, los viajes se hacían más soportables sabiendo que yo estaba con Emma. Incluso pretendía llevarse bien con mis padres, con quienes no le une ninguna afinidad ideológica, solo para que Emma pasase más tiempo en casa. Con el tiempo, los tres formamos una familia extraña, no menos desestructurada que la mía pero en la que me sentía más escuchado. Solíamos juntarnos los primeros domingos del mes para ver pelis en su casa. Cerrábamos

las persianas, hacíamos palomitas en una olla grande y nos sentábamos a disfrutar de películas que jamás se habrían visto en mi casa: *El club de los poetas muertos*, *Diez razones para odiarte* o *Thelma y Louise*. Después de todas ellas, elegíamos el fragmento que más nos hubiese gustado y lo reinterpretábamos mientras Emma lo grababa con su cámara. No solíamos durar más de un minuto sin que nos diese la risa, porque, cuando Ángeles se olvidaba los diálogos, solía solucionarlo imitando a una señora de Cádiz que era su vecina. Con el tiempo, empecé a llamarla «mamá». Un día, fuimos a cenar al McDonald's y, mientras mi mejor amiga mojaba los *nuggets* en la leche, ~~nuestra~~ su madre me contó que siempre había soñado con ser actriz. Empezó a estudiar en una escuela muy bonita que había por Lavapiés, antes de tener a Emma. Después se puso a volar y estaba tan ocupada despegando y aterrizando que se le olvidó. Cuando yo le animaba a ponerse ante las cámaras otra vez, siempre me decía lo mismo: «Nadie quiere ver a una tía corriente como yo en la tele, y menos aún en el cine». Y yo solía responder siempre lo mismo: «Cuando sea mayor, haré una película en la que tú serás la protagonista y serás una azafata de día y agente secreto de la CIA de noche».

Siempre me hacía cosquillas mientras me preguntaba si me iba a convertir en su Almodóvar y si la llevaría a Hollywood. Yo me ahogaba y me deslizaba por la silla hasta debajo de la mesa y, cuando estaba fuera de su alcance, cruzaba y me ponía detrás de ella. Entonces, me agarraba y me decía:

ÁNGELES: ¿Cuando seáis famosos os acordaréis de mí?

Siempre fue de esas madres que hacen un esfuerzo por entendernos, a nosotros y a nuestra época, y por parecer moderna

sin hacer el ridículo. Lo cierto es que siempre ha carecido de cualquier tipo de filtro y eso le ha llevado a hacernos llorar mucho. A mí y sobre todo a Emma. El día que me armé de valor para confesarle que era gay, me dio miedo y le dije que pensaba que era bisexual. Ella se echó a reír sobre mi salida a medias y no pudo evitar cerciorarse.

ÁNGELES: ¿Estás seguro de que no te gustan **solo** los chicos?

JAVIER: Puede ser. ¿Lo tengo que saber?

ÁNGELES: Pues no. Y, para cuando lo sepas, descubrirás que todos son un poco capullos. Así que qué más da.

JAVIER: No se lo cuentes a Emma, ¿vale?

Puede que mi madre postiza tenga un problema con los filtros, pero eso no quita que fuese un alivio para mí durante mucho tiempo. Saber que alguien me quería, no solo «a pesar de», sino «porque» era gay, fue un descubrimiento que me dio oxígeno durante mucho tiempo. Así que cuando me siento perdido, acudo a Ángeles. No porque sea una fuente absoluta de conocimiento, ni mucho menos, sino porque no es condescendiente y no trata a los niños —que para ella lo sigo siendo— como si fuésemos imbéciles. Sus ojos me devuelven a la realidad, siguen siendo tristes y están algo despistados, pero cada vez lucen más cansados. Me dice que está preocupada por Emma, ¿y cuándo no? O mejor dicho: ¿y quién no? Sin esperar una respuesta, coge lo que queda de mi cruasán mixto y lo pone en su plato, no sin antes criticarme por «parecer la novia cadáver». Dejo de esperar la oportunidad perfecta y me lanzo a por lo que he venido.

JAVIER: ¿Hasta cuándo crees que se tiene permiso para equivocarse?

ÁNGELES: ¿Cómo?

JAVIER: ¿Dónde está el punto en el que ya no tienes derecho a tomar la decisión equivocada?

ÁNGELES: Pues depende de cada uno, supongo. El mío fue Emma.

JAVIER: Pensaba que era lo mejor que te había pasado en la vida.

ÁNGELES: Y a veces siento que lo único. Tú siempre vas a poder hacer lo que quieras, Javi. Tienes talento, eres guapo, eres joven. No pienses ahora en eso. Piensa en fallar. En fallar muchas veces.

Ángeles no deja que la invite. Paga cuando va al baño. A la que vuelve, salta en mi móvil un mensaje de Emma, para que sepa que me está esperando en casa.

ÁNGELES: Mejor que no la hagas esperar. Tiene un genio... (La miro con cara de no saber.) Yo tampoco la entiendo, amor. Cuando llegaba del cole y me preguntaba «¿crees que Javier me quiere?», yo le decía que «sí, y ahora vete a lavarte las manos». Pero ahora ya no sé qué os pasa por la cabeza.

Antes de irme, justo cuando nos estamos despidiendo, le cuento lo de Boston porque no puedo más. Ella empieza a reírse de lo imbécil que he sido por no haberlo mencionado antes. Y después me da otro consejo de estos que no sé si son buenos o malos.

ÁNGELES: Tú siempre has querido escribir, Javi. No te pongas ladrillos encima.

Y se va, como el fantasma de las navidades.

De vuelta a casa, paso por las floristerías de Tirso de Molina para comprarle unas flores a Emma, a ver si así se le ablanda el corazón. Rosas blancas, siempre. Las flores son una forma de decir: prometo ahorrarme todas las canalladas que diré cuando estemos enfadados y de las que probablemente me arrepienta cuatro minutos después. Pero a quién vamos a engañar, lo más seguro es que se nos caliente la boca a los dos y nos saldrá fuego hasta que seamos incapaces de controlarlo.

ENTREOBRA

Tragedia en tres actos: ningún respiro para el dramaturgo

Round 1

El sujeto aparece con un disfraz de profesionalidad e imparcialidad. Hola, qué tal. Dos besos. Vamos a acabar con esto cuanto antes. ¿Has elegido los tres libros que te pedí? Genial. Vamos a ver qué tal esa pared. El objeto —que en este caso soy yo, el saco de *sparring* más guapo del mundo— intenta, mediante estoicos aguantes de las borderías y ganchos, parecer conciliador. Tus flores favoritas. Qué casualidad que hayamos coincidido en esto. ¿Quieres que te ponga otra copa de vino?

Round 2

La fotógrafa va perdiendo poco a poco la apariencia de discrecionalidad. Cada paso que da el dramaturgo le molesta. Deja de poner caras. Así pareces un chapero. ¿No ha venido tu novio

Alfonso? Los dardos se hacen cada vez más certeros y puntiagudos y nuestro querido San Sebastián los afronta poniendo la otra mejilla y siendo un poco putilla. Al final no pusiste ninguna de las fotos que te recomendé para tu exposición. Habría molado ver alguna. ¿Cuándo dices que se publica esto?

Round 3

Los combatientes suben el tono y empieza el cuerpo a cuerpo. Con 59 kilos y cuatro copas de más, Emma ataca a la yugular. Podrías haber venido, ¿no? ¿Por qué siempre lo tienes que complicar todo? Te crees muy listo, pero estás ciego. No eres tan importante. Son unas fotos, como las que yo hice. ¿Por qué todo tiene que girar en torno a ti? Qué fácil lo ves todo desde tu atalaya de dra-ma-tur-go, cuando yo he vuelto a las revistas. Javier, sabiéndose perdedor del combate, se lanza a por una táctica no muy limpia pero que le ha resultado en el pasado: unas cosquillas que acaban en varios golpes (reales) y directos en su cara.

Quizá lo de las cosquillas fue un error y una forma de intentar ridiculizar e infantilizar la conversación. ~~Hay que saber cuándo tienes una edad para dejar de hacer cosquillas.~~ Voy hacia la cocina para que Emma no me pegue más. Sube el tono de los reproches y me devuelve esa cara, la cara con la que intenta decirme: «Me debes protagonismo, me debes la felicidad, me debes todo». Nuestras peleas llevan teniendo ese sello desde hace años, hasta nuestros amigos en común han hecho bromas sobre ellas. Hemos discutido comiendo, de compras, en el parque de atracciones, en casa de sus padres, de los míos, en el cine, en el teatro... No hay calle de Madrid que no nos conozca por una pelea. Cada parada de metro ha sido testigo de una diferente.

Emma da vueltas al sofá bebiendo su copa de vino, sumergida en todas las cosas que le hacen daño y que no puede solucionar. Se agita el pelo cambiándoselo de lado, con la seguridad de una actriz italiana muy conocida, pero con la fragilidad que le caracteriza. ¿Dónde está el punto en que dejas a alguien expresar sus sentimientos, pero le impides revolcarse en su propia mierda?

JAVIER: Creo que va siendo hora de que te hagas cargo de algo. De algún dolor, de alguna tara, de algo...

EMMA: No tienes ni puta idea, colega, ni puta idea: de lo que se siente, de ser un puto complemento tuyo, Javier. No aguanto ni un puto día más, no hay una meta. Se me pudre el corazón de esperar, de esperar una oportunidad. De esperarte a ti. Necesito ser feliz ahora, de inmediato. Es eso o se me pudre el corazón.

No sé cuántas veces le habré escuchado decir esta frase a Emma y siempre surte el mismo efecto. Vienen a mi cabeza millones de imágenes: quitándole los piojos, dándonos la mano en el cine, el día que me colé en su fiesta de fin de curso y la besé delante de los acosadores a quienes no volvería a ver. Imágenes que se mezclan con olores como el plástico de la colchoneta de Educación física a la que se agarraba por temor a hacer la voltereta, las palomitas, la cola y agua a partes iguales en nuestros experimentos. El frío, el calor sofocante. Dame un respiro, Em. Entro en el salón y la anestesia de sus palabras lo ha invadido todo. El *flash* automático de los focos que ha traído sigue sonando y dejándonos ciegos. Lo dejo estar, necesitamos cosas así para luego acordarnos de cada pelea. Me acerco a ella y me pongo a su lado sin decir nada. Se ha quedado pequeñita en el sofá, hundida por el peso de las circunstancias. Aunque nos hagamos este daño,

siempre hemos sido un oasis el uno para el otro. No nos destruyó el *bullying* ni nuestra herencia emocional, pero puede que las expectativas y la felicidad forzosa a la que estamos sometidos acaben con nosotros. Me niego.

JAVIER: ¿Te acuerdas lo que te decía siempre, que tenías una fragilidad que lo empapaba todo? Eso es un don.

EMMA: Yo le daba gracias a Dios por haberte hecho gay.

Agarro su cabeza y la coloco sobre mi hombro. El olor de su champú reacciona con nuestras lágrimas.

JAVIER: No te abandones.

Es una frase que solo ella entendería. Aparece en todos los cuadernos, en las notas que le mandaba en mitad de clase cuando suspendía un examen. En el fondo quiero decir: no te abandones, porque entonces yo qué.

JAVIER: Te quiero y

EMMA: Todo lo demás es ruido.

JAVIER: Siento mucho lo de tus fotos, de veras que sí.

Recojo la cámara que había dejado por ahí y aprovecho uno de esos *flashes* para hacernos un *selfie* que sale horrible. Espero que aparezca en alguna de sus exposiciones. Una de esas fotos en las que salimos fatal, pero salimos de verdad. Por lo menos, esta pelea no ha sido bajo la nieve, como aquella vez que nos pusimos a discutir mientras caía granizo y Emma me tiró una mochila llena de adoquines —libros, según ella—. Después me persiguió gritando

con su voz ~~de pite~~ metálica: «¿En serio no lo vamos a solucionar, Javi?». Cuando se lo recuerdo, me intenta agarrar mientras corro por la habitación y me llama inmaduro y chantajista, sin ser yo nada de eso.

Discutir nos ha dado hambre y, como si necesitásemos una excusa, bajamos a pillar algo al McDonald's. Bajamos con lo puesto: Emma lleva el maquillaje corrido y el pelo estilo leona, y yo la ropa que me habían puesto para el reportaje «Nuevos talentos», que se va a quedar en «Casi talentos», incluidas unas botas ridículas y una chaqueta de cuero con hombreras que me queda enorme. Como ya es de madrugada, han colocado las barreras de cristal para que nadie cause una masacre como en *Un día de furia*, de Michael Douglas. Así que me agacho para hablar por un rectángulo que han dejado para pedir y que, por una extraña razón, está a la altura de nuestras rodillas —¿?—. Cuando ya vamos a recoger nuestra comida, me acerco otra vez a la ventanilla y le digo al chico, con voz muy pícara: «No llevo bragas».

Mientras devoro mi Big Mac, me hace una foto a traición, la muy ~~perro~~ fotógrafa. La usará para el reportaje y, si os digo la verdad, esa foto es lo más cercano que voy a estar de mi animal espiritual.

EMMA: No te mueras nunca, porfa.

JAVIER: No me voy a morir, soy mazo joven, tengo 26 años. (Emma me toca la parte de la coronilla en la que todo empieza a clarear.) Mala puta.

Lo de Boston lo dejamos para otro día.

La semana siguiente, en el gimnasio, cojo una revista para hacer como que hago algo mientras que no hago nada. Y en las páginas del medio, ahí está, mi cara deshecha con una hamburguesa delante gigante. Mucho peor de lo que pensaba. Así que decido sudarla lo máximo posible para que las páginas se queden pegadas y dé tanto asco que al siguiente se le quiten las ganas de cogerla. Menos mal que esta es una de esas revistas que solo van a leer los cuatro frikis del «mundillo». No sé si sabéis, pero este círculo es más endogámico que el de las relaciones públicas de los bares de Huertas.

No sé cómo debió de ser exactamente. Pero me imagino a Emma abriendo el WhatsApp emocionada para contármelo, con la rabia original que le dio hacer el reportaje ya superada. Los dedos finos en la pantalla escriben mi fecha de cumpleaños, su código de desbloqueo. Abre nuestra conversación, creo que me tiene guardado como «Dramapesada». Pero, antes de enviarme nada, decide abrir mi audio y su cara cambia de color.

JAVIER (*audio*): Emma... Mi padre ha fallecido. Nunca había querido tanto ir a una misa. No vengas toda de negro, porfa. Te quiero.

Capítulo IV

¿Cómo podríamos ser hombres sin
parecernos a él?

THOMAS PAGE MCBEE,
Un hombre de verdad

A estas alturas, estamos todos de acuerdo en que las decisiones que tomamos en la vida nos definen. Sin embargo, creo que hablamos bastante poco de las decisiones que otros toman por nosotros y nos configuran sin remedio. Una profesora muy querida de la universidad dijo una vez una cosa que se quedó en mi cabeza para siempre: los seres humanos no tenemos instintos. Por mucho que se empeñen en vendernos que existe el instinto maternal, es un invento de las sociedades capitalistas para presionar a las mujeres para tener hijos e idealizar la maternidad. Los humanos tenemos pulsiones, no instintos. Y las pulsiones son las de supervivencia y la de succión. El único comportamiento innato que se puede esperar de nosotros es el de protegernos a nosotros mismos y el de chupar de una teta, o un biberón, cuando somos bebés. El resto lo copiamos, lo recibimos y ordenamos según nuestras redes neuronales. Con esto, lo que nos venía a decir es que no se hereda genéticamente un comportamiento esperable de nosotros, lo que le llevaba a defender que somos lo que somos por la educación que recibimos y nada más. Mi lectura fue que yo podría tener el mentón de mi padre, pero no su sentido del humor.

Aunque mucha gente encuentre cierta paz en decirse a sí mismo «nacé así», lo cierto es que a mí me calma pensar que no nacemos de ninguna forma, sino que nos vamos acoplando a las situaciones y desarrollando según lo que nos da la vida. Supongo que es más fácil pensar que uno es egoísta o un capullo porque lo pone en sus genes, no porque así se construyó. Es una excusa maravillosa que nos permite no tener nada de autocrítica. Afirmar que no somos lo que heredamos a la fuerza me permitía diferenciarme de mi padre. Era una forma maravillosa de pelear contra todo un sistema que dice que nacemos un 99,99 % iguales. Un refugio para mi subversión adolescente.

Todavía era demasiado pequeño para saber eso el día que cambió mi vida para siempre. Esta vez también me pilló por sorpresa. Tenía diez años cuando quise dejar de crecer, porque no quería llegar a convertirme en aquello que vi. Me repugnaba llegar a ser lo que la vida tenía dispuesto para mí. O lo que yo imaginaba. Era un mocoso que asumía que las vidas se heredaban como los apellidos o como la ropa de tus primos.

Mi padre me había dicho que íbamos a ir a una excursión al centro con unos amigos suyos. El plan, para mis once años, tenía todo lo que me gustaba, así que no puse ninguna objeción a pesar de que me iba a perder *Pepper Ann* y los *Power Rangers*, mis series favoritas. Mi madre no iba a venir, no me explicaron por qué. Fuimos en su coche y por el camino pasamos a recoger a un amigo suyo, un señor que siempre me daba cincuenta céntimos cuando nos lo encontrábamos al salir de misa. Esta vez no me los dio, pero revolvió mi pelo rubio con sus manos. De pequeño lo llevaba cortado a tazón, como mi ídolo, Aaron Carter. Odiaba que me tocasen el pelo y más si iba acompañado de un «qué pasa, pelotazón».

Era un día de mayo de mucho calor, por lo que mi madre me había puesto unos pantalones cortos y una ridícula pero adorable camisa de cuadros de manga corta. Las calles de Madrid estaban cortadas y había mucha gente en ellas, un millón y medio de personas según la organización y menos de medio según la policía. Algunos repartían unas cartulinas tamaño folio en las que se podía leer *Matrimonio = hombre + mujer*. Mi padre me dio una y yo la tomé. Poco a poco, fui entendiendo algunas cosas:

1. Estábamos ahí para criticar a alguien.
2. Eso era una manifestación. Era lo suficientemente adulto para saber eso.
3. ¿Estaba yo entre los criticados?

A la altura del paseo del Prado, un grupo de chicos se había parado entre la multitud. La marcha los ignoraba y seguía de largo y muy pocos les prestaban atención, a pesar de que les habría gustado sacarlos de allí de una patada. Ellos habían cogido esas cartulinas que se repartían y habían hecho algunas manualidades: *Matrimonio = hombre + hombre* y *Matrimonio = mujer + mujer*. Mi padre los observó de soslayo, mientras hablaba con otros amigos. Yo fui el único que los miró con detenimiento. Me llamaron la atención sus pendientes, los tatuajes y, sobre todo, las Converse All Stars rosas. Llevaba meses pidiendo a mi madre unas Converse así, aunque no fuesen originales. Nunca las había visto rosas, porque en mi barrio se habrían lanzado contra cualquiera que las llevase al grito de «maricones», eso seguro. Pero ellos estaban ahí, orgullosos de ser o de parecer eso que yo odiaba que me dijese. Y me sentí atraído. Por las zapatillas, los tatuajes y los pendientes. Me sentí atraído porque me parecían poderosos. ¿No tenían miedo?

¿Les daba igual lo que pensasen de ellos? ¿Éramos iguales? O, mejor dicho, ¿estábamos en el mismo bando? No recuerdo tener una respuesta exacta a esa pregunta. No sé si era capaz de aceptarlo en ese momento. No tiré mi cartulina y me uní a ellos para reivindicar nada. Tampoco fui hasta mi padre para decirle que le esperaba en el coche. Cogí el papel y lo escondí un poco. Volví a sentir vergüenza, como el que sabe que está en el sitio equivocado. Corrí hasta mi padre y me quedé callado, pensando en lo que acababa de ocurrir. Le observé junto a sus amigos para ver si me sentía identificado con algo.

He pensado en ponerme mis Converse rosas para verte por última vez, papá.

Hemos alquilado un coche para ir hasta el pueblo. Andrés conduce mientras yo hablo con funerarias, floristerías y amigos de mi padre. Sé que Emma va de camino, eso me alivia. Voy preparando mi reacción ante los discursos de pésame y mi cara de recibir condolencias. Mi madre me llama para saber qué fragmento de la Biblia prefiero leer, si el Evangelio según San Mateo o una Carta a los Romanos. Lo que mi madre no sabe es que, al tocar mis manos, la Biblia arderá por combustión espontánea. Mientras tanto, Andrés me pregunta curiosidades sobre mi familia, lo suficientemente superficiales para que no me acuerde demasiado de mi padre y esté distraído. Me trata como si fuese de cristal, y yo no olvido que aún no hemos tenido sexo. Sin embargo, cumplo sus deseos, le ofrezco la conversación de ascensor que calmará su ansiedad. Historias sobre mi pueblo, una explanada enorme que se llenó de familias que no podían permitirse vivir en Madrid pero que trabajan allí. En pocos años, se convirtió en el municipio con mayor natalidad de Europa. Entre ellos, Emma y yo y un montón de gente

que no me apetece ver. También el señor de los cincuenta céntimos. Y los señores con los que me fui de excursión.

Andrés echa el freno de mano, ya hemos llegado. Y Emma también. No sé muy bien cómo ha podido llegar antes que nosotros en transporte público, pero lo ha hecho. Y, cómo no, ya está haciéndose cargo del cáterin, de las flores, de las amigas de mi madre... Vestida de azul marino y blanco, como yo le pedí. La última vez que estuvimos juntos en esa iglesia nos estábamos graduando. Esa vez llevaba un vestido verde de tul, que le había comprado su madre y que ella odiaba porque tenía un poco de arrastre, y unos *brackets* preciosos que destellaban a distancia. Mi traje, heredado de un primo, siete veces más grande que yo, tampoco se quedaba atrás. Estaba claro que los dos queríamos escapar de allí. Llegó el turno de su discurso, preparado durante meses, así que comenzó a subir las escaleras de la tribuna, pero tropezó con el vestido y se dio de boca contra las escaleras del altar. Le sangraron las encías durante semanas. Yo salté del banco donde estaba sentado mientras todos seguían riéndose de ella. Entonces, empezaron los insultos: «Ya va su novio a ayudarla» o «El marica y la bollera, cómo se nota que están liados». Nunca terminaré de entender el oxímoron que suponía ser homosexuales y estar liados, pero vale. Le dije a Emma que no les diese el placer de verla llorar, pero ella se lo ofreció hasta el orgasmo último y empezó a hacerlo con mocos y todo. Mis padres y Ángeles se acercaron corriendo para ayudarnos y yo cogí los apuntes de Emma y me acerqué al altar para leer su discurso. No había leído ni tres frases cuando caí en la cuenta de que ya no íbamos a ver a esos hijos de puta nunca en nuestra vida. No teníamos que intentar caerles bien, no podían volver a molestarnos con sus insultos. Así que seguí adelante improvisando,

que para algo había elegido la optativa de Teatro y no Francés como Emma.

JAVIER: Todos vamos a echar mucho de menos el colegio. Lo que más voy a echar de menos son los baños en los que os he visto disfrutar mientras me hacíais tantas pajas. Pero ahora podréis hacéroselas entre vosotros sin miedo a que os llamen maricones.

Bajé del altar y fui hasta Emma para sacarla de allí. Los suspiros de asombro enlatados propios de una *sitcom* nos hacían de banda sonora mientras nos escapábamos de allí. Las miradas perseguían nuestros culos adolescentes y mal vestidos. Y nos daba igual. Los dos corrimos hasta el bar donde solíamos merendar cuando teníamos extraescolares. Emma se pidió un batido de Oreo, lo único que podía sorber con sus encías dañadas.

EMMA: Tienes que dejar de hacer todo lo que ves en las películas de Emma Watson.

JAVIER: Nunca.

Daba igual si acabábamos el colegio dejando un reguero de sangre. Convencí a Emma de que todas las cosas buenas estaban por llegar. No merecía la pena soltar más lágrimas por esos imbéciles. Las promesas de un futuro feliz trepaban a su cerebro, como lo hacía el frío del batido.

EMMA: Con terminar la uni con todas mis extremidades, me puedo dar con un canto en los dientes.

Esta vez ha elegido un vestido corto. Nada más entrar en la iglesia, espero unos segundos a ver si ardo, pero supongo que he cambiado mucho desde los dieciséis. Emma me abraza y los dos nos reímos cuando miramos el altar. Se dobla el labio hacia fuera dejando ver sus encías y una cicatriz que muestra con orgullo, para después decirme: «Llevo todo el día evitando esas escaleras». Me suelta y se da cuenta de que Andrés sigue ahí, así que le saluda un poco menos fría que en su último encuentro e intenta rebajar la incomodidad del momento.

Mientras Emma y Andrés hacen como que se aguantan, me escapo para ver dónde tienen ~~el cuerpo~~ a mi padre. La iglesia sigue exactamente igual que cuando éramos pequeños. Se trata de un edificio feo, pobre, construido como poco en el tardofranquismo, con los adornos justos y materiales de poca calidad. El yeso de las paredes, que tantas veces me dediqué a descorchar cuando me aburría en misa, y esos bancos con los reposapiés desnudos, cuya madera se ha torcido por la humedad, siguen donde siempre, para recordarme que siempre se puede estar peor. Las tres naves que la componen son bastante altas y, al carecer de ventanas, dan una sensación de catacumba que solía aterrarme. Al fondo, el altar que me ha visto llevar túnicas ridículas las pocas veces que he hecho de monaguillo. Hoy no es el día de una venganza jacobina, así que intento no envenenarme mucho con los pecados de la Iglesia en España y más concretamente en mi vida y voy hasta la habitación donde lo tienen. Al ser una muerte natural y al tener mi madre prisa en el funeral, me he perdido la parte del tanatorio. Así que tendré que enfrentarme a esto en uno de los lugares que más odio. Por suerte, cuando entro solo hay una señora que no conozco de nada y que se levanta muy amablemente para que pueda despedirme de mi padre en soledad.

Me gustaría verbalizar algo original y que nos hiciese reconciliarnos, aunque solo lo fuese a escuchar yo. Un soliloquio teatral cargado de recuerdos y simbología. Pero creo que se me ha olvidado hablar. No recuerdo las palabras que un día revistieron todo el odio y la decepción que sentíamos el uno por el otro. ¿De qué iba? ¿Por qué no puedo pronunciar todas aquellas palabras que usábamos para hacernos daño? Estar ahora aquí, contigo vencido y yo tocado, ¿alguna de esas cosas significaron algo para mí? Creí que sabía perfectamente por qué no nos hablábamos. Pero no tenía ni idea.

Creo que los muertos que dan asco son los que no tienen nada que ver contigo. Los que son tus familiares o gente que amas no dan más repelús que alguien dormido. Le han puesto una corbata horrenda, ancha, con un símbolo parecido a un estandarte de una familia noble. Siempre queriendo parecer lo que no somos. Para eso podrían haberle puesto el logo del bar. Así que desato mi corbata fina y la sustituyo por la suya. Esto sí que no lo podía perdonar, papá.

Detrás del bar de mi padre había un campo en el que mis padres tenían un gato, *Año Nuevo*, porque lo encontramos el uno de enero. Era un gato callejero marrón claro con manchas blancas y para mí era el más bonito del mundo. Solo podía verle cuando iba allí, así que, cuando llegaba, lo montaba en mi regazo y me columpiaba hasta que al gato le daba miedo o se mareaba y saltaba dejándome las uñas marcadas. A *Año Nuevo* le encantaba cazar ratones y llevárselos a mi padre, como un obsequio. Después, cuando él le reconocía su agrado, se los comía de un bocado. Estuve un tiempo intentando cazar ratones como *Año Nuevo*. Solía seguirle cuando se ponía en actitud acechante, para poder adelantarme si le encontraba cazando un ratón. Obviamente, para un niño con tres

dioptrías de miopía y astigmatismo era bastante difícil atrapar cualquier animal. Me imaginaba cosas heroicas que podría hacer para ganar su aprobación. Atraparía a un ladrón que intentase robar en su bar, recuperaría la recaudación de toda la jornada. Sacaría a mi padre de un incendio en el local, arrastrándole del delantal hasta fuera. Conseguiría un montón de clientes gracias a una limonada irresistible que reactivaría el negocio. Nada se cumplió. Así que cambié los ratones por las menciones de honor, los buenos comentarios de mi trabajo como monaguillo y una conducta irreprochable. Esa era mi ofrenda. Y con ella solo quería decir: «¿Me quieres ya? ¿Y ahora? ¿Sí?».

¿Soy suficiente? ¿Soy importante como el gato?

Pensándolo bien, papá, los dos vamos a descansar bastante.

Se terminan las lecturas y los salmos y los «tu padre te quería» y «era una persona maravillosa». Necesito fumarme un cigarro; es algo que no he hecho en mi vida, pero dicen que alivia la ansiedad. Subidos en el murete de fuera de la iglesia, Andrés y yo esperamos a que Emma me traiga uno. Apoyo su cabeza en mi regazo y me acaricia las rodillas. Emma viene de frente, un poco malhumorada y con un cigarro en la mano.

EMMA: He tenido que pedírselo a tu tía, espero que merezca la pena.

ANDRÉS: ¿Y qué te ha dicho para que vengas así?

EMMA: Me ha preguntado si, ahora que necesito a Javi más que nunca, me voy a plantear volver con él.

JAVIER: No ha entendido nada.

EMMA: No quiere entenderlo, que es diferente.

Me enciendo el cigarro y con la primera calada empiezo a toser muy fuerte.

JAVIER: Nunca entenderé cómo puede la gente hacer esto.

EMMA: Eso dijiste la primera vez que lo probaste.

JAVIER: Yo no he fumado en mi vida.

EMMA: Claro que sí. Pero si estaba yo delante... Lo habrás borrado.

ANDRÉS: Alucinante, sabe más de ti que tú mismo.

EMMA: (Ignorándolo.) Teníamos trece años. ¿Trece? Sí, creo que sí. Rodrigo se llevaba los cigarros al colegio y decía que solía fumar todas las tardes. Yo te dije que probablemente se los cogería a su madre, pero tú insististe en que tenías que probarlo. Habrías hecho lo que fuera por que ese chico se fijase en ti.

JAVIER: De hecho, acabó haciéndolo.

Andrés nos mira como si esto fuese un partido de tenis y fuese a llegar a algún lugar.

EMMA: Después de días intentando conseguirlos, compramos un paquete y fuimos a tu cuarto a fumárnoslo. Me pediste que lo probase yo primero porque soy tu conejillo de Indias, pero ni de coña. Y cuando le diste la primera calada empezaste a toser tan alto como hoy. Porque, hijo mío, toses como si te saliese un demonio del averno.

JAVIER: Siempre.

EMMA: Del ruido, despertamos de la siesta a tu padre, que subió las escaleras y nos pilló. Tú te encaraste con él cuando te dijo que no fumases, porque él también lo hacía. Así que cogió todos los cigarros que había en la casa y los fue rompiendo uno a uno delante

de ti para que lo vieses. «A mí esto no me domina», decía. Y tú no parabas de reírte de él, asegurándole que dejase de tirar el dinero. Pero no volvió a fumar, ¿no?

JAVIER: Nunca. También podría haberlo hecho antes y no estaríamos aquí.

Andrés coge el cigarro que tengo en la boca, lo parte y lo tira muro abajo. Primero me río, después intento besarle, pero, antes de que pueda hacerlo, me corta.

ANDRÉS: A mí no me besas con la boca oliendo a palitos de cáncer.

Un señor en traje de los años setenta se acerca serio junto con mi madre. Ella lo presenta: es el albacea del testamento de mi padre. Le acompaño a petición suya y comienza a marearme con un montón de cláusulas que no consigo entender del todo. Al parecer, mi padre tenía un seguro de vida, del que soy el principal benefactor. También me ha dejado el bar, que con la gentrificación del pueblo vale bastante más de lo que pagó mi padre por él. El coche, la furgoneta, algo de dinero en una cuenta: es todo para mí. La historia de la relación de mi padre me sacude a través de las palabras de este notario. Incluso ahora, que me ofrece todo lo material, sigo sin tener nada de lo que necesito de él. Qué putada pensar que vales tanto como lo que tienes, incluso después de muerto. «Deberías alegrarte», me dicen.

Cuando recibo tantos estímulos sobre qué es lo que debería sentir, suelo bloquearme y desaparecen mis emociones. ¿No estás contento? ¿No te gusta? ¿No es divertido? Molaría poder elegir libremente lo que queremos sentir. Ahora mismo, no sé lo que me

pasa. Sé que no me quiero enfrentar a más situaciones como esta. No más allegados diciéndome cómo debería ser la relación con mi padre.

Esta culpa es mía y no la comparto, rumio una y otra vez mientras los demás siguen acechándome con sus pareceres. Esta rabia es mía y no la comparto. Así que no, no voy a soltarlo todo y desfogarme para montar el numerito que suele mostrarse en estos momentos. Porque esta muerte es mía y no la comparto.

Le digo a mi madre que tengo un estreno al que he de acudir sí o sí y paso por encima de su cara de chantaje y me despido de ella. También de la iglesia, del pueblo y de mi padre. Emma y Andrés me siguen, despidiéndose de los demás y un poco avergonzados. Emma le da un beso a mi madre y es la primera vez que veo un beso sincero entre ellas.

La relación entre mis padres y Emma era maravillosa hasta el día en que decidió ser más mi hermana de lo que podía ser. Mi familia daba una barbacoa en el bar para algunos amigos y Emma y yo fuimos, únicamente para disfrutar de la pequeña piscina. Mi padre había invitado a unos cuantos amigos suyos y bebían cerveza mientras él iba avivando las llamas. Con una mano aventaba un cartón en dirección al carbón y con la otra sostenía un botellín. De su boca brotaban palabras llenas de odio, avivadas en este caso por el amigo de los cincuenta céntimos. Hablaban sobre el peligro de dejar a un «gay cerca de los niños» y yo solo deseaba que la tierra me tragase. Desde el columpio de al lado, Emma me miraba llena de rabia y mordiéndose tanto la lengua que podría habérsela tragado. A lo lejos, Ángeles parecía darse cuenta de lo que estaba pasando y me miraba con una sonrisa que no se creía ni ella. Llegó un momento en el que Emma no pudo seguir envenenándose, se levantó del columpio y se metió en su conversación.

EMMA: Pues, visto lo visto, creo que sería mucho más peligroso dejar a un niño a cargo de unos curas y vosotros lo hacéis todos los días.

Todo el mundo la miró como si fuese de otro planeta. Ella siguió, ignorando las miradas y segura de que tenía razón en lo que decía. Como una Hipatia de Alejandría moderna, determinada en defender la verdad. En defenderme a mí y a mí de su verdad, supongo.

EMMA: No dirías eso si supieses que Javi es gay y que le estás haciendo muchísimo daño diciendo esas tonterías. Y que sepas que es la cosa que más me gusta de él.

Estuvimos dos semanas sin hablarnos por eso. Desde entonces la relación de Emma con mis padres ha sido un poco tensa. Pero supongo que ahora todo eso ya importa menos. Ella está aquí en el funeral y todos la abrazan como si nada hubiese pasado. Hasta el señor de los cincuenta céntimos. Para eso están los funerales, para que hagamos como que hemos olvidado las cosas que nos separan, los momentos que nos distanciaron. No hay nada que ver, por mucho que miremos hacia atrás.

EMMA: Pues lo han superado bastante, ¿no?

Me lo dice cuando termino de contarle a Andrés mi salida del armario. Él se ríe de ella, aunque no lo haría tanto si supiese que mi madre me ha preguntado si era el novio de Emma.

ANDRÉS: Eres muy *heavy*.

Capítulo V

El fracaso es la emoción a la que hay que acostumbrarse.

MARCO ANTONIO DE LA PARRA,
Carta a un joven dramaturgo

Hell to the liars
Here's to you and me
Hell to the best of us
Here's to you and me
Hell to the righteous ones
Here's to them
The grey-suited walkers
Prestigious men
Here's to the things you love
Here's to those you find in love
Hell to the rest of us

Brindo por ti y por mí
Brindo por ti y por mí
Infierno para lo mejor de nosotros
Brindo por ti y por mí
Infierno para los rectos
Brindo por ellos
Los caminantes de traje gris

Hombres prestigiosos
Brindo por las cosas que amas
Brindo por los que encuentras amando
Infierno para el resto de nosotros

Suena *Hell to the liars* de London Grammar en Spotify. No sabía que ahora «aleatorio» significaba ‘perfectamente seleccionado para ti’. El coche que hemos alquilado huele a nuevo y está demasiado limpio para poder albergar cualquier recuerdo. Emma y Andrés se han quedado dormidos y, aunque odio conducir de noche, ahora mismo estoy donde quiero estar, escapando de casa.

Huir ha sido siempre la fantasía más recurrente para Emma y para mí. Como *Thelma y Louise*, hacia ningún lugar. Si para ella la separación de sus padres fue insoportable, para mí el que se quedasen juntos fue la peor parte. Solía preguntarle a Emma por qué seguían juntos si no se soportaban. Ella se encogía de hombros y me cogía de la mano. Yo le prometía que jamás haría eso y que siempre seríamos amigos, sentenciar siempre ha sido una cosa muy mía. Fantaseaba con que un día nos iríamos en el descanso del comedor, burlaríamos el férreo control de sor Marina y su periquito de la recepción, y nos largaríamos de allí. Después cogería un bidón de gasolina y quemaría el bar que tenían mis padres. Esa parte, claro, la haría solo, no quería que Emma acabase en la cárcel por mi culpa. Me había acostumbrado a pensar que querían más al bar que a mí. Querer era pasar tiempo allí. Querer era ir allí a ganar dinero. Querer era ganar dinero.

JAVIER: ¿Cuánto pagaríais por mí si me secuestrasen? (Le preguntaba a mi madre mientras saltaba en la cama e impedía que ella pudiera estirar la colcha satinada.)

MAMÁ: Mucho dinero. (Me respondía ella sin apenas inmutarse.)

JAVIER: ¿Dos mil pesetas? (Las pesetas aún eran un concepto difuso para mí.)

MAMÁ: Mucho más.

Solo entonces me sentía lo más valioso de esa casa. Más que esas facturas de las que tanto hablaban o que esos famosos proveedores. Por supuesto, el bar nunca ardió y nosotros no acabamos en la cárcel. Nuestra sed de revolución y venganza se aplacaba con un cubo de palomitas de microondas y poniendo una y otra vez *Matilda* en VHS.

«Demasiado bueno para los niños.»

«Son polis, no vendedores de motoras.»

«Ayúdeme, señorita Honey.»

«Sé deletrear *dificultad*.»

«¿Por qué están casadas todas esas señoras?»

«Ágata, deja a mi pequeño abejorro y vete de este pueblo.»

Ver a Mara Wilson encontrar una familia postiza me hizo creer que las cosas podían ser tan naturales como nosotros queríamos verlas. Si ella se levantaba y decía que esa señora que había conocido hacía un año era su madre y dejaba que sus padres biológicos se fuesen a Woam, yo también me podía inventar una familia. Y, según esa lógica prepúber, también me podían gustar los chicos. Matilda podía mover las cosas con la mente y mis poderes tenían más que ver con encontrar atractivo a Rodrigo, del A. Ella los empleaba para dar lecciones a los adultos y los míos eran un involuntario tormento para ellos. Reconozco que no era un

pensamiento racional pero sí la única alternativa a la que agarrarse en vez de a un bidón de gasolina.

Es curioso que de algo tan azaroso como una relación pueda construirse un relato como este, mi familia. Dos adultos, con todas sus mierdas sin resolver, ineptos en el amor y sin empatía hacia el mundo y sus semejantes, se cruzan en algún momento de sus vidas y por la inercia de los mandatos sociales forman una familia sobre las ruinas de la suya propia. De eso puede salir una niña con poderes como Matilda, un chaval con un agujero en el pecho como yo o una niña adicta al *bullying* como Emma. Me hace gracia que a las parejas que no pueden tener hijos, heteros o no, se les haga tantísimas pruebas de aptitud para adoptarlos. Mientras que, en el caso contrario, si cuentas con el material genético necesario, únicamente tiene que intervenir el azar. La suerte, el azar, el destino y el infinito son conceptos que me asustan a rabiar. Si aún tienes algo de cabeza, no dejes nada al azar, no juegues a la lotería, eso he defendido siempre.

Ser un producto aleatorio en un mundo donde todo se regula de acuerdo con decisiones racionales nos tiene a todos jodidos que te cagas. Creemos que todo está cimentado sobre grandes lógicas que se nos presentan a través de discursos muy sólidos, pero lo cierto es que, al final, todo lo que han construido para organizar nuestras vidas es una mentira y no funciona. Te lo juegas todo a dónde hayas nacido. Y nunca se nace donde se debe. Como tampoco se elige nacer.

¿Y ahora qué hago yo con este legado emocional de mierda?

Mi cabeza va y viene entre imágenes de la infancia y el asfalto frente a mí. De vuelta en la carretera, Emma sigue dormida sobre Andrés. Si los viese sin conocerlos, pensaría que hacen una buena pareja. Llevo la calefacción encendida para que no se enfríen y

ahora hace demasiado calor. Las gotas de sudor de mi frente se juntan con las lágrimas y acaban en mi boca, para recordarme que ya solo nos queda tragar. El calor empieza a empañar los cristales, así que bajo la ventanilla del conductor y entra un aire frío que los desempaña y me deja la cara helada. El contraste del frío con mi cuerpo ardiendo provoca que tosa fuerte y despierte a Emma.

Pregunta si ya estamos en casa antes de darse cuenta de que está apoyada sobre Andrés. Entonces, da un pequeño respingo que le despierta. Los tres miramos la carretera en silencio, con nuestras caras iluminadas únicamente por los coches que vienen de frente. Si esto fuese un *thriller*, chocaríamos con alguno de ellos. ~~No vamos a tener tanta suerte.~~ No he conseguido decir ni una sola palabra desde que hemos salido del funeral hasta ahora.

Te acompaño en el sentimiento.

Te acompaño en el sentimient

Te acompaño en el sentimien

Te acompaño en el sentimie

Te acompaño en el sentimi

Te acompaño en el sentim

Te acompaño en el senti

Te acompaño en el sen

Te acomp

Mi más sincero piérdete.

Al llegar a casa, el silencio se le hace bola a Emma. Me pide que hable, pero no quiero ni puedo. No puedo porque siempre he odiado hablar de mis problemas, de mi padre, que era uno de tantos, o de lo que me esperaba a la salida del colegio. Porque siento que es mercadear con ellos. La gente que te invita a escuchar sus problemas te hace partícipe de ellos y responsable. Así que no, no te voy a contar que me zurraban de hostias en el colegio o que mi

madre dijo que prefería tener un hijo subnormal a uno maricón. Porque yo no quiero que empieces a sentir pena por mí y me eches «esa mirada». Esa mirada la conocemos todos perfectamente. Condescendiente, despreciativa, displicente. Pobrecito el maricón de los cojones, que su padre no le entiende. Además, ¿qué va a solucionar que hablemos de ello? ¿Va a cambiar en algo las cosas? No. Solo va a hacer que yo te muestre que estoy hecho una mierda y entonces tú puedas sentir que me ayudaste, que fuiste de utilidad y te vayas a casa pensando: «Joder, soy la hostia, no sé por qué no estudié psicología». Anormal. Residuo social.

EMMA: Javier de Miguel, por Dios, háblame. Háblanos. Deja de hacer esto más incómodo de lo que es.

JAVIER: Si es incómodo, ya sabes, deja de sufrir.

A veces mis contestaciones son ~~la pella~~ de subnormal profundo. Emma acepta mi invitación y sale grácilmente de casa. Óigase el tono sarcástico acompañando el portazo. Andrés se queda de pie frente a mí contemplándome, como una planta más que decora la pared llena de libros de mi salón. Pone la misma cara que ponía Emma cuando peleábamos. Lo que él no sabe de esa cara es que tiene su origen en el peor consejo que la madre de Emma le dio en su vida: «Quédate con alguien con quien sepas discutir». Y Emma y yo en eso tenemos un doctorado. Me quedo pensando en cómo discutimos la vez que le conté que era gay. No nos fundimos en un abrazo y pusieron *Cuídate* de LODVG. Nunca le había dicho que era gay porque era algo obvio, pero al final acabamos hablando de ello. Cuando le confesé que había tenido sexo por primera vez, acabamos discutiendo. Sintió que yo era un egoísta por haberme

guardado para mí algo que ella consideraba tan cojonudo. No quiero alejar a las personas que me descubren en mis defectos.

Andrés empieza a quitarse su chaqueta negra. Lo cierto es que no combina muy allá con sus pantalones marrones, pero lo defiende con mucha indiferencia. Creo que es una de las particularidades que me gustan de él. La indiferencia hacia las cosas que no son suficientemente relevantes. Siempre he admirado a la gente que sabe dar a los asuntos la importancia que merecen. Yo voy a quitarme la mía cuando me encuentro con el móvil de mi padre en el bolsillo de la chaqueta, junto al mío. Es un Nokia 3310 de esos irrompibles. Un Nokia 3310 que le ha sobrevivido. Y que mira con cierto desdén a mi iPhone. Saco los dos teléfonos y los dejo encima del sofá, para que se conozcan.

ANDRÉS: Javier, esto es muy raro. Necesito que digas algo.

Me lo ruega bajito. Al parecer, cuatro horas a su lado sin decir palabra han activado un protocolo social de emergencia, que conduce a las personas a exigir a las otras que hablen, aunque no lo necesiten, ni quieran, ni la situación lo requiera. Hablar por hablar. Hablar hasta quedar seco.

ANDRÉS: Además, no le has dicho nada a tu madre, la única que ha hablado con ella ha sido Emma. ¡Si hasta me he tenido que presentar yo!

JAVIER: No sabía cómo presentarte a mi madre, la verdad... De todas formas, he amado su numerito con Emma, manteniendo la conversación a tope, aun cuando se odian a rabiar.

Esto es cierto, mi madre y mi mejor amiga no se tragan. Al principio pensé que era porque mi madre pensaba que me hice gay por culpa de Emma. Puede parecer raro, pero en su cabeza tenía lógica. Emma era la que me entendía, la que amaba que fuese gay. Cuando se dio cuenta de que no iba a ser mi novia ni nos íbamos a casar y darle nietos, creyó que Emma fue la que me llevó a sitios donde no debía ir. Pero hoy, mirándolas tratándose de forma tan compasiva y con mi madre completamente cedida a los consuelos de Emma, he pensado que quizá no fuese eso lo que mi madre sentía, sino más bien un rapto. Emma me había quitado de sus brazos como las novias hacen con los hijos. Ser la nueva mujer de mi vida le debió de doler bastante. Ahora mismo, no me parece tan extraño que en cierta forma se odien. Como odian los pequeños comercios a los grandes almacenes. Y en el caso de Emma, ella odia a mi madre por todo lo que me hizo, o más bien lo que no llegó a hacer.

Con eso, han estado peleadas más de media vida. Como yo con ellos. En un pulso constante hacia ningún sitio. ¿De qué discutíamos exactamente? ¿Política, ideología, la carrera que estudiar? Creo que al final las peleas solo eran una forma de restregarnos por la cara lo que ninguno nos atrevíamos a decir en alto: esperaba otra cosa. Nuestra relación la trajeron los de Aliexpress y tú confiaste en lo que ponía en la web. Error. Cagada máxima sin posibilidad de devolución. Esto es una página que viene desde China, no el puto Corte Inglés. Por eso no paro de preguntarme: si ninguno íbamos a cambiar, si yo no podía mejorar, ¿a qué coño vinieron todas esas peleas?

Todo se resume en infructuosas peleas, en decibelios de insultos, que lo único que han aportado son portazos. ¿Dónde nos han

conducido estas banales discusiones? A preguntarme una y otra vez lo mismo: ¿y ahora qué?

ANDRÉS: Deberíamos salir y hacer algo para distraerte, no me gusta que te compadezcas.

¿Qué coño significa eso? ¿Cómo te distraes de algo así? ¿Es necesaria la distracción? Solo alguien muy distraído en la vida podría soltar esta mezquindad. Su mirada recurrente de cachorro desvalido vuelve a la carga, entre buenismo y necesidad de que le perdones la vida. Vamos a llamar a esta cara la cara «bebé a bordo». ¿Qué significan esas pegatinas que todos los padres primerizos ponen en sus monovolúmenes de ocasión? De no llevarlas, ¿tendrían todo el derecho del mundo a estamparse conmigo? ¿Vas a llevar más cuidado con un coche que pone «bebé a bordo», como si el resto de los seres humanos nos mereciésemos un besito por detrás o un adelantamiento peligroso? Nos hemos instaurado en un trato buenrollista que se ha vuelto endémico. Nada hay más peligroso que un padre o una madre con una pegatina de «bebé a bordo», porque lo que te está diciendo es que su vida y de la de sus pasajeros valen más que la tuya. Es una muestra más de la estratificación capitalista. Un intento de colocar a los tuyos por encima del resto. Ponte una de esas pegatinas en el coche aunque no tengas progenie. O tatúatela en la frente, mejor. Y atropella todas las normas sociales.

No os invito a compartir esta reflexión con nadie que lleve uno de esos símbolos en su coche. Por eso, cuando Andrés pone esa cara, yo me voy a la cocina, a hacer como que necesito un vaso de agua. Y en la cocina me da por pensar en lo guay que sería distraerse de vez en cuando. Poder ser de esas personas que son capaces de

pensar en otras cosas. Igual lo que estoy haciendo con Andrés es una distracción como una catedral y no me había dado cuenta. Porque, ¿a quién quiero engañar? ¿Dónde va a llegar esto? Al mismo sitio al que llegaron las conversaciones con mi padre. Al cubo de la basura y de ahí bajo tierra.

JAVIER: Deberíamos hacer algo para distraernos, tienes razón. ¿Por qué no te presento a alguien o te doy un papel más grande en otra obra? Lo que sea para que te sientas libre de marcharte.

Se lo suelto con una tranquilidad que me asombra hasta a mí. Entonces empieza la fiesta de verdad. El guateque embarrado que despiertan todos los entierros. La muerte saca lo peor de nosotros, aunque nos digan lo contrario.

ANDRÉS: ¿Eso quieres, en serio? Cojo mis cosas y me piro, y ya está.

JAVIER: Eso es claramente lo que te importa. De puta madre. Andrés, hasta luego.

ANDRÉS: No, no es lo que me importa, es que no sé qué mierda quieres que haga con eso que me estás contando. ¿Quieres que me piro? Me piro. No eres el único que siente que sobra en esto. ¿Por qué me tratas así?

JAVIER: Perfecto. No, no, sigamos juntos, de puta madre. Seguiremos fingiendo todo el tiempo que quieras, mientras nos inundamos entre todas las cosas que los dos esperamos del otro y que jamás se van a cumplir.

ANDRÉS: Pero ¿por qué siempre estás pensando en eso? En lo que yo espero de ti. A lo mejor no espero nada.

JAVIER: Todos esperamos algo del otro, siempre. Y yo sí esperaba de ti.

ANDRÉS: Claro que esperaba algo de ti. Que no me trataras como me trata todo el mundo. Que tuvieses compasión por mí. Que me tocases con afecto y que no me mirases con esa cara de «debí haber seguido tomando la píldora». Y, ahora que lo has logrado, ¿me dejas caer y me mandas a mi casa?

JAVIER: Siempre eres yo, yo, yo, yo...

ANDRÉS: No, ese eres tú. Me jode porque crees que te diferencias de la gente esa que criticas por no saber querer a los demás. Por lo que a mí respecta, eres igual que tu padre.

JAVIER: Retira eso.

ANDRÉS: Eres incapaz de recibir sin pensar en ti mismo.

Andrés detona en mí algo que no puedo soportar. Una verdad que escuece más que todas las demás. Y como no te puedes defender con palabras de la verdad, a no ser que sepas decir «lo siento», me abalanzo sobre su cuerpo, lo tiro sobre la cama y pongo todo mi peso sobre su pecho.

JAVIER: No tienes ni puta idea, no sé cómo hacerlo, ¿vale? No estoy acostumbrado a que me den nada porque sí. Si hasta el imbécil de mi padre me quería cuando era lo que él quería y no lo soy y no puedo serlo y me odia y le he decepcionado y no me lo voy a perdonar en la vida.

En este momento, con todo mi cuerpo encima de él, agarrándole por la pechera, lo veo de verdad. Y estaba equivocado por completo, porque soy un imbécil. No es una mirada de víctima; me está observando con lástima. Clava sus ojos en mi cara enajenada

mientras parece pensar: «¿Qué te ha pasado?». Y me doy cuenta de que no quiero que se vaya. Nunca he deseado tanto que alguien se quede. Y que me bese y follemos. Que eso no tiene nada que ver con distraerse, pero sí con darse una tregua a uno mismo. No hay nada más parecido a unas palmaditas en la espalda que un buen polvo.

JAVIER: No quiero que te vayas. Ya sé que todo el rato parece que soy el líder. Pero de verdad que no es así. Que yo solo quería que me quisiese un poco. Por las cosas más feas, estúpidas y aleatorias. Y ni siquiera yo sé querer así. Menudo fracaso.

Joder, ya me has hecho llorar. Andrés me coge del cuello, eleva su torso hacia el mío y comenzamos a besarnos de una forma diferente a como lo habíamos hecho hasta ahora. Me siento deseado. Yo le correspondo avanzando por su cuello y después por su pecho. Desabrocho los botones de su camisa negra a la vez que me deshago de la mía sin tanto cuidado. Continúo bajando hasta su ombligo cuando comienza a revolverse. Lo ignoro, desabrocho su bragueta. Cuando llego a la parte más interesante, Andrés empieza a negar con la cabeza. Me dice que no, completamente jodido. Y «no» significa «no», tanto si eres heterosexual como si no. Así que me acuesto a su lado y le beso la frente. No decimos nada, solo nos quedamos observando las pocas estrellas de Madrid que se nos aparecen desde las claraboyas del techo abuhardillado. Ya no estamos en mi casa de las afueras y no es la hierba del jardín esto que siento. Mi padre no está a mi lado inventándose las constelaciones. No, eso nunca pasó. Estuve yo solo tirado en el jardín sobre la hierba mojada, cogiendo un resfriado de la hostia porque mis padres aún no habían llegado de trabajar. Fin.

Me sobresaltan los ronquidos de Andrés mientras yo sigo sin poder dormir. Salgo sigiloso de mi habitación y, cuando miro el móvil, decenas de mensajes y llamadas perdidas, de comentarios en Facebook y en Instagram. Vivir en el siglo XXI significa que tus contactos de LinkedIn puedan darte el pésame. No quiero sonar a Bauman, pero las redes nos están ~~jodiendo vivos~~ deformando. Así que apago el teléfono y lo dejo encima de la mesa. Cojo mis llaves y la tarjeta de crédito y me miro en el espejo por última vez esta noche. Tengo el mentón de mi padre. Este mentón se va de fiesta. Mientras camino hacia el garito más cercano a mi casa, me siento un poco el protagonista de *Shame* —un poco solamente, en la vida no sería yo ni un 10 % de lo guapísimo que es Michael Fassbender—. Entro en la discoteca y al cuarto Jäger con Red Bull he hecho una pandilla de amigos simpatiquísimos. Es impresionante la capacidad de esta ciudad para ofrecerte ocio un martes. Y la de gente que lo solicita.

Quiero morir en una discoteca llena de maricas

Quiero morir bebiendo vino a morro de una barrica

Quiero morir en el preciso instante en que lo diga una chica

Quiero una muerte tonta de esas que nadie se explica.

Maricas de Joe Crepúsculo a todo trapo y ya no me acuerdo ni de por qué he venido hasta aquí. Supongo que tendrá que ver con que voy en un traje negro. Un chico empieza a acercarse a mí bailando. Me pregunta por qué voy tan arreglado y me confía el secreto de que le encanta hacerlo con hombres de negocios. Así que me presento como el director de una *start up* que acaba de llegar de cerrar un acuerdo en Silicon Valley y nos bajamos al baño.

Cuando el chico se agacha, levanto la cabeza como acto reflejo y me veo allí, en el techo. ¿Quién coño pone un espejo en el baño de

una discoteca? Estamos en Chueca, qué preguntas. Contemplando la escena, resulta que ha dejado de excitarme hace más de quince minutos. Antes de que empezara, de hecho. Creí que podría dejar de pensar y anestesiar-me, pero esto se les da mejor a los protagonistas de mis obras. Yo solo sirvo para obsesionarme con mis historias. Abandono al chico, dejándolo a medias pero con una buena anécdota que contar y camino hasta casa en zigzag.

Una vez en mi habitación, me quedo en calzoncillos y me acuesto al lado de Andrés antes de que amanezca. Aún no me he dormido del todo, de modo que, casi inconsciente, vuelvo a coger el teléfono de papá y lo dejo debajo de la almohada.

Capítulo VI

El propósito es ofrecerle al otro
un respiro que aplace el dolor de mundo.
No la felicidad (!), pero sí un respiro
que alivie al cuerpo del riesgo enorme de
sufrir dolor.

JOHN BERGER,
sobre el deseo

Todo lo que tenía el día que entré en la universidad eran preguntas. Emma y yo habíamos conseguido nuestras plazas gracias a una beca y se nos notaba la euforia. Aún puedo sentir nuestro amago de síndrome de Stendhal el día que pisamos por primera vez el campus. Qué ~~imbéciles~~ esnobs éramos. Ese fue el año en que decidí llevar pantalones de un color diferente cada día y ella aceptó el consejo de su tía peluquera de dejarse flequillo. Graves errores. Aun así, no nos quitaban la sonrisa ni a martillazos.

Tomamos caminos diferentes en la universidad: ella vivía pegada a una cámara desde la Olympus que le regalaron mis padres para su comunión, así que se decantó por Comunicación Audiovisual. Solíamos ver juntos todas las películas que le mandaban en clase y poníamos a parir a sus profesores por putrefactos, como decían Lorca y Dalí. En cambio, yo decidí ~~hacerme una paja~~ encerrarme en una carrera de esas que no tienen ninguna salida y solo vas a hacerte preguntas. Otra demostración más de mi lado kamikaze y

masoquista. Supongo que me obsesionaba responder a una pregunta que me había rondado desde que era pequeño: ¿nacemos o nos hacemos? Quería comprender, como Matilda, por qué era tan diferente a mis padres y, especialmente, por qué no encajaba en todo lo que ellos habían diseñado para mí.

Me despierto, después de mi ~~pelea~~ ¿riña? con Andrés, pensando que efectivamente nos hacemos un daño de la hostia, y sin venir a cuento, cuando no somos capaces de hacer frente a nuestros problemas. Me he quedado embobado viendo los libros de la carrera y vuelvo a caer en la cuenta de que no obtuve ninguna respuesta. Ahora podría usar unas cuantas. Tendría que haberle hecho caso a mi padre y haber estudiado Economía, así tendría todas las soluciones, como esos que salen en la tele explicando la crisis — que, si lo tenían tan claro, ¿por qué no lo dijeron antes?—. Pero para variar un poco, hice lo que me dio la gana y estudié Filosofía.

Miro a Andrés ~~reacar~~ dormir a mi lado y ya sé lo que viene ahora: se despertará, yo le prepararé un café, los dos hablaremos de lo que pasó ayer, me preguntará qué hice cuando salí de casa... ~~Pero esto no es una peli sobremesa de Antena 3.~~ Como no quiero hacerlo todo más incómodo de lo que podría ser, convoco un ensayo general urgente de la obra. Para cuando se despierta, estoy cerrando la puerta. ¿Leerá la nota que le he dejado? No soporto las situaciones en las que la gente tiene la necesidad de «hablar de lo de ayer». Hablar no ha venido bien nunca a nadie. Eso lo sabemos todos los que nos dedicamos a las palabras. Hablar es cagarla y acabar necesitando corregirlo.

En el taxi de camino al teatro, me miro en el espejo retrovisor y me vuelvo a ver de verdad, como en el baño de esa discoteca. Tengo las mismas entradas que mi padre. Escribo «iguales» en mi muslo derecho con mi mano y me aseguro de que no es una palabra

par. No es que no pueda huir de la herencia de mis padres, es que la llevo directamente inscrita en el cuerpo, en mis entradas, la forma de mi mentón... Pero también en la manera en la que camino encorvado, con el ceño fruncido y en el chasquido de la lengua contra mis labios cuando termino algunas frases, como si fuese un granjero de Missouri que siente la necesidad de renegar.

No tengo ni idea de cómo enfrentarme a este ensayo, así que dejo mi síndrome del impostor en el taxi y me dirijo hacia la sala. Andresito ha debido de leer la nota que le dejé porque ha llegado. Con las ojeras por los suelos y con miles de remolinos en el pelo, pero está aquí. Intento no referirme mucho a él en lo que dura este encuentro orquestado para no estar solos en casa. Al finalizar, salgo corriendo de allí. Caminando hacia la plaza de Santa Ana, veo que tengo una llamada perdida suya. ~~Tiro el móvil hacia la estatua de Calderón.~~ Le llamo de vuelta porque estoy determinado a dejar de hacer el imbécil.

JAVIER: Hola, ¿me has llamado?

ANDRÉS: Sí, me gustaría que hablásemos de lo de esta noche.

«Esas ganas patológicas de comentar todo lo evidente se te habrían pasado de haber ido a una buena escuela de teatro.»

JAVIER: Claro, ¿de qué exactamente?

ANDRÉS: Pues... Supongo que de lo que pasó en tu cama. Mira, yo no quería que tú...

JAVIER: Perdona que te corte, tío. Es que, justo cuando me estabas llamando, me he encontrado con un amigo que me acaba de invitar a una fiesta y digo, ¿por qué no vamos los tres?

Ahora tengo que buscar una fiesta y amigos para esta noche. Cuando llamo a Emma para contarle el plan, no le hace mucha gracia.

EMMA: Ni de coña. Que no, Jota, que no.

Mi chantaje emocional desarrollado durante años funciona y finalmente accede. A estas alturas de la película, ya empiezo a ser consciente de que Emma haría lo que fuese por mí, lo que lo convierte en una putada. Cuando teníamos dieciséis años, ella odiaba cualquier bebida alcohólica, hasta el famoso «malibú-conpiña». Tras muchos intentos, lo único que le quedaba era taparse la nariz para poder beber. Emma bebía con la nariz tapada para poder acompañarme a las fiestas de la plaza del Rey, para que conociese chicos y olvidase así a los imbéciles del colegio, que no solo querían mi compañía en privado. Cuando tienes dieciséis y aún no sabes manejarte bien con las cantidades, es normal que acabes sujetándole el pelo a tu mejor amiga para que vomite mientras os prometéis amor eterno y os decís lo mucho que valéis el uno al otro. Emma siempre me decía «mereces ser feliz» y yo siempre acababa soltando un «no te abandones».

...

Estoy tumbado en una cama pequeña, una de esas camas supletorias de hotel. Las sábanas son blancas y la cama está a medio hacer. Me miro las manos y me doy cuenta de que son más pequeñas de lo habitual. Por la ventana entra un olor a mar, a playa, que ondula mi pelo y embota mi cabeza. La brisa se cuela por el mismo agujero que la voz de mi padre. Sé que sus órdenes van

dirigidas hacia mí pero no consigo moverme o asimilarlas. No veo su cara y todo lo que no pertenece al mundo de los objetos es muy borroso. Mi cuerpo es también una mancha como en un cuadro de Dalí. No quiero hacer lo que me manda y me río. Me río de él. Se acerca hasta mí y empieza a pegarme con su cinturón y mis risas van en aumento. Me río, me descojono mientras mi padre me pega y esto le enfada más. Yo no puedo parar de reírme, me están contando el mejor chiste que me han contado en mi vida. Una risa tonta, infantil, tan profunda como un llanto.

...

Dicen que es fatal dormir con el aire acondicionado puesto. Cuando me despierto, no sé con claridad qué parte de esto es un recuerdo y qué parte he soñado. ¿Qué más da?

He conseguido arrastrar a Emma hasta la cola de una discoteca. Nos hemos ido haciendo los locos hasta que hemos pasado de los últimos a casi los primeros. Si esto no es un don, pues yo ya no sé. Estamos repasando los conjuntos locos de la gente que fue al funeral de mi padre, mientras le damos tragos a una *yonkilata*. Gente de amarillo, con estampados de leopardo... El luto no es lo que era. Emma está a contraluz, así que solo veo la figura de su pelo largo, sus orejas de soplillo y su cintura de avispa. Andrés llega calle arriba con tres latas más, una gorra hacia atrás y una camiseta de Nirvana que lo convierte un poco más en un *crush*.

EMMA: Que vino Raquel, La Puerca...

ANDRÉS: ¿Quién es esa?

Resulta que al funeral de mi padre vinieron rostros conocidos por apariciones en traumas infantiles, como nuestra querida Raquel, La Puerca. Una profe que tuvimos en primaria y que nos hacía tirar a la papelera sus pañuelos después de sonarse los mocos. La excelencia de la educación concertada. Odiaba sus clases porque se me daban fatal las manualidades y pegar y recortar y jamás llevé a cabo ningún proyecto de Art Attack con éxito. Ella me ridiculizaba frente al resto y, bueno, lo demás me salió a setenta euros la sesión. A Emma también le tenía manía. Así que la cola de esta discoteca resulta ser el mejor lugar para recrear nuestros fantasmas de la infancia.

EMMA: La odié desde que dijo que no podíamos hacer *Lady Marmalade* en el festival del colegio porque Javi no era una chica. ¡Teníamos tan ensayada la coreografía!

JAVIER: Quedábamos todos los días después del cole y le robábamos el *radiocasette* a tu mami y ensayábamos. Nos engañó. Creo que nunca mandó el vídeo a *Lluvia de estrellas*.

Ahí empezó un poco nuestra historia, pero sobre todo el *bullying*. Algo tan horrible que nos unió mucho, mucho más. Crearon para nosotros una canción con la base del himno de España y, pese a que de pequeños nos hacía llorar bastante, ahora es algo que me llena de orgullo y satisfacción. Dedicaron tantas horas a crearlo que casi me siento halagado. La única letra del himno de España que no divide. Que Emma y yo nos pongamos a gritarlo en esta cola en Chueca se convierte en un acto muy político, aunque a todo el mundo que nos acompaña se la sude.

JAVIER y EMMA:

«Marica bujarra
gorda lesbiana
son feos los dos
moríos por favor
padres divorciados
la abuela murió
él es un empollón
gafotas maricón».

Andrés no da crédito. Avanzamos comentando el panorama hasta que el portero nos informa de las ofertas de la noche: doce euros una copa o dos por quince. Como no existe una oferta de diez copas, les animo a pedir el bono de dos. Antes de entrar, Emma me coge del brazo para asegurarse de que quiero hacer esto hoy. Es una cortada de rollo tan grande como cuando te estás besando con alguien y te pregunta si vais a follar... Solo deja que pase, tío. Así que hago como que no la entiendo y entro.

Dejamos los abrigo en el ropero y bajamos directamente a la pista. Está sonando *Nunca nadie pudo volar* de La Casa Azul, justo en el momento en el que más me gusta gritarla. Sin decir nada, me hago paso a codazos hasta el centro de la discoteca, convenzo a unos chicos de que me aúpen a la tarima y después yo hago lo mismo con Emma y Andrés. Empezamos a bailar y me dejo la garganta en la letra de la canción. Emma hace el truco que le enseñó una vez una travesti: «Tú, siempre que no te sepas la letra, vocalizas en *mute* veinticuatro y veinticinco y eso coincide con todas las canciones del mundo». Y, efectivamente, funciona. El resto de la discoteca nos mira mal, quizá por los gritos, quizá por los

empujones, o yo que sé, porque nos lo estamos pasando mejor que ellos.

Nos da sed y bajamos de allí hacia una de las barras. Emma y Andrés van bastante pedo (los chupitos de Jäger han hecho su efecto), pero yo sigo un poco en anteayer. El camarero empieza a ligar con Emma mientras nos pone las copas y Andrés me mira como si pensase que necesita ayuda. Nada más lejos de la realidad.

CAMARERO: ¿Jäger con Red Bull? Menuda bomba de azúcar, ¿no, guapa?

EMMA: ¿Tú qué eres, mi camarero o mi endocrino?

Mi amiga coge sus copas y se da la vuelta. Entonces, nos ve a Andrés y a mí tonteando y se queda mirando sonriente con los vasos en la mano. ¿Qué estará pensando cuando me mira así? No sé si es una sonrisa de aprobación, de celos, de cuidado... O de borracha.

Yo sigo picando a Andrés, jugando a averiguar si el «no» de ayer iba en serio o qué. A cada chica que pasa, le digo que hacen muy buena pareja y que debería entrarle a alguna o se va a ir a casa solo. El alcohol de su cuerpo toma la palabra y me contesta que él solo quiere irse a casa conmigo. ~~Eso no decías ayer.~~ Prefiero no contestarle. Cansada de observar, Emma se acerca a nosotros, toma su posición en el centro de los dos y nos devuelve a la pista a bailar. Hace unos años, no se habría atrevido a ocupar el espacio de esa manera. Su Jäger en el aire, la forma de mover su pelo y su sonrisa permanente me recuerdan lo mucho que ~~nos la suada~~ hemos avanzado. Ya no estamos en esa época en la que ella se sentía pequeña y se conformaba con ver cómo lo pasaba bien. Hemos madurado y, joder, algunas veces, qué bien sienta. Al apartarme un

poco para observarlos, los veo moverse, ya desinhibidos, chocando sus vasos y mostrando diferentes versiones de sí mismos según les alumbran los focos. Mirándolos así, vuelven a hacer buena pareja.

¿Qué sería de ellos sin mí? ¿Serían una pareja perfecta? No me soporto cuando me imagino en el centro. De los focos, de mis amigos, de la vida. Odio proyectar una sombra demasiado alargada hasta para mí. Mira, papá, como tú. ~~Menudo narcisista~~. Así que les dejo bailando y vertiéndose las bebidas sobre sí mismos. Bajo al baño sin poder quitarme esa idea de la cabeza. Creemos que somos sinceros con quienes están a nuestro alrededor y menuda cagada es no atrevernos a decir lo que se nos pasa por la cabeza. Menuda cagada. Me encierro en uno de los retretes y saco mi teléfono y el 3310 de mi padre. Me explota el cerebro de imágenes juntos. Este no es el momento para esto. Pero ¿cuándo va a serlo? Es una oportunidad para acabar y enterrarlo de verdad. Así que enciendo su teléfono. ¿Pin? Seguramente el 0000 que le puse cuando lo configuré. Llamo y dejo activado el buzón de voz. Después lo vuelvo a apagar. En el mío, pulso las cifras de su teléfono por última vez y le doy a llamar. Salta el contestador automático y exhalo fuerte. ~~De alguna forma, hablo con él~~. Hablo con una máquina.

JAVIER: Papá, ya sé que siempre odiaste lo del buzón de voz, pero está bien que sirva para ponerle fin a esto. Te perdono.

Ya está. Se acabó. Fin. *The end. Ende. Koniec*. Tiro el Nokia al retrete. Necesito una de las pastillas de eme que están en mi bolsillo. La meto en mi boca y le doy un trago a la copa. Todos necesitamos desconectar de vez en cuando. Unos se van a pasar la semana a la sierra y yo visito a mi camello brasileño. Maneras de

vivir. La engullo de golpe y dejo el vaso encima del cubilete del papel higiénico. Y ahora, ¿qué viene? Ah, sí. Choco mi cabeza bruscamente contra la puerta del baño y es lo más parecido a una palmada en el hombro que he sentido hoy.

Unos puñetazos en la puerta me sacan de mi momento dramático-relax. Alguien golpea fuerte y me pide que salga. En este momento, lo correcto sería coger mis pastillas y tirarlas por el retrete, pero llegados a este punto, los señores oficiales lo entenderán. Al abrir veo a un chico de mi edad, un poco más alto que yo, «attrezzado» como *drag queen*. La verdad es que está guapísima. Las veces que yo me he disfrazado de *drag* en mis años de tonteo con la interpretación me hicieron entender que, como mujer, era horrenda. Sin embargo, me encanta verlo en los demás. Creo que las *drag* son el ejemplo perfecto de que vivimos en una simulación. Un hombre que puede «jugar» un rol femenino, de una forma paródica, divertida, estereotipada... Me fascinan las *drag* porque te cuentan que el género es una *performance*, que todo es un juego y eso alivia que te cagas. Esta me insta a salir del baño porque tiene que entrar para terminar de prepararse para su *show*. Paso por delante de ella y, al darle la espalda, oigo que dice mi nombre.

DRAG: Reconocería ese remolino en todas partes, Javier de Miguel.

Me lo dice con una voz tan grave que me saca por completo de su papel. Me giro y lo cierto es que no la reconozco. También puede ser por el kilo de maquillaje, la ropa, la peluca... Me sigue mirando como si tuviese que saber quién es, lo que hace que me asuste un poco. Pero entonces hace un gesto, un gesto que hacían unos

chicos del cole para meterse conmigo, ponían la mano colgando y luego se dibujaban unas gafas en los ojos con los dedos. Y ya no hace falta que me explique nada. Es Juan Carlos, el chaval que encontró un filón para hacer amigos ridiculizándome. Cada uno tiene que encontrar su nicho de mercado, eso está claro.

Lo cierto es que era algo que podía pasar. Y ni siquiera disfruto del hecho de que ahora me lo encuentre en esta situación, porque nunca he pensado que ser gay pueda ser un castigo. Me alegro bastante de verlo así. Encontrarme con él es volver a tener diez años y devolverme a un lugar al que no me apetece ir. Nos ponemos a hablar y voy notando cómo la pastilla me empieza a hacer efecto y mi «yo» entero quiere salir de mi cuerpo.

JAVIER: De superhetero a *drag*. ¿Cuándo ha pasado? ¿Quién nos iba a decir esto en el cole?

JUAN CARLOS: Tú en cambio lo tenías todo taaaaan claro. Eras taaaaaan la marica oficial, la respetable, la luchadora contra el *bullying*, la *social justice warrior*. Tú y Emma me dabais urticaria. Bueno, y envidia. Si tú eras el chico gay del colegio, ¿a mí que me quedaba?

JAVIER: El homófobo, eso está claro.

No quiero desaprovechar la oportunidad de saldar las deudas con el Javier de hace quince años y, como la pastilla ya se ha esparcido por mi sistema nervioso, me lanzo a besarle. Pero el chico del ropero interrumpe nuestro momento «FOQ», llamándole porque es el siguiente en salir a actuar.

JUAN CARLOS: No todos podíamos ser lo que queríamos, solo lo que nos tocaba. Ahora ya no. Qué pequeño es el mundo, ¿verdad?

JAVIER: Como el patio del colegio.

JUAN CARLOS: Igualito, plagado de maricones.

Juan Carlos termina de arreglarse y sale por la puerta y me deja envuelto en el mismo pensamiento. Qué complicado es digerir que no somos libres. Que siempre hay alguien por encima, restringiendo nuestro paso y haciéndonos más finitos. Qué putada. ~~Y menos mal~~. En ese momento yo soy esclavo de la *hello kitty* y me acuerdo de que venía con alguien y tengo cosas importantísimas que decirles. Mi intención de ir a buscarlos era real, pero me encuentro con una chica que ha perdido su lentilla y nos ponemos a buscarla. Me va la vida en ello. Es vital encontrarla y que ella pueda irse a casa sabiendo por dónde va. Nos tiramos al suelo a buscarla, alumbrando con la linterna y de golpe aparece Andrés para rescatarme.

Ni «dónde estabas» ni «nos tenías preocupados» ni tonterías de esas, solo «vamos a mear». Menos mal que no tenemos que comentar en qué estaba. Nos ponemos juntos en los urinarios de pared de la discoteca y Andrés le echa un vistazo al mío y se queda mirándome el rabo. Por cómo tiene la cara, creo que no he sido el único en recurrir al dopaje.

JAVIER: ¿Hoy sí? Sería un buen *plot twist* para esta historia, desde luego.

Andrés me ignora y termina de hacer pis. Después se sube la bragueta y va a lavarse las manos, mientras busco el botón de rebobinar para no haber tenido que soltar esa estupidez. Me acerco

al lavamanos pero no le pierdo de vista y sé que ha vuelto esa cara. La de compasión máxima, como la de un niño viendo el principio de *Bambi*. Y entonces lo suelta.

ANDRÉS: Sabes que estoy aquí para lo que necesites, ¿verdad?

JAVIER: Gracias, tío, eres mi roca. (Golpeo mi puño sobre su hombro.)

ANDRÉS: Sé que odias que te digan cosas obvias, pero yo creo que a veces hay que decirlo por si acaso. Cuando estás tan callado me asustas.

JAVIER: ¿Sabes qué? En los momentos más felices de mi vida estaba callado. «Pero, Javi, si te dedicas a decir cosas...» Pues sí. Mi padre tenía un camión en el pueblo y la parte de atrás se levantaba. Yo me agarraba a unos hierros y él ponía el remolque en vertical. Se me subían las tripas a la garganta y me apretaban tanto que no podía respirar. Y no decía nada. Y era tan feliz. Hoy podemos no decir nada y yo estaré tan contento. Porque no me tienes que soltar que estás aquí y todas esas vulgaridades. Dime que quieres drogarte conmigo y enrollarnos contra un coche. Y a mí me vale.

Llevaba meses sin hablar tanto. Al volver el silencio, me doy cuenta de que he ido acercándome a Andrés poco a poco y que lo tengo agarrado por la pechera. Su cara está entre el miedo y el deseo. No veo motivos para no acercarme y besarnos. Él acepta mi beso y seguimos en ello hasta que se me enciende la bombilla: no hemos ido allí solos. Emma estará sola en algún sitio y yo siempre acabo haciendo que las noches versen sobre mí.

Salimos de la discoteca a buscarla y sé que debería sentir frío, pero tengo un calentón tan gustoso. En mi movida de drogado he

ido imaginando situaciones terribles en las que toparme con Emma y sentir toda su ira sobre mí, pero fuera la encontramos «bautizando» a unos chavales para que pertenezcan a su religión de mariliendres. Otra que se ha tragado un gato. Al reencontrarnos, me da un abrazo ~~de anuncio de turrónes~~. Debemos de haber estado pensando lo mismo sobre el paradero del otro. Noto como le dice algo a Andrés, moviendo las manos muy fuerte. Supongo que le había dejado a mi cuidado o habían hecho un pacto de no perderme.

¿Dónde está mi *ticket* del ropero? Después de treinta minutos rebuscando por cada rincón de la discoteca, preguntando a la gente que intentaba pasarlo mejor que nosotros, mirando debajo de cada copa, resulta que lo tenía bajo la funda de mi móvil. Cosas que pasan. Nos hacemos con todos los abrigos y nos vamos hacia casa, porque nadie ha secundado mi opción de irnos a un *after*, aún no sé muy bien alegando qué... Ni olvido ni perdón para las víctimas. En el camino, Emma se sienta cansada encima de un cubo de basura volcado. Pone sus piernas hacia un lado, como la Sirenita en su roca. Y siento una ternura terrible. Encima del cubo de basura es lo más parecido a un *crush* por una mujer que tendré en mi vida. Nuestra generación es muy conocida por profanar contenedores y mobiliario urbano, pero de verdad que no lo hacemos tanto. Quizá nos guste tanto porque esos mismos cubos están llenos de todas las cosas que querríamos ser. O quizá porque no estudiamos Educación para la Ciudadanía. Abro el cubo y meto la cabeza dentro.

JAVIER: Uy, seguro que están aquí mis dos carreras.

EMMA: Mira bien, a ver si encuentras mi máster...

En ese momento, las —ya dos— pastillas me arman del valor para encaramarme al cubo y surfearlo. Creo que es la primera vez en la vida que no tengo las rodillas bloqueadas. Y me empiezan a subir las ganas de expulsar muchos demonios, antes de que se me enquisten como a Robespierre. No vaya a ser que nos hagamos viejos y burgueses y que se nos olviden o se nos pasen las ganas de gritar sobre estas cosas.

JAVIER: ¡Hijos de puta! Habéis tirado nuestros sueños a la basura. Nos hacéis heredar la crisis más jodida de la historia. Y ahora, venga, nos insultáis por no solucionarlo. Por no ser como vosotros. ¡Ninis! Eso es lo que sois, que ni vivís ni dejáis vivir.

Escupo las palabras hacia el cielo de Madrid. Ahora insto a Emma a que ocupe mi lugar, porque no sería justo que fuese yo el único que disfrutase de quedarme tan en paz. Aunque al principio se niegue a escalarlo, acaba apoyándose en Andrés y en mí y sube. Con las rodillas más rígidas que una tabla y pidiéndonos que no la soltemos, pero lo hace. Y yo le pido que mire a la cámara imaginaria, la del piloto rojo, y que le suelte a su padre qué son las cosas que le hacen estar tan harta.

EMMA: Te odio, papá. Te odio. Te odio cuando me comparas con tus amigos. Te odio cuando me miras por encima del hombro. No pienso ser tú. No voy a ser tú. Porque, nuevas noticias, tengo vagina y si no te gusta te aguantas. No soporto más que me digas que tengo que llegar a lo más alto cuando tú eres camarero, porque por mucho que quieras decir que eres *maître*, eres camarero.

Solo falta por subirse Andrés. Pero antes de que nos demos cuenta, mientras yo estoy felicitando a Emma como si hubiésemos ganado un partido de *quidditch*, él ya está arriba y hablándole a su público.

ANDRÉS: Si no eras capaz de salir solo de los bares, ¿para qué cojones me tuviste?

Pum. Ha sido como en las películas de adolescentes problemáticos, cuando nos desvelan la historia del que ha sido el capullo durante todo el tiempo y te sientes mal por haberlo juzgado desde el principio. Al bajar Andrés del cubo, todos pesamos veinte kilos menos. Estamos eufóricos. Es ~~un poco triste~~ increíble cómo gritar unas palabras sobre un cubo de basura de madrugada puede significar tanto. Y no deja de asombrarme cómo nos une contarnos las cosas que nos atormentan. Me hace ver a Andrés más real, frágil, cómico, emotivamente defectuoso. Estamos tan obsesionados en mostrar nuestra cara A, siempre dispuestos a alagar, a que nos den el visto bueno... cuando son nuestras miserias más absurdas las que nos hacen conectar tanto. No sé si es el eme o estar rodeado de mis amigos, pero hoy creo firmemente que podemos cambiar el mundo. Así que vamos hacia casa echando una carrera, subiendo a los bolardos, retando a coches y motos. Madrid a nuestros pies. La ciudad más y más nuestra. Aún no tengo muy claro si hay más gente que viva en ella además de nosotros. Emma y Andrés van detrás de mí, los oigo jugando al «yo nunca» mientras escucho música.

EMMA: Yo tenía diecisiete. Y fue en casa de mi padre.

ANDRÉS: Yo tenía dieciocho. Y fue en mi cuarto, con los *posters* de la FHM.

EMMA: Muy cutre.

ANDRÉS: ¿Y con quién fue?

EMMA: *Next*.

ANDRÉS: Entonces bebes.

EMMA: ¿Cuánto tiempo tardaste en correrte?

ANDRÉS: Tres segundos.

EMMA: Bebes por *loser*.

ANDRÉS: ¿Cuánto tardaste tú?

EMMA: Pues... Unos cinco años.

Suena mi teléfono y abro el WhatsApp. No sé quién es, pero aprovecho para meterme en la conversación que tenía con mi madre. Hay un audio en el que me pide ir al día siguiente a casa para solucionar unos temas del testamento que se han quedado pendientes y solo con oír esa palabra se me eriza la piel. ¿Saldré mencionado en ese testamento? ¿Qué voy a hacer con las cosas que me ha dejado, si es que me ha dejado algo? Esto ya me lo han dicho, ¿no? Escucho el audio una vez tras otra. Palabras como *testamento*, *herencia* o *padre* me suenan ahora mismo a cosas de otro planeta. Hasta que al móvil se le acaba la batería. Para entonces, Emma ya está encima de mí preguntando qué me pasa. Lo que pasa es que somos incapaces de asumir que lo único que le dejamos a los demás es la experiencia de estar juntos. Y que ni todos los testamentos del mundo van a sanar lo mierdas que fuimos el uno con el otro. Así que brindemos por ello.

JAVIER: Está más presente en mi vida muerto que vivo. Yo necesito quereros por las cosas más feas, estúpidas y aleatorias.

Hidalgo, hidalgo, buen hijo el que se deje algo.

Antes de decirlo, tomo el pelo de Emma y lo huelo. Ella me sonríe. Cogemos nuestras bebidas y las chocamos, para después beb rnoslas hasta el final. Tres jóvenes fulminan de un trago sus vasos bajo las farolas de una calle, en mitad de la calzada. Los tres esperan no cometer los mismos pecados que sus padres. Lo mismo que todas las generaciones. Sin embargo, este subid n me dice que seremos los primeros en conseguirlo, porque tenemos ese encanto de los que nacieron vencidos.

Andrés y yo echamos una carrera hasta casa y Emma nos sigue como puede, descalza y con los tacones en la mano. Yo también me quito los zapatos para solidarizarme con ella y siento el asfalto duro y sucio contra mis pies. Cuando llegamos a casa, Emma tiene unas ampollas interesantes y yo un pie sangrando, pero ha merecido la pena. Con los pies negros como ~~nuestro coraz n~~ la lengua por el J ger, los dos nos metemos en la bañera. Llenamos el agua hasta arriba y nos ponemos enfrentados. Emma me rega a por no usar la bañera más a menudo, mientras acaricia mi antebrazo con sus dedos. Pegadas por un lateral del mueble del lavabo se pueden ver unas fotos de Emma y más en las que salimos fatal. Es el único lugar de la casa donde me deja colgarlas, así que ahí están, plastificadas y esperando a que algún curioso las encuentre. En una de ellas est  en un patio, con un vestido de princesa cuyas costuras se han reventado porque estaba enorme.

EMMA: Tienes que quitar esa foto de ahí, porfa.

JAVIER: Nunca. Tendr as que hacer tus exposiciones con esas fotos. Yo las comprar a todas. (Acercos mis manos hasta su cara y toco sus sienes.) Me gustaría vivir aquí. Donde las cejas tocan tu

pelo. (Cuando estamos saliendo de la bañera, oímos ruido de cristales en la cocina.)

EMMA: A ver qué hace tu novio.

Voy hacia la cocina y lo veo barriendo los trozos de un vaso y comiendo un sándwich mixto. Lo sorprendo por detrás y se cae torpemente al suelo. Al levantarse, nos quedamos muy cerca el uno del otro. Oyéndonos respirar, como antes en la discoteca. No podemos perder otra oportunidad y retomamos el beso de antes. Andrés me quita la toalla que llevo. Desliza sus besos por mi cuello, lo que hace que levante mi cara para suspirar. Me topo con Emma, envuelta en su toalla, mirándonos. La observo durante un momento e impido que se vaya. La tomo de la mano y la acerco hasta nosotros. No hace falta decir nada, Andrés lo entiende perfectamente y nos fundimos en un beso los tres. En este momento, hacerlo con Emma no es raro. Lo habría sido en cualquier otro, pero ahora solo quiero pasar mis labios por todo su cuerpo y el de Andrés. Decidimos que la cosa no termine ahí. Ha podido ser el alcohol y las *hello kitties* lo que nos ha dado la valentía, pero somos nosotros quienes decidimos continuar.

Andrés ya me ha desnudado, así que yo hago lo propio con Emma, para luego, entre los dos, desnudar a Andrés y llevarlo hacia la habitación. Allí seguimos besándonos con mucha delicadeza. Mi temor de quedarme fuera del cuadro se disipa en cuanto oigo a Andrés y a Emma pronunciar mi nombre. Estoy disfrutando y confiando en que soy necesario, igual que ellos. Estoy siendo deseado y deseo. Los dos van bajando por mi cuerpo. Por una vez en la vida me estoy dejando llevar hacia las cosas, sin pensar, sin grandes soliloquios, ni midiendo las consecuencias. Solo sé que Andrés me está haciendo disfrutar y que no puedo despegar mis

labios de los de Emma. Nadie me habló de esto en el cole de monjas. Tampoco es que ahora mismo me importe mucho. Los tres fluimos mientras nos cagamos en todo lo que nos han dicho sobre sexo y relaciones. Hemos visto lo que tenían para ofrecernos y era una mierda comparado con esto.

Pensaba que había límites que Andrés no iba a cruzar, pero me equivocaba. También creía que jamás haría eso con Emma, pero, otra vez, me equivocaba. Desde esa mañana hasta ahora mismo, he estado tan equivocado en tantas cosas...

Terminamos dormidos en mi cama, con todas las ventanas cerradas y mirando al infinito. Emma y yo nos apretamos fuerte las manos con miedo, mientras que Andrés tiene una media sonrisa propia de un actor que acaba de estrenar. Para los tres, en este momento, el peso de las consecuencias no es más grueso que el edredón que nos cubre. Y es la primera vez que me pasa en la vida. Ellos consiguen dormirse, pero yo no quiero. Salgo a la terraza de mi dormitorio —la única ventaja de vivir en la buhardilla— y tomo mi teléfono móvil para mandarle un audio a mi madre.

JAVIER: Hola, mamá. Voy a romper todas las reglas del mundo sobre madres e hijos y voy a olvidar lo que me habéis dicho en esta familia sobre callar. Voy a hablar y luego lo puedes borrar. Ahora esto tiene opción de eliminar para todos y que se quede solo en tu cerebro si tú quieres. Sé que me escuchabas llorar detrás de la puerta del cuarto y que no abrías porque estabas más asustada que yo. No sé en qué momento se te ocurrió pedirme que no moviese las manos al hablar, pero te vi maldecirte a ti misma mientras lo decías. Yo voy a olvidar eso, eso y todo. Y voy a estar ahí. Porque es lo que hay que hacer. Porque ya no se nos deja elegir nada. Solo se elige seguir. Apretar fuerte los dientes y seguir.

Capítulo VII

En la guerra, la oscuridad no tiene bando;
en el amor, la oscuridad confirma que
estamos juntos.

JOHN BERGER

Todavía no ha amanecido del todo cuando me despierto en la buhardilla del mal, por la que ya empieza a asomar la luz. Emma, Andrés y yo protagonizamos una escena de *The Dreamers*, de Bertolucci. Solo que esto no es París del 68 y ~~ellos no son~~ ninguno de nosotros somos tan guapos como los protagonistas. Estoy en medio, como de costumbre, pero los cuerpos de Emma y Andrés llegan a tocarse a través de mí. Ha sido una de esas noches en las que una parte de tu cerebro, llamémosla Pepito Grillo, te dice: «Para, que te vas a dar la hostia de tu vida». Pero hay otra — ¿Carlos Sobera?— que grita mucho más alto y más fuerte: «A por la caja, la caja, coge los quinientos mil, que no sabes cuándo vas a volver a la tele (dramatización)». Me lleva pasando eso desde que tengo uso de razón; por eso supongo que despertarme así, queriendo crucificar al Javier de anoche, solo es un impuesto por dejarme llevar. Unido, por supuesto, a la boca zapatillosa, la sed inhumana y la cabeza inimaginable. Deberían inventar una droga que te ayude con el bajón de las otras drogas, una posdroga.

Retiro a mis compañeros de cama con cuidado y ni se inmutan, duermen con la tranquilidad que solo te da la inconsciencia más

inmadura. Voy hacia los tragaluces del techo y coloco unas telas con velcro que compré para estas ocasiones. Las buhardillas son muy bonitas, sobre todo si te haces una terraza ilegal en el techo del vecino, pero son un infierno en la tierra. Frente a mí hay un espejo que me señala. Debería arrancarlos todos. Sería lo más lógico para mi salud mental. Tengo la suficiente fuerza para beber un litro de agua del grifo y para devolverle a la tierra otro litro que tenía yo guardado. La deshidratación es más fácil de curar que la culpa. Me pongo un poco de crema, sobre todo alrededor de los labios y en el cuello, y vuelvo a la cama. Creo que me quedo dormido intentando recordar si fue Emma la que me vomitó encima o lo hice yo sobre ella.

Mis ojos se vuelven a abrir y no sé cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que estuve despierto. Los cuerpos ahora ya no se posan sobre mí, creo que incluso han abandonado la cama. Vuelvo a cerrar los ojos, porque siempre es mejor no enseñar tus cartas enseguida. Tampoco hago ruido ni muevo mi cuerpo, a la espera de estar lo suficientemente despierto como para escuchar la conversación de ~~mis amantes~~ estos dos. La gente que dice que no escucha las conversaciones de los demás miente. Así es como me enteré yo de que mis padres intentaron durante años volver a tener un hijo y no pudieron. «¿No has tenido suficiente?», fue la última frase que escuché sobre el tema. Uno de los dos, supongo que Emma, porque es la que más cómoda se siente en mi casa y porque no puede dejar el culo quieto, se mueve por toda la estancia. Creo que Andrés es quien está sentado en el borde de la cama. He oído mi nombre un par de veces, así que empiezo a sintonizar del todo.

EMMA: Necesito recoger. Es una cosa que me pegó Javi. Él es más de limpiar a fondo y usar lejía y yo más de ordenar y pasar el

polvo. ¡Hay tantas cosas que arreglar hoy! ¿Puedes ir a por café?

Andrés le obedece y Emma aprovecha ~~para terminar de matarme~~ para arroparme con cariño y limpiar con sus dedos ensalivados varias marcas de carmín que tengo por el cuerpo. Eso sí que no me lo esperaba cuando me desperté ayer. Me doy cuenta de que Andrés regresa porque toda la habitación huele a café. Emma abre las ventanas y empieza a correr el aire, que se lleva el olor a café y los demás. El humor también empieza a fluir entre los dos, se comparan con tríos famosos como *Las tres mellizas* y *Harry Potter*. Todo sigue hacia delante, con pies de plomo y también con las garras fuera. Sé que no era su intención, pero creo que hasta me han convencido a mí de que lo mejor es seguir tus instintos e intentar llegar con esto hasta donde podamos. Llegar lo más lejos posible. Hasta donde dé la gasolina. ¿Estoy siendo un poco ~~Javier~~ ~~Marías~~ *señoro* en esto?

Ni yo habría dado un duro por estar en esta situación. Como creen que aún duermo, los dos son capaces de reírse de lo surrealista que es vernos en esto. Recuerdan la noche de ayer, repiten las cosas que dijimos en el cubo y se prometen seguir comentándolo en Huesca. Creo que he entendido Huesca, hace demasiado calor como para prestar atención. Sí, eso es. No he prestado la suficiente atención. Lo que ocurrió anoche estuvo pasando delante de mí todo el tiempo y he estado tan embobado en mis cosas que no me he dado cuenta. Nunca hay que dar nada por hecho: ni tu trabajo, ni tu familia, ni tu sexualidad... Todo pende de un hilo. Supongo que por eso las compañías de seguros se forran con nosotros. Nunca vas a tener nada claro en la vida. La estabilidad es un espejismo. No puedes estar a salvo en un mundo en el que dependes tanto de los demás. ¿Y si pudiésemos dejar de

depender un poco? ¿Seríamos libres entonces? Aún no termino de estar de acuerdo con que ser libre signifique dejar de depender o de esperar. No entiendo cómo es posible dejar de esperar, cuando las decisiones importantes no están bajo nuestro control. Mañana me pueden echar del piso, pueden dejar de interesar mis historias o Emma y Andrés pueden darse cuenta de que serían mucho más felices si yo no estuviese en medio.

Cierran su acuerdo con un beso y con la promesa de verse unas horas después en una estación de autobuses. El peor lugar del mundo para que te partan el corazón, eso se puede deducir de todas las películas. Abro un ojo para ver cómo se despiden y porque ya me da igual que se den cuenta de que estoy despierto. Los dos se dicen adiós en la puerta, jugueteando con las llaves. Lo mejor de tener una casa tan pequeña son las vistas panorámicas. Cuando Andrés intenta seguir besándose con Emma, ella le aparta con gracia.

EMMA: No... Así mejor, ¿vale? No rompas la magia. Mierda. Me he dejado el móvil donde la cama, ¿me lo traes?

El bajón de Andrés se puede sentir en toda la buhardilla mientras regresa a la cama, así que cierro los ojos y me vuelvo a hacer ~~la~~ ~~muerta~~ el dormido. Se agacha para recoger el móvil del suelo y cuando levanta la cabeza se da un golpe que suena a hueco hasta en el primero. Intento contenerme, pero los exabruptos de Andrés y las risas de Emma me hacen gritar de la risa, para susto de los dos. Antes de que pueda incluso reaccionar, Emma coge el móvil de las manos de Andrés y sale corriendo.

EMMA: Adiós, Javi, hablamos luego, dile a Andrés que te cuente del plan.

JAVIER: ¡Ni se te ocurra huir, sabandija!

Pero Emma ya se ha ido y Andrés está en el suelo revolviéndose del dolor. Voy a la cocina y envuelvo en un trapo un par de hielos. La encimera está llena de botellas y copas que fuimos robando de las discotecas a las que fuimos. En la nevera hay una pequeña pizarra en la que, supongo que Emma, ha dejado escrito: «Hagas lo que hagas, no le echas. No ha sido su culpa, es que soy irresistible, xD». ~~¿Quién sigue usando el xD?~~ Borro su frase con el reverso de la mano y escribo: «Ahora nos toca a nosotros» y vuelvo a la habitación para socorrer a Andrés.

Primero busco entre su pelo por si hubiese sangre, pero solo está un poco rojo. Después le coloco el trapo con el hielo y me quedo mirándolo un rato. El cabrón es guapo. ¿Hemos hablado ya de su nariz? Tirado en el suelo, vestido solo con unos *slips* con la goma un poco rota, se queda mirándome y la escena me recuerda a un cuadro de Hopper. Puedo apreciar las venas que recorren los brazos y una cicatriz en el hombro derecho, de un herpes zóster que tuvo, según me dice. Nada más tocarme, aunque sea en una rodilla, me siento afortunado. Dicen que el contacto es eso, más y más y más. Primero una rodilla es un mundo, luego la mano, luego los genitales, luego ¿qué? ¿Cuándo se agota?

Va subiendo por mi pierna a pesar de mis advertencias. Cuando llega a los calzoncillos, me los quita delicadamente y deja caer sobre mi pecho el trapo con los hielos. El golpe del agua fría me hace dar un brinco, pero no es eso lo que me excita. Andrés me tira en la cama, pero él no se mueve de su sitio.

ANDRÉS: Lo de ayer... Fue la hostia, ¿no?

JAVIER: ¿Qué te gustó más? Que te metiese...

Me deja sin palabras cuando se mete mi pene en la boca.

Comida a la cama. *Diez razones para odiarte*. Noto su mano por mi costado y me pongo tonto. Nina Simone. Historias de cuando eras pequeño. Me caíste fatal al principio. ¿Y a quién no? El día no para de mejorar.

Intentemos atesorar todas las cosas que nos curan ahora que no es tarde. Porque, por mucho que cierre la puerta con llave y tres cerrojos, el drama siempre acaba apareciendo, como la luz en la buhardilla, recordándonos que al final hay que enfrentarse a todo por mucho que lo intentemos retardar. He acabado encima de Andrés, con sus brazos apretados hacia atrás, obligándole a que me bese y él llamándome niña guarra. Venga, te mueres de ganas por preguntarle qué será de vosotros después de hoy. Pregúntale. No lo dejes para mañana. No dejes para mañana lo que puedes estropear hoy. A lo mejor mañana se da cuenta de que no le gusto. Y que soy solo una curiosidad. Un interesante accidente de sus años de explorar. Como los niños ricos que se acuestan con el servicio. O los pipazos entre folclóricas. Al fin y al cabo, ¿quién no se ha dado un buen pipazo con una amiga?

JAVIER: ¿Y tú y yo qué somos ahora, campeón?

ANDRÉS: Pues ciudadanos de la Unión Europea.

JAVIER: ¡Qué gracioso sois los nuevos maricas, eh! ¿Es como un don que te nace después de que te la metan?

ANDRÉS: Algo bueno tenía que tener.

JAVIER: Pero si te encanta...

ANDRÉS: Somos un escritor paranoico, un actor en paro y una fotografía abierta de mente.

JAVIER: Dios mío, ha ocurrido, ¿verdad? Somos unos *homoheterocuriosos*, de esos a los que les dedican artículos en la *Vice*.

ANDRÉS: ¿Por qué tienes que ponerle nombre a todo, Javier?

Bingo.

Has encontrado la premisa, Andrés. Esa frase podría ser el subtítulo de la obra de mi vida. Por mucho que intentaba descubrir por qué me encontraba tan a gusto entre las palabras, nunca fui capaz de ponerle nombre, hasta que leí, ya en la universidad, un libro que me ayudaría a entender. Hasta entonces había pensado que mi amor por las letras era simplemente temor por los números. Mi padre se empeñó en que estudiase Economía, que es lo que estudian quienes gobiernan el mundo, así que supongo que ahí es donde se me atravesaron las cifras. No quería convertirme en uno más. A los números siempre les pasan cosas malas.

35.597 muertos en el Mediterráneo cada año.

594 personas LGBTQ son asesinadas cada año en América Latina.

76.000 españoles se exiliaron por motivos económicos en 2017.

Con este panorama, cómo no temer convertirme en un número y acabar por desaparecer. En las palabras, sin embargo, siempre he encontrado mucha paz. Me alivia poder ponerle nombre a algo, a algo muy concreto. Me ayuda a perderle el miedo. Al fin y al cabo, los humanos aprendimos antes a hablar que a contar. Para contar, primero había que saber qué contar y ahí estaban las palabras, ayudándonos siempre a entender el mundo, a poder explicárnoslo y, por supuesto, a poder arreglarlo.

El libro con el que me topé en la uni resultó ser muy revelador, pese a estar en inglés. Mi nivel por aquel entonces no era el de ahora, por lo que me pasé todo el tiempo entre el traductor y las páginas. Cuando terminé, supe que había merecido la pena. Leslie Fienberg explora en él su historia personal a través de un *alter ego* que está pasando por el mismo proceso que ella. De joven lesbiana a mujer *butch*¹ y de ahí a hombre trans. Fienberg describe desde una perspectiva personal y nada academicista cómo el camino entre todas estas categorías es un tránsito fluido en el que se mezclan muchas experiencias, cambios y, por supuesto, dudas. En uno de los capítulos, en el que rememora su infancia, hace referencia a un demonio sin nombre que la persigue y atormenta, al que yo conocía por lo que me hacía sentir, pero al que nunca había sido capaz de referirme.

Yo no quería ser diferente. Ansiaba ser todo lo que los adultos deseaban, de modo tal que me quisieran. Seguía todas sus reglas, me esforzaba al máximo por complacer. Pero había algo en mí que les hacía fruncir el ceño. Nadie nunca le puso nombre a qué era lo que estaba mal. Por eso yo temía que fuera algo verdaderamente malo. Solo llegué a reconocer el tema a través de este constante estribillo: «¿Es varón o mujer?».

Leslie y yo nos habíamos topado con el mismo monstruo y, aunque cada uno en sus circunstancias y experiencias, a los dos nos había dejado una marca indeleble. Creo que entonces empecé a entender más por qué me encontraba seguro pudiendo nombrar lo que me pasaba. Porque hasta que yo no supe exactamente qué era y cómo quería vivir mi vida en ese momento, no fui capaz de hacer que este miedo dejara de rondarme.

Tiene mucha pluma. Es muy amanerado. No es normal.

Igual que Leslie, descansé mucho el día que le puse nombre a todo lo que la gente susurraba y no se atrevía a decirme. Y fue tan liberador que no pude no amar la palabra que le daba sentido:

marica, gay, homosexual... Estos términos configuraban mi vida, eran la forma que tenía de construir un relato sobre mí, sobre lo que quería ser. No es cobarde refugiarse en una idea y darle la importancia que tú necesites.

Ahora que el lenguaje se retuerce de forma sórdida para hacernos tragar con toda la mierda que nos quieren echar encima, cómo no vamos a odiar las palabras y las categorías y que nos definan. Supongo que soy de los pocos que encuentran un placer casi anestésico en posicionarse. Porque aprendí después que las palabras tienen el significado que nosotros queremos darles. *Maricón* puede ser un insulto o una forma cariñosa de llamarse.

Ya no tengo la excusa de no saber qué nombre poner a las cosas. Por eso, ¿cómo coño me van a sacar las palabras de este lío? Eso es lo que le estaba preguntando a Andrés.

Tirados en la cama, dejando que la noche caiga sobre el techo de ~~mi~~ nuestra buhardilla, Andrés me cuenta que Emma le ha propuesto que nos vayamos a la casa de su padre en Huesca, a disfrutar los tres juntos de su soledad jurásica y hacer fuego. De repente, me vienen a la cabeza muchas imágenes de su padre dándome una colleja porque no sé encender la chimenea. Después de aquello, Emma se reía y decía que no sería capaz de prenderlo ni con un bidón de gasolina. Está claro que los pueblos no son lo mío. Ir al pueblo significaba estar con el padre de Emma, cosa que ella no soportaba mucho, así que solía invitarme cuando iba para no tener que aguantarlo sola. Aunque lo más divertido de allí era el abuelo de Emma, tan enfadado con su hijo por no ser como él como enfadado estaba Ramón porque Emma no fuese como él. El ciclo de la vida. Era gracioso porque su abuelo sentía que tenía que ridiculizar a su padre, por lo que, a veces, pasaba por encima de él y nos invitaba a poner en marcha las actividades que Ramón nunca nos habría

permitido. El abuelo de Emma solía comprarnos un helado en la piscina del pueblo y, cuando Ramón se iba, le decía a Emma que había salido a su abuela, porque de su padre no podía tener esa cara tan guapa. En aquella casa fuimos dos niños consentidos jugando a ser adultos que disfrutaban con la venganza hacia Ramón.

JAVIER: ¿Tú quieres ir?

ANDRÉS: Yo quiero ir donde tú quieras.

JAVIER: Pasteloso. Tú conmigo pero a condición de que esté Emma, ¿no?

ANDRÉS: A condición de que estés tú, ¿estarás?

JAVIER: ¿A qué viene eso?

ANDRÉS: A que estás acojonado y lo sabes. Pero no pasa nada, mírame a mí, que llevo improvisando toda la obra.

Intento no romperme con cada decisión que tomo. No la cagues, no la cagues, no la cagues. ¿No hay una forma de guardar la partida, avanzar hasta donde quieras llegar y, si no te gusta el resultado, borrar y volver a empezar desde donde la guardaste?

Termino por quedarme dormido encima de Andrés.

...

Emma y Andrés se están casando en la piscina del pueblo de Huesca. Los dos llevan unos trajes muy horteras, como de una boda de hace cincuenta años. La boda la está oficiando el abuelo de Emma, que los nombra marido y mujer. Todos los demás son adultos, pero yo sigo en mi cuerpo de niño. El padre de Emma está allí y me pregunta si quiero una Coca-Cola.

...

Me despierto de golpe y veo que Andrés está sudando a mi lado.

JAVIER: ¿Te vas a quedar? (Le digo muy bajito.) ¿Te vas a quedar aunque aquí haga mucho calor?

Capítulo VIII

Si te quiero, que sea libre.

ALEJANDRA MARTÍNEZ DE MIGUEL,
Báílatelo sola

Volver a ver a Emma me ha dado la misma ansiedad que cuando te peleas fuerte con alguien al inicio de un viaje y, después de haberos dicho de todo, tienes que aguantarlo el resto de los días fingiendo que no ha pasado nada. Estar encerrados en un autobús durante una hora tampoco ayuda demasiado. A medida que nos vamos reencontrando con los paisajes con los que Emma y yo estamos familiarizados, nos vamos amansando. He dejado que Emma y Andrés se sienten juntos y yo me he puesto a su lado, en el pasillo. No quiero que Andrés se sienta como si estuviese en una excursión del colegio y sus dos mejores amigos le mirasen preguntándole a cuál de los dos va a elegir. Para aguantar el soporífero viaje, les propongo jugar a «Fuck marry kill». De los tres nombres que se dicen, hay que elegir con quién te casarías, con quién te acostarías y a quién matarías. De esta forma, pasamos el tiempo sin que nadie tenga la oportunidad de abrir el cajón de «lo que pasó el otro día», cosa que agradezco. Aunque al principio no ponen mucho interés en el juego, la cosa se va animando poco a poco. Nos lanzamos a decir nombres de la política española: Esperanza Aguirre, Cospedal o Arrimadas. Este es muy jodido. Después, seguimos con actores de *Al salir de clase* y todos coincidimos en matar a Daniel Diges. Pero,

como somos las peores personas del planeta, especialmente ~~Emma~~, caemos en la tentación de empezar a joder con el jueguito. Emma propone mi nombre junto al de dos chicas muy guapas que trabajan con nosotros en la compañía. Andrés no me mata, menos mal, pero se casa conmigo. ¿Quién coño quiere casarse hoy en día?

Andrés se incomoda y empieza a señalar cosas por la ventana para llamar la atención. «Eso es un árbol.» «No sé qué árbol. No sé qué monte, Andrés. No, tampoco conozco ese pueblo. Esto no es un *free-tour*.» Conseguimos que se canse de preguntar y nos quedamos en silencio el resto del trayecto. Somos un cuadro, los tres en ese autobús hacia Huesca cuestionándose si hemos hecho bien saliendo de casa. Supongo que cada uno de nosotros va pensando cómo vamos a afrontar ahora estar los tres juntos si no somos capaces de jugar a la cosa más adolescente y banal de la historia. Quizá no habría estado tan mal acabar hablando de lo que pasó el día que salimos de fiesta. Nuestro voto de silencio lo rompe Emma, que, al ver que estamos llegando al pueblo, me grita para que mire por la ventana, desde donde se ve el parque de las afueras donde solíamos ir a jugar todos los días antes de que anocheciera. Todo era bastante más fácil cuando íbamos a ese parque a hacer el test de la *Superpop* o, los días fuertes, el de la *Loka*.

Cuando llegamos a la casa, todo sigue tal y como recordaba, aunque, como suele pasar con las cosas de cuando eras pequeño, todo es bastante menos grande de lo que pensaba. El jardín tiene un sauce llorón que nos cubría por completo a Emma y a mí y debajo del que hemos pasado horas leyendo libros que su padre no nos dejaba leer. Ya no cabemos debajo, pero tampoco nos hace falta. Dejamos las cosas en la entrada y bajamos directamente al centro del pueblo a hacer la compra. Para llegar al súper, hay que

bajar una cuesta que hace una curva muy cerrada y por la que me caí con la bici un verano y tuve que estar hasta la vuelta al cole con el brazo escayolado. Emma me recuerda que pintó en ella a *Salem*, el gato de Sabrina. Después de ella, todos los niños del pueblo, muchos de los cuales venían como nosotros solo en verano, se pusieron en cola para que les dejase firmar en mi brazo. No me apetecía que firmase gente que prácticamente ni conocía, porque quería reservar espacio para los amigos que teníamos en Madrid, pero Emma me lo pidió porque así querían estar con ella. Yo accedí a que me firmasen en la escayola, incluido David Arnau, el chico que le gustaba a Emma. Solía escribir en su cuaderno:

Oy Dabid Arnau me a dicho ola. ¿Estará por mi
Estoi muy triste porque Dabid me a llamado fea.

Y, poco a poco, el chico que le gustaba se acabó convirtiendo en nuestra némesis, una de tantas. Emma y yo bromeamos sobre encontrárnoslo en el pueblo y si seguirán cantando *Cuando me vaya* de Melocos y Natalia, la canción que tanto les tocaba la fibra cuando llegaba septiembre y tenían que separarse. A Emma y a mí nos daba la risa, por lo ridículos que parecían y porque nosotros íbamos a seguir viéndonos. Aunque solo iba algunas semanas al pueblo, lo cierto es que acabé haciendo bastantes amigos, como la señora que tenía el quiosco allí y que siempre nos regalaba los helados al final de la temporada. Emma y yo terminábamos con un empacho terrible y prometíamos no comer helados nunca más.

Cargamos la compra cuesta arriba hasta casa y, una vez que la hemos colocado toda en la vieja cocina, nos ponemos los bañadores y bajamos a la piscina. Aunque no es muy grande, sí que es muy profunda. El abuelo de Emma se emocionó cavando y nunca ha sido una piscina muy útil por la dificultad para limpiarla, por lo

helada que estaba el agua y lo peligrosa que era. Esta vez, aprecio lo fría que está; nada más tirarme de cabeza, se me hiela el cerebro de golpe y lo agradezco. Al salir, voy hacia una de las hamacas para secarme un poco, pero, antes de que se puedan dar cuenta, me las apaño para tirar a Andrés, que estaba con la ropa puesta tocando el agua con los dedos de los pies para comprobar la temperatura. Emma sale corriendo en dirección contraria cuando lo ve y yo salgo a perseguirla.

ANDRÉS: ¡Imbécil, que tenía tu móvil en el bolsillo!

EMMA: ¡Ponlo en arroz, corre!

Andrés se sumerge para coger el teléfono y Emma vuelve hacia la piscina, mientras que a mí me da un ataque de risa con convulsiones que me impide ayudarlos. Mi socorrista sale del agua para entregarle el móvil a Emma como si fuese una carrera de relevos. Ella trota hacia la casa para buscar el arroz con toda la responsabilidad con la que siempre actúa. Yo sigo intentando recomponerme en el césped mientras veo cómo Andrés se limpia el agua de los ojos y empieza a reírse conmigo, intentando mantenerse a flote, como un león marino. Con la ropa y todo, me tiro a la piscina a por él, lo que le pillan de sorpresa y me permite hacerle una ahogadilla. No ha terminado de coger aire del todo, pero me lanzo a darle un beso, el primero que acepta de forma automática, sin pensar en quién pueda haber al lado. Sin pensar en Emma, supongo. Mientras nos besamos, intento arrastrarle por el bañador hasta la zona donde hacemos pie, para poder seguir más a gusto. El agua se mete en medio de nuestro beso, como si fuese la lluvia en Spiderman una comedia romántica. Ahora soy yo el que se mete en

medio de su bañador y su cuerpo y creo que también su cuerpo ha aceptado este beso de forma automática.

EMMA: Solo había arroz bomba, pero no creo que pase nada, ¿no?

JAVIER: No, Emma, lo peor que puede pasar es que tengamos una paella de iPhone.

Andrés se ríe y mira hacia otro lado, y yo me fijo en cómo se aleja nadando hasta donde cubre. ¿Dónde están las culebras cuando se las necesita? Emma se acerca hacia nosotros mientras se queja de lo fría que está el agua. Nunca me ha dado miedo la temperatura de las piscinas, sino más bien no poder salir de ellas, ir arrugándome hasta no tener razones suficientes para salir. El agua nos refresca. Suaviza la situación. Elimina el ruido. ¿Habrá piscinas en Boston? O más bien, ¿tendré que bañarme solo? ¿O habrá a quien tirar dentro?

Después de cenar, nos sentamos en el porche con una copa de vino porque alguien nos ha dicho en el pueblo que hoy es la lluvia de las perseidas. Andrés ha preguntado que si solo se veían desde allí, la plaza del pueblo, o si también se verían arriba en la montaña, donde está la casa de Emma. Nos hemos reído, pero todos sabemos que podría haber hecho esa pregunta cualquiera de nosotros. Los tres estamos bebiendo con las cabezas puestas hacia arriba, esperando una revelación. Pero ya no se ven las estrellas ni en el campo. A lo mejor ni siquiera es culpa de la contaminación, simplemente no podemos verlas porque estamos demasiado preocupados por las cosas de aquí como para creer en las que están a millones de kilómetros. Hemos dejado de confiar en las estrellas. Ni ellas se salvan ya de ser algo subjetivo. Seguro que los

Emma, Andrés y Javier de hace quince años habrían flipado viendo los astros caer. Hoy no somos capaces de distinguir nada más allá de nuestra ansiedad. Emma piensa quién coño le mandaría meterse en esta cama. Andrés le da vueltas a las cosas que pensaba seguras en la vida y que yo he puesto patas arriba. Y mi cabeza está en colchones de tres, en tiendas 24 horas de Boston y en lo apretado que se tiene que sentir uno a tres metros bajo tierra.

La lluvia de perseidas ha sido un fracaso absoluto, como tantos otros. Así que nos vamos a la cama sin ganas de sexo, ni de hablar, ni de solucionar. Las estrellas nos han abandonado hoy, qué premonitorio. Los tres nos hemos instalado en la misma habitación, Emma y yo en la litera en la que solíamos dormir de pequeños y Andrés en el colchón que hay debajo. En Huesca tienes que arrojarte, mientras que en Madrid te sobra la ropa. Pensé que iba a estar toda la noche dándole vueltas a todo lo que nos ha acechado durante estos días, pero caigo nada más pisar la cama, igual que cuando tenía ocho años.

...

Entro por la puerta de la casa de Huesca de Emma y todo está como lo hemos encontrado hoy. Atravieso la casa y antes de que termine de abrir la puerta del jardín, unos niños que no sé de dónde salen me abordan, se lanzan contra mí y me llaman tío. Detrás están sentados a la mesa Emma y Andrés. Sé que están juntos, sé que son sus papás, pero ellos no se alegran de verme. Me retan con la mirada como los personajes de *Solo el fin del mundo*, de Xavier Dolan. No les gusta que esté allí, pero tampoco que me vaya a ir. Toda la felicidad que tienen sus hijos es la que les falta a ellos. Aun así, vienen. Andrés me quita a los dos chicos de encima y Emma a

la chica. Los tres son idénticos a ellos. A la Emma que conocí de pequeña y al Andrés que he imaginado siempre. Él me tiende la mano para levantarme y, cuando lo hago, me da un abrazo, seguido del abrazo de Emma. Entonces me doy cuenta de que ellos han envejecido y yo no. Puedo ver las arrugas en sus ojos y en la comisura de sus labios, las entradas en el pelo de Andrés, su bigote y las arrugas en el pecho de Emma. En el reflejo de un espejo que está frente a mí puedo ver que sigo igual, con el pendiente en el lóbulo derecho, el mismo peinado, hasta puedo ver mis tatuajes. Nada ha cambiado para mí. Todo sigue igual.

...

Cuando me despierto, me doy cuenta de que el vino me ha dejado sediento y que no puedo aguantar hasta por la mañana. En la cocina me sirvo un vaso de agua y me quedo mirando por la ventana. Una perseida pasa fugazmente atravesando el cielo.

A la mañana siguiente, Emma ha preparado una excursión para los tres. Las empresas modernas, las que han tirado todos los muros de sus oficinas pero no se han quitado el olor a rancio de los despachos, llaman a esto *team building*,¹ pero nosotros lo vamos a llamar piragüismo. Así que desayunamos muy pronto y muy mal y nos vamos camino al río, sin atrevernos a desafiar el silencio mañero de la sierra de Huesca. Se puede sentir el rocío desprenderse de los árboles y llenar el ambiente de una humedad gélida, que nos obliga a callarnos. Le dejo mi chaqueta a Emma para que se la ponga encima de su jersey y ella no la rechaza.

Perdón, no hemos ido a hacer piragüismo, hemos ido a montar en kayak, porque en kayak vas tú solo y en piragua vas acompañado. Es el deporte para *singles* por excelencia. Ya estamos

los tres armados con nuestro salvavidas, nuestro kayak y nuestros remos. Aunque salvamos la salida de la orilla como podemos, el único que es capaz de avanzar sin dar vueltas sobre sí mismo es Andrés; Emma y yo avanzamos en círculos y a gritos. Andrés nos intenta repetir las instrucciones que nos ha dado el chico que nos alquiló estos aparatos, pero hay una parte del puzle que no estamos encajando bien. Quizá algo de la culpa esté en que siempre he tenido dislexia entre la izquierda y la derecha, así que no termino de entender por qué para ir hacia la izquierda tengo que remar hacia la derecha y viceversa. Al final, el kayak es como las personas, tienes que hacer siempre lo contrario a lo que te piden para caerles bien.

Andrés sigue intentando conseguir que me entienda con la canoa cuando nos damos cuenta de que Emma no está. Gritamos su nombre y lo único que escuchamos de vuelta es nuestro eco entre las montañas. Me ayuda a dar la vuelta y ambos remamos a contracorriente. Es más sencillo de lo que pensaba, incluso con la corriente en nuestra contra. Debo de ser un salmón, colorado y delicioso. Mientras avanzamos sobre nuestros pasos, vamos llamando a Emma a gritos. La paciencia no es uno de mis dones, así que empiezo a cagarme en la hora en que se nos ocurrió meternos en esto y salir de Madrid, y que nosotros somos gente de parque por mucho que nos empeñemos en hacernos los Frank de la Jungla. Cuando ya tengo el corazón en la boca y Andrés está llamando a Salvamento Marítimo, conseguimos ver a Emma en la orilla del río, sin el salvavidas —porque quién necesita uno— y sentada en una roca con el kayak atracado y el cabreo flotando.

JAVIER: ¿Te pongo algo, una cervecita o unos mejillones?

EMMA: Eres imbécil.

JAVIER: No me digas esas cosas delante del kayak, Emma.

Andrés y yo tenemos que remolcar a Emma con nuestras canoas hasta el final del recorrido mientras agotamos todas las bromas que existen con la palabra *kayak*. Cuando volvemos camino al pueblo, pasamos por el súper a comprar un par de cosas para la cena. Y, justo cuando comentamos cómo aún no nos habíamos encontrado con ningún vecino que nos hubiese reconocido, doblamos la esquina de los helados con los productos de limpieza y ahí está él, David Arnau. De su encuentro podría deducirse que el chaval sufrió una caída de pequeño y que perdió gran parte de su memoria, porque no solo es extremadamente amable con Emma, sino que la invita a ir con él y sus amigos a cenar al bar del pueblo esta noche. «Pueden venir ellos», oigo que le dice para despedirse.

ANDRÉS: ¿Quieres que vayamos? ¿Los tres?

EMMA: Ni muerta.

ANDRÉS: ¿Y este quién es?

JAVIER: Un chico que le pegaba.

ANDRÉS: ¿Otro? Pero ¿alguien os quería?

EMMA: Sí, nosotros, mucho.

ANDRÉS: Me alegra ver que vuestra relación no está «enkayada».

Se lleva las risas de los tres, porque nunca son suficientes bromas con *kayak*.

Al salir, Emma le cuenta a Andrés cómo un día pusimos fin al acoso. Después de años teniendo que aguantar sus tonterías, decidimos que David tenía que llevarse su merecido y, como nuestra única fuente de aventuras y venganza eran los libros y las películas, decidimos hacer caso de Matilda y hacerle entender por las malas

que no podía meterse con nosotros. Lo preparamos todo para ejecutar nuestra venganza cuando volviésemos a coincidir en la piscina con él y con su grupo. Por supuesto, ellos estaban a su rollo, jugando al vóley cerca del agua y en bañador. Mientras, nosotros leíamos debajo de una tumbona cualquier saga juvenil que hubiese caído en nuestras manos aquel verano. Deberíamos de tener como once años, no más. Aprovechamos el descanso que solían darse para ir a comprar un helado al puesto de la piscina para ejecutar nuestro plan. Fuimos sigilosamente hasta sus cosas y, mientras Emma vigilaba, yo vertí Superglue sobre la gorra de marca de David. Huimos corriendo y esperamos para deleitarnos con su cara al ponerse la gorra. Obviamente, le hicimos dos agujeros a los libros para poder divisarlo, como dos buenos espías. Pero, como siempre, el amor lo estropeó todo. Marta Gálvez, una chica que no nos caía muy mal y que no paraba de intentar ligar con David —aunque este no sabía ni por dónde le venía el aire— tuvo que entrometerse. A pesar de que él pasaba de ella, Marta lo intentaba, le reía las gracias, defendía sus propuestas y sí, se ponía su ropa. Estuvimos castigados hasta el verano siguiente, más o menos lo que tardó en crecerle el pelo a Marta unos tres dedos. Sin habernos dado cuenta, habíamos pisoteado un poco la sororidad sin saber aún ni en qué consistía.

La conversación sobre nuestra adolescencia en ese pueblo fue avanzando durante la cena hasta que llegamos a nuestra primera vez. Los antropólogos suelen estudiar los rituales de iniciación en las relaciones sexuales en todas las sociedades. Sin duda, en la nuestra se ha diversificado un poco el tema. La antropología estudia varios niveles de comportamiento que se clasifican según dos dicotomías: lo individual y lo colectivo, y lo aprendido y lo biológico. De esta forma, el comportamiento que es compartido por todos los

seres humanos y que es aprendido con el tiempo se denomina «universal cultural». Todos hemos pasado por una primera vez. Incluso no tener primera vez es tener una primera vez, tu «no primera vez». Aunque eso es mucho más chungo. Así que es razonable que deje una huella indeleble en nosotros, en cómo miramos a las personas que nos atraen, incluso en qué pensamos cuando tenemos sexo con el segundo, la segunda... así hasta donde seamos capaces de llegar. Nunca olvidaré la primera vez con Rodrigo, por mucho que lo intente. Ni el recuerdo de la hierba fresca en mis pies, ni cómo apretaba sus manos contra mi cuerpo. Tampoco la rabia que sentía, una rabia casi culpa que me perseguía con mucha determinación. Incluso hace dos noches, cuando estaba con mis compañeros de ahora, me venían imágenes de ese día. De cómo me gustaría que me dijeran que todo va a ir bien, que el miedo ha cambiado de bando.

Ahora que lo pienso, envidio a la gente cuya primera experiencia ha sido un trío. Qué esclarecedor, para bien y para mal. Es la primera vez que he dicho en mi cabeza *trío*, así que le doy un trago largo a la copa de vino. Ahora que me empieza a subir un poco, puedo admitir, solo en mi cabeza, que fue la única vez follando que he sentido que todo daba absolutamente igual. Eso es bueno, ¿no? Ahora todo el mundo está muy a tope con la mente en blanco y el *mindfulness*. Los dos me recogían con sus brazos y el resto de su cuerpo y fue como si entrásemos en una conversación expresada en susurros.

«No vas a tener que sufrir más.»

«Un cuerpo herido se puede curar.»

«No tienes que fingir aquí.»

Andrés es el primero que se lanza a contar su primera experiencia sexual. Y, como ya nos tiene acostumbrados, es tierna y graciosa, lo que podríamos considerar hoy en día un meme. Nos cuenta que fue con una chica de su clase, de la que dice no recordar el nombre, aunque estoy seguro de que recuerda hasta sus dos apellidos. Al parecer, por raro que nos parezca, Andrés tampoco fue lo que se dice el chico más popular de su instituto, sino más bien un chaval tímido, que pasaba desapercibido y que dedicaba mucho tiempo a estar en su silla para *gamers*. Me provoca mucha ternura que no se diese cuenta de que cuando la chica se ofreció para ayudarle con los deberes de francés, en realidad estaba intentando pasar más tiempo con él a solas. A los hetero a veces les hace falta un cartel gigante sobre sus cabezas. Así que, cuando ella intentó ir un poco más allá, le pilló totalmente desprevenido.

EMMA: Desprevenido ¿para qué?

ANDRÉS: Yo que sé. Pues, para empezar, habría visto algún tutorial de YouTube sobre cómo desabrochar un sujetador, porque ahora vale, pero en ese momento aquello era un puzle aterrador. La presión va en aumento y la presión es fatal para esto, ¿sabes? Habría limpiado mi habitación también, quitado los *posters* de la FHM y seguramente cambiado las sábanas de Iron Man.

JAVIER: En serio, escuela de *American Pie* total.

ANDRÉS: Calla. Es que lo digo en serio. No nos preparan para estas cosas. Todo lo que sabía yo sobre sexo era cómo ponerle un plástico a un plátano. Y ni siquiera eso lo hice bien. No... No nos preparan para esas primeras veces. Y acaban siendo clandestinas y llenas de miedo. Aunque, bueno, así no las olvidaremos nunca.

Otro trago largo de vino, para evitar que la lágrima que ha estado asomando tras su intervención salga por fin y que todos empiecen a preguntarme. ¿Me acordaré de esta historia en Boston? Qué placer da a veces sentir que todos hemos pasado por lo mismo. Nos hemos sentido igual de vulnerables estando desnudos por primera vez delante de alguien que no sea nuestra madre o la pediatra. Incluso en sociedades en las que el sexo estaba pactado y solo era un mecanismo de reproducción social, se sentirían igual de jodidos. O más, ¿no? Amo las cosas que nos hacen humanos.

Cuando Andrés incita a Emma a que cuente la suya, estoy casi seguro de que va a hablarnos de la de verdad, pero o no se siente suficientemente cómoda entre nosotros, o no ha tomado suficiente vino. Le podría decir que yo ya lo sé, pero dejo que cuente lo que necesita que pensemos de ella. Así que ahí va, la historia de su segunda vez que es su primera y viceversa, depende de dónde estés sentado. Ni siquiera sé si esta historia ocurrió de verdad, pero, si no fue así, lo cierto es que se ha currado mucho los detalles. Emma cuenta que, cuando tenía dieciocho, recién iniciada en la universidad, salió una noche con sus compañeros de clase, a quienes acababa de conocer. Entre ellos había un chico italiano que estaba de Erasmus y que era cinco años mayor que ella. Un chico con rizos que le hacía mucha gracia porque hablaba en un inglés con mucho acento italiano. Cada uno tiene sus gustos y no es bueno juzgar, desde luego. Al fin de la noche, quienes quedaban fueron al piso del italiano y, cuando los demás se marcharon, se enrollaron y acabaron acostándose. Cada vez que lo recuerda, destaca que le dolió y que apenas consiguió disfrutar. Igual esto se podría mejorar con un poco de educación sexual para todos, pero aquí estamos.

Lo que Emma no cuenta es que no fue con un ~~exótico~~ italiano con quien perdió su virginidad, sino con alguien que estaba muy cerca de nosotros. Después de aquella vez con Rodrigo, volvimos a encontrarnos varias veces. Ni siquiera sabía si era bisexual o si le excitaba la idea de probar con chicos. Sinceramente, me daba igual. Una de ellas, la última, me reconoció que había hecho lo mismo que hacía conmigo, pero con Emma. No dejé que me contase mucho más, no por pudor, sino porque suficientes preguntas tenía en mi cabeza como para saber exactamente cuál había sido la verdad. Preferí dudar a saber, como siempre. Incluso ahora que han pasado unos cuantos años, me pregunto si fue una forma de fastidiarme o simplemente una forma de tenerme a mí. No sé cuál de esas dos ideas me gustaba menos, la verdad. Por eso sigo mirándola, con la copa en la mano y los ojos llenos de dudas, preguntándome a qué estamos jugando aquí. Odio los acertijos, las adivinanzas, los juegos de rol, odio que haya una respuesta y no me la digas.

Aguanto las ganas de preguntarle a Emma que nos cuente su primera vez y que me saque de las dudas y acabe por fin con este juego. Preguntar también me puede llevar a escuchar lo que no quiero oír.

JAVIER: ¿Echamos una partida al SingStar?

ANDRÉS: Canoas, SingStar... ¿Qué tenemos, diez años?

EMMA y JAVIER: Obvio.

EMMA: Javi, he sacado tu móvil del arroz y lo he dejado cargando, por si quieres ir a ver luego si te hace un Jon Snow y se recupera.

Sacar el SingStar implica el despertar de miles de neuronas en mi cabeza. Tenemos una capacidad asombrosa para recordar la letra

de las canciones de nuestra adolescencia, pero una incapacidad bastante grande para recordar absolutamente nada de Física y Química de tercero de la ESO. Emma elige cantar la primera: *Pop*, de La Oreja de Van Gogh. Primero calienta la voz, rodando la lengua, pasándola por dentro de la boca y soltando gritos con todas las consonantes más vocal que se le ocurren. Papepipopu. Mamemimomu. Kakekikoku. Andrés y yo la imitamos y lo llevamos al límite. Se monta todo un personaje para imitar la voz de Amaia y comprendo nada más empezar que esto no va a ir en serio. Empieza a dirigirme la canción a mí, intentando pinchar.

EMMA: Oh, Javi. Tienes talento y cultura, manos bonitas —por las cremitas— y estudias francés. No, eso en tu puta vida. Cantas, actúas —como el culo— y escribes poemas, todo lo haces bien. Has nacido —marica— lo sé, se te nota en la polla —pues por el patriarcado y eso— tienes mucho poder. Firma aquí abajo y verás cómo cambia tu vida, es muy fácil ganar.

Sin dudar, cojo el boli imaginario y firmo sobre su pecho. Termina de cantar y todos coincidimos en que su nota sube a un ocho por la originalidad de la letra. Cuando le toca el turno a Andrés, elige *Todo*, de Pereza.

Solos, solos, solos, solos
Yo quiero contigo solo
Solos rozándonos todo, sudando, cachondos
Volviéndonos locos, teniendo cachorros
Clavarnos los ojos, bebernos a morro

Esto me habría hecho muchísima ilusión a los trece años, la verdad. Me habría hecho sonrojar y reírme y comentarlo por SMS

con todos mis amigos, aunque habría tenido que pedir un anticipo de saldo. A quién quiero engañar, me ha pasado exactamente eso.

Me toca elegir canción y tomar decisiones no es exactamente uno de mis dones. Pero, repasando las carátulas de todas las ediciones que Emma atesora allí, encuentro la definitiva: *Turnedo*, de Iván Ferreiro, la voz más bonita de España le pese a quien le pese.

*Que no dejas que te quieran
Solo quieres que te abracen
Y publicas que no tuve
Ni valor para quedarme
Yo rompí todas tus fotos
Tú no dejas de llamarme
¿Quién no tiene el valor para marcharse?
¿Quién no tiene el valor para marcharse?
¿Quién no tiene el valor para marcharse?
¿Quién prefiere quedarse y aguantar?
Marcharse y aguantar*

¿Hace falta tener valor para marcharse o para quedarse y aguantar? Y de todas formas, ¿quién valora el valor hoy en día? Nadie. Y yo tampoco. Me voy a la cocina porque esto empieza a necesitar más vino y necesito que la siguiente canción no sea una intensidad. Allí veo una luz desde el teléfono móvil. La receta de Emma funcionó y ha revivido. Lo enciendo y echo un vistazo a los mensajes y llamadas perdidas. Tengo unas diez de mi madre y un mensaje de voz suyo muy largo. No puedo evitar escucharlo, de pie en la cocina, sin haber dejado aún la copa de vino y haciéndome un pis terrible. En el audio, mi madre empieza a darle vueltas a diferentes temas, hasta que por fin va al grano.

MAMÁ: Lo que te quiero decir con esto es que no quiero que juzgues a tu padre por lo que te voy a contar. Solo lo sabemos tú y yo y no tiene por qué saberlo nadie. Dios perdona el pecado, pero no el escándalo. Según los médicos, tu padre no murió de un infarto, han encontrado en su estómago muchas pastillas... Relajantes musculares de esos, muy potentes. Yo sigo pensando que a lo mejor fue un accidente, pero según ellos son demasiadas para ser un error. También han encontrado alcohol en su sangre. Además, como ellos dicen, teniendo en cuenta sus antecedentes... Nunca te lo contamos porque tú tampoco preguntaste, Javi, tienes que entenderme. No me voy a llevar las culpas de esto también. Tu padre llevaba un tiempo medicándose con antidepresivos. Ya sabes cómo es, hablar nunca fue su fuerte. Yo creo que estaba triste por vosotros dos. Él nunca me lo reconoció, pero supongo que le habría gustado que todo fuese de otra forma. Y llevarse bien con su hijo. Porque, más allá del bar y a mí, ¿a quién tenía tu padre? He estado pensando un tiempo en contarte esto porque no quiero que te haga daño, cariño. Yo solo necesito que sepas que papá te quería y yo también. Aunque no tuviésemos mucha idea de cómo hacerlo.

Mis tripas suben hasta mi boca y vomito todo sobre el fregadero. Lo limpio con el grifo y voy corriendo hacia el baño. Estoy muy mareado, pero siento que si no hago pis me va a explotar el cuerpo. Me lavo las manos y la boca. Encima del lavamanos hay un espejo y, al mirarme en él, ya no veo lo de siempre. No, no soy su viva imagen. Somos diferentes. Ya no tengo tu mentón, papá, nunca lo tuve. No queda nada en mí que haga que nos parezcamos. Soy otro hombre, lo soy. No sé cuál, pero uno diferente. Uno que habría hablado. Decir, contar, expresar, ser reiterativo y explícito no me parece tan malo ahora. ¿Por qué callaste, papá? Dios perdona el

pecado pero no el escándalo. Me río, me descojono, esto es la hostia de gracioso. Podría inspirar a un dramaturgo mediocre como yo. Todas las palabras resuenan en mi cabeza. A él le habría gustado que fuese de otra forma. A él le habría gustado que fueses de otra forma. A él le habría gustado ser de otra forma.

A mí también, papá. A mí tampoco me gusta ni esta forma ni la que fui ni la que viene. Empujo mi cabeza sobre el espejo de encima del lavabo. Repito la acción de forma mecánica. Vuelvo a ejercer presión con mi frente hasta que aparece la sangre. El espejo está roto y mi reflejo ahora son muchos reflejos. Qué placer, ya no soy uno, ya no estoy entero. Qué placer, joder. ¿De esta forma te gusta más, papá? Me cambiaré el nombre, me cambiaré la sangre, la sacaré de mi cuerpo y, cuando ya no haya nada, habrá otra forma. Y no serás tú ni seré yo, será otra cosa. Limpio la sangre del espejo y de mi cabeza y me lavo bien.

No soy capaz de levantar del todo la cabeza. Pero aun así, consigo llegar hasta el salón, donde Emma y Andrés deben de llevar un rato besándose, porque están desnudos encima de la alfombra. Y yo los miro y desearía meterme y follar con ellos. Que no me preguntasen de dónde vengo ni dónde me hice esa brecha. Y si tampoco se acuerdan de mí, mejor. ¿Quién eres? Da igual, méteme la polla y así nos presentamos. Y que ninguno de los tres pudiésemos hablar porque la lengua está sobrevalorada y yo me cago en las palabras. Que me hiciesen olvidar el castellano y el inglés y todo el vocabulario que conozco en los demás idiomas. Que me hagan olvidar hasta las primeras palabras que dije y que no tendría que haber dicho. Qué privilegio sería evitarnos las absurdas presentaciones que no dicen nada sobre nosotros. Un buen polvo como manera de definirnos y ya. Nada más violento y explicativo.

Solo estropear follando todo lo que he aprendido sobre socializar y comunicarse.

Pero en lugar de eso, me quedo allí reprimido. Demasiado asustado para unirme y temeroso de que me pregunten y tener que explicar. Me quedo y soy testigo de cómo el chico que me gusta y mi mejor amiga terminan de follar. No puedo evitarlo, así que me la saco y empiezo a tocarme yo también, porque eso sí que lo puedo hacer sin que nadie pregunte nada. Miro y me corro pensando en lo bien que se lo deben de estar pasando los dos, en el placer que se tienen que estar dando el uno al otro. Sin necesidad de que yo esté allí. Qué placer me da imaginar desaparecer. Qué puto placer me da estar fuera del plano.

Cuando termino, me levanto sigilosamente y me voy hacia la ducha. No, no lloro en la ducha, no desperdicio mis lágrimas. Me voy a la cama y, cuando pregunten por mí, ya estaré desnudo, durmiendo. Pero no todo puede salir como uno espera y cuando salgo Emma y Andrés están en la puerta, con la cara del revés y también la ropa. Por supuesto, me preguntan qué ha pasado, pero yo me he aferrado tanto a mi nuevo voto de silencio que se tienen que conformar con que les reproduzca el audio que me ha mandado mi madre.

ANDRÉS: Javi, no tienes que...

EMMA: No es tu... De verdad que no.

JAVIER: Shh... (Pausa y toma aire.) Esto es, ¿no? Esto es ser adultos. Supongo que esta era la última pantalla que me faltaba para conseguirlo. (Les da a los dos una palmada en el hombro.) Bienvenidos.

Capítulo IX

—¿Qué harías si me muriese hoy?

—Me moriría mañana.

XAVIER DOLAN,
Yo maté a mi madre

El autobús de vuelta a Madrid tarda bastante más que en el que vinimos. Los tres vamos en silencio, atravesados por los rayos de sol que entran por la ventana. No tenemos la energía suficiente como para cerrar la cortina. También atravesados por la culpa, aunque cada uno por la suya. Hemos hecho las maletas y cogido el bus más temprano que había, así que vamos prácticamente solos hasta que unas chicas se montan en la segunda parada, cuando todavía no hemos entrado en la autopista. Son dos chicas que no conocemos y que han decidido compartir con nosotros la conversación que mantienen sobre la ruptura de una de ellas con su novio. En un momento, una de ellas le grita a la amiga: «No empieces, tía, nuestra relación lleva años encallada». Siento cómo Andrés y Emma se miran y empiezan a reír y yo me uno a ellos y conseguimos que las chicas bajen un poco el tono.

EMMA: No se me olvidará en la vida, cabrones, me dejasteis detrás como vuestra amiga lisiada que soy.

ANDRÉS: Se te dio tan mal...Y lo peor fue cuando vomitaste.

JAVIER: ¿Vomitaste? Joder, no me entero de nada. Del suicidio de mi padre, de que ayer se follaba...

ANDRÉS: En serio, no tienes alma.

Me gusta medir la amistad en función de la cantidad de momentos bochornosos que comparto con mis amigos, lo que viene siendo cultura de la humillación. ¿Cuántas fotos podrías enseñar de tus amigos que arruinarían sus carreras, relaciones de pareja o conseguir que sus padres renegasen de ellos? Si son más de diez, ahí hay una amistad. Emma y yo disfrutamos cada vez que contamos las nuestras en público. Cuando empezamos no podemos parar. Está la vez que me vomitó encima en una discoteca y yo me quité la camiseta, la lavé en el lavabo, me la puse y seguimos de fiesta. Recuerdo que incluso llegué a decirle que, por favor, lo hiciese muchas veces. O la vez que estuvimos una semana lavándonos los dientes con Réflex pensando que era pasta de dientes que le estábamos robando a los compañeros de hostel. Aunque, sin duda, una de mis favoritas fue la vez que nos quedamos sin dinero en Londres porque preferimos comprarnos entradas para el musical de *Matilda* que comer al día siguiente.

Esta obsesión por recordar con nostalgia nos debería hacer pensar en lo rápido que está envejeciendo nuestra generación. No solo los aparatos tienen obsolescencia programada, también se nos ha pegado a nosotros. Nos quemamos tan rápido como las nuevas redes sociales. Estamos obligados a adaptarnos y reinventarnos cada dos o tres años. Nuestra adolescencia fue un paso de tribu en tribu, de *emos* a *indies*, de ahí a *traperos*... Es agotador tener que estar siempre al día. Como dice Carolina Durante: «No tengo treinta años y ya estoy casi roto. Tumbado aquí contigo me quedaría un par de años». Yo también me quedaría aquí tumbado, pero con ellos.

Creando nuevas historias, regodeándonos en ellas, que no tiene nada de malo. En estos momentos de placer, de verdadera identidad, desecho la necesidad enferma de nuestra sociedad de vivir en una retroplía constante, que nos recuerda que cualquier momento pasado fue mejor. Es algo propio de depresivos. Quedarnos aquí, vivir el presente, olvidar a mi padre.

El viaje en autobús transcurre repasando todas las anécdotas que nos gustaría que se dijese en nuestros obituarios y yo miro a Emma y a Andrés intentando grabar en la memoria cómo se ríen, sus reacciones involuntarias, la forma en la que mueven las manos al hablar. Atesorar estas impresiones que no sé cuándo voy a necesitar. La última parada es avenida de América y de aquí tomaré el bus ~~a casa~~ a la casa de mis padres. En la estación, los dos me arrastran hasta la dársena para evitar que me escaquee de volver al pasado familiar. Supongo que amenizar el viaje de esta manera era una forma de despistarme para que tragara con esto, como los médicos que te distraen para clavarte la vacuna. Despreciable movimiento. Me despido de ellos y me monto en el otro autobús, como si estuviese nominado y expulsado de la casa.

No pienso tirarme todo el viaje con las palabras de mi madre resonando en mi cabeza, así que me tomo un Diazepam y dejo que haga efecto. Lo siguiente es el conductor del autobús despertándome y mi madre en la estación, esperándome para llevarme a casa. Me cuenta que se ha apuntado a unos cursos de repostería y que ha hecho una tarta para celebrar que estoy aquí. No consigo llegar a entender qué hay que celebrar, pero intento estar de acuerdo. Mientras conduce, me pregunta si no voy a ir a la «fiesta esa que voy todos los años». Se me había olvidado que mañana es el Orgullo.

Mi madre celebra mi vuelta con una comida de tres platos y postre. «Me tengo que acostumbrar a cocinar para uno.» Ya no me sacas de quicio, mamá. Voy a sentarme a comer todo y a explotar si eso te hace feliz. Hemos pasado tanto tiempo intentando cambiarnos en vez de intentando aceptarnos que ahora todo me resulta más fácil. Después de comer, mi madre insiste en ir a la piscina de la urbanización. Me he dejado el bañador en la mochila grande que llevamos para los tres, así que me saca uno de cuando tenía trece años, con un estampado de perritos y de una talla ridículamente pequeña. Pero otra vez me da igual. No sé si es el intento de restaurar viejos lazos o es el efecto del Diazepam.

Ella se empeña en que le dé clases de natación. Se quita el vestido y baja en bañador corriendo hacia la piscina. Desde donde hace pie, me mira como diciendo: «De aquí quiero salir siendo Mireia Belmonte». Como si nadar fuese uno de los programas que te puedes descargar de Matrix en el cerebro. El socorrista me mira, preguntándome si está todo bajo control, y yo no sé qué responderle. ¿Sí? Supongo que sí. Le propongo a mi madre que se agarre a uno de esos churros que usan los niños para aprender. Y poco a poco le voy indicando cómo mantenerse a flote con las piernas. Está nerviosa y se tensa, clavando de vez en cuando las uñas en mis brazos cuando ve que el agua le llega por encima del cuello. Consigo hacer que flote, cabeza arriba. Es la primera vez que mi madre está tendida en mis brazos. Quiero contarle la verdad, pero temo que eso la ahogue. Quiero ser un salvavidas, pero no sé si estoy preparado. ¿En qué momento cambiamos los papeles, mamá? ¿Por qué nadie me avisó de esto? Te miro y pienso, contacto y retirada, contacto y retirada. Estas son las imágenes que voy a recordar. No los momentos preparados o en los que peor lo pasamos. De esas ya tenemos suficientes. De estas, en cambio, no.

Mamá, no recuerdo alguna situación en la que confiases en mí. Ni yo en ti. Qué aguas tan calmadas trae la ~~pena~~ muerte.

MAMÁ: No sé por qué no he aprendido antes.

JAVIER: Yo tampoco, mamá. Yo tampoco.

Y poco a poco nos vamos flotando, dejando que la marea nos lleve hacia la parte en la que cubre. Dejádme creer en la marea, si yo siento que algo nos lleva es por algo. La maternidad no es solo un mito para las madres, también es un mito para los hijos. «Todo lo aprenderás de ellos. Tienen respuesta para todo.» Y aquí estamos, aprendiendo a desaprender, comprendiendo que es igual de injusto esperar que demandar. No era esta la relación vertical y desproporcionada que nos habían vendido. Otra decepción, pero esta no me hace daño.

En la terraza de la piscina, nos pido un par de polos de limón. Siempre hemos odiado los helados de crema; mejor de hielo. Estamos un tiempo en silencio, nuestros cuerpos aún adaptándose a esta nueva relación. Ninguno de los dos queremos hablar, pues hay una desconexión entre el nuevo paradigma y el antiguo y cualquier comentario, un insignificante error, podría hacernos retroceder.

El pitido del socorrista nos saca de nuestro momento de *reset*. Vamos a tener que conformarnos con eso por ahora. Recogemos y volvemos a casa, sintiendo el sol en la espalda, con el culo mojado y aún oliendo a protector solar. Mi madre es la primera que se atreve a romper el silencio.

MAMÁ: ¿Y qué tal escribiendo?

JAVIER: Bien, mamá, acabo de estrenar una obra.

Siempre es incómodo hablar con ~~mis padres~~ mi madre de esto. Nunca han querido ir a ver una obra mía. Jamás ocurrió como en las películas, nunca se sentaron al final del público y yo pensé que no habían venido y me puse triste y luego estaban esperándome en el camerino con flores. No, mis padres no son los de Bruce Wayne. Yo tampoco tengo camerino, qué cojones. Recuerdo que, cuando tenía siete años y escribía poesías ~~porque no se podía ser más repelente~~, iba corriendo a enseñárselas a mi madre. Ella me miraba entre asustada y conmovida.

JAVIER: Me han ofrecido un puesto de trabajo en Estados Unidos.

MAMÁ: ¿De qué? ¿Para escribir obras, pero allí?

JAVIER: Bueno, no es exactamente eso. Yo solicité formar parte de un posgrado sobre narrativas emergentes y me han seleccionado. Entre las cosas que incluye el programa es que seré profesor de escritura creativa. Es en Boston.

MAMÁ: Pero ¿te pagan o no?

JAVIER: Sí, mamá, me pagan.

MAMÁ: Te voy a echar de menos.

JAVIER: Aún no he decidido nada.

MAMÁ: Ah, deberías.

Seguimos en silencio caminando hasta casa, pasando por todos los adosados sin personalidad que hay que atravesar hasta llegar al nuestro. Un montón de bloques de cemento que han ido separando con una regla. La forma más clara de no sentirse especial es crecer en una ciudad dormitorio. Todos intentan darle a su casa un estilo propio: cierran los porches, pintan las puertas del garaje de otro

color; sus pequeñas victorias, supongo. Mi madre y yo navegamos a través de ese mar de cemento y rocas intentando no mencionar a mi padre, aunque los dos sabemos lo que vamos a hacer nada más llegar.

Subo al cuarto de mi padre y mi madre ya ha empaquetado toda su ropa. Claramente, no teníamos el mismo gusto. Toda tu ropa está como nuestros recuerdos, en color *beige*, azul marino, gris y negro. Mi madre me pregunta si quiero algo antes de que lo lleve a la parroquia, pero rechazo la oferta, ya tengo suficiente con todas las partes de mi cuerpo que me recuerdan a él. No puedo evitar echar un vistazo a los libros, todos esos panfletos que leía para convencerse de las ideas que tenía. La mayoría con el subtítulo «políticamente incorrecto». Da la casualidad de que «incorrecto» siempre quería decir «incorrecto con los más débiles». Parece que no hay nada que merezca salvar de la quema.

Entre todas las cajas, encuentro el barco que hicimos juntos durante varios meses, uno de esos coleccionables que empiezan siendo una aventura y acaban siendo un timo y un tormento. ¿Te acuerdas? Que yo era muy impaciente y tú ibas poniendo las piezas primero para luego pegarlas, porque si no había que desmontarlo entero. Ahí me enseñaste el valor del trabajo bien hecho y en equipo. No, es broma, no hay ningún barco. No hemos hecho nada juntos salvo pelearnos, no mintamos a los espectadores.

Me despisto de este momento pasivo-agresivo con mi madre llamándome para cenar. La animo a no cocinar y acepta sin pensarlo. Me invita a descubrir un par de sitios nuevos que han puesto en el barrio de comida para llevar. Siento que está entrando en el siglo XXI. Diecinueve años más tarde, pero por lo menos está entrando. Los dos pasamos la cena metiéndonos con personas que estuvieron en nuestra vida y ya no están. Un par de profesoras

ineptas que tuve, un examigo que estuvo en *Gran hermano* y más cosas de gente cuyos nombres he olvidado. «¿Eso fue antes o después de tener a *Año Nuevo*?» No me acuerdo, mamá. El gato aparece en nuestras conversaciones. Y el bar, que ahora lo llevan unos chicos peruanos que van a abrir un restaurante de comida peruana que, según mi madre, aquí no tiene ningún sentido. Como no podía ser de otra forma, también hablamos de Emma.

MAMÁ: Está muy delgada. Se lo tienes que decir, que de tan delgada ya no está guapa. Tiene que comer. ¿Es que le ha cogido trauma de cuando se lo decían de pequeña?

JAVIER: Supongo, mamá. La ansiedad, como todos.

MAMÁ: Ah... ¿Y ese chico que vino contigo? A... Alfonso, ¿no?

JAVIER: Andrés.

MAMÁ: Es tu novio, ¿no?

JAVIER: No lo sé.

MAMÁ: ¿Cómo que no lo sabes? O lo es o no lo es, ¿no? Os estáis conociendo. Claro. Ten cuidado, que como os conozcáis mucho, al final no vais a durar.

¿Qué le respondo a eso? Pues que tiene razón. Nos pasamos tanto tiempo intentando conocer el fondo de una persona... como si eso se pudiese llegar a conocer. Yo quería conocer a mi padre a fondo y descubrí que no había nada ahí para mí. Igual, si me hubiese contentado con la superficie, haber entrado en sus bromas banales, haber descubierto en qué le gustaba pasar el tiempo, habríamos encontrado siquiera un 1 % de compatibilidad. Quizá habría sido mejor que este fondo en el que no se ve nada más que el fango y del que cuesta la hostia salir.

Ya de vuelta, mamá me da las buenas noches y se va hacia su cuarto sin intentar esconder una media sonrisa. Eso me alivia. Yo me quedo solo. Por primera vez en un tiempo voy a dormir solo. Me pongo una copa de un vino blanco que le regalé a mi madre hará por lo menos dos años y que seguía en la nevera —si de algo no me tengo que preocupar es de su alcoholismo— y, con ella en la mano, doy una vuelta por la casa. En el salón veo la colección de las películas de Telepizza: *Matilda*, *Mentiroso compulsivo*, *El chip prodigioso*... Todas las cintas que Emma y yo vimos hasta que estuvieron rayadas. No nos pasó lo mismo con los VHS de *Érase una vez el hombre*... Cojo la de *Matilda* y la subo a mi habitación.

Entrar aquí supone un choque de nostalgia para la que no estoy debidamente preparado. Todo está exactamente igual que como lo dejé. Creo que mi madre la ha mantenido como un santuario. No ha cambiado la colcha —para qué— ni tampoco las cortinas, que siguen siendo las de triángulos que elegí cuando tenía trece años y una clara determinación por lo geométrico. Ahí siguen los pósteres de *High School Musical* y de *Rebelde* —no termino de entender cuánto tiempo tardaron en descubrir que era gay— y, si miro detrás de la primera fila de libros de la ESO, justo donde lo dejé escondido, mi álbum de fotos completo de las Spice Girls, mi mayor tesoro hasta la época. Lo echo a la mochila junto a *Matilda*. Intento encender el ordenador, pero la nostalgia demuestra durar más que los objetos. Supongo que era mucho pedirle al Windows XP. Al lado de los CD, justo entre *Servicio de lavandería* de Shakira y *El viaje de Copperpot*, hay una caja en la que guardaba todo lo que Emma y yo nos regalábamos. Entradas de cine, guías de ciudades, algunas que hemos conseguido visitar y otras que no, fotos y cartas. Muchas cartas. Abro una de ellas al azar y la leo en voz alta.

Querido Lunar:

¿Dónde has estado todo este tiempo?

Nacimos para estar solos y en esa soledad encontrarnos. Me deslumbras.
Cada vez que me miras, cada vez que piensas.

Soy poco. Soy pequeña, diminuta. No soy nada. Me abrazo a ti para huir de mí misma. ¿Miedo? Solo a que te canses y me olvides.

Perdóname, sé que no soy suficiente. Pero me sujetas.

Eres todo un mundo, lleno de color, color rojo. Me gusta perderme por tus inseguros lunares y pestañas enredadas.

Querido amigo, te comes el mundo a diario. Eres una de esas personas que lo embellecen, que lo sensibilizan, que lo acarician. Tú le das pasión.

Pasión lorquiana.

Adoro hablarte de mis tonterías. Adoro cada tren que te trae a Sol. Adoro que me recojas, que me salves. Adoro que me pidas que te quiera.

Eres puro encanto, puro genio.

Péiname.

Quiéreme.

Abrázame.

Apóyate.

Quédate.

Tontas palabras. Solo necesitaba decirte (intentaba decirte) todo lo que para mí eres.

Cada día te recordaré lo mucho que el mundo te necesita. Lo que te necesito yo ya lo sabes.

La sensibilidad de mis días nació un 29 de julio.

Te quiere,

EMMA

Aquí nacieron mis ganas de escribir. En esta necesidad de contestar las cartas que nos escribíamos. Quién no mataría por un

amor así. Éramos pequeños y estábamos enamorados, de una forma distinta a como se supone que se enamoran los niños, o los adultos. Saco el teléfono y le hago una foto a la carta. Pienso en mandársela a Emma, pero igual no es el momento. Doy un trago a la copa de vino y se la envío igual porque necesitamos que la gente sienta lo que estamos sintiendo. Para eso inventaron la comunicación inmediata. Préstame atención, ven, vive esto de la manera en la que yo lo estoy haciendo, es posible si tan solo dejas tu vida y me haces caso. Tardo poco en arrepentirme de habérsela mandado. Me voy a la cama, porque todo siempre puede empeorar.

...

Estoy sentando en un banco del recreo, en uno metálico y pintado de rojo. Solo y comiéndome un paquete de galletas con forma de dinosaurio. Sé que es el recreo porque oigo los gritos de los demás niños, pero únicamente hay figuras desenfocadas a mi alrededor. Llora, las lágrimas se meten en mi boca y se confunden con el sabor de las galletas, volviéndolo salado. Ni siquiera sé por qué estoy llorando, pero no puedo parar de hacerlo. A lo lejos, una figura se va acercando y va logrando legibilidad, hasta que se sienta a mi lado y puedo comprobar que es una niña, con el pelo largo y la falda gris del uniforme. Toma una de mis galletas sin que yo oponga resistencia y se la come a mi lado mientras baila con sus manos. Cuando termina, las choca para sacudirse los restos de las galletas y de un brinco salta del banco. Después me tiende la mano para bajar. Acepto. En el suelo, un balón se estrella contra mi pecho.

Me despierto pensando que no puedo respirar.

...

Mi madre lleva una media hora haciendo ruido cuando desisto de intentar volver a dormirme. Los sábados en los que no se madruga se han convertido en mi animal mitológico favorito. La ansiedad, según todo el mundo al que le preguntes. Supongo que es una contrapartida de la generación *millennial*: las mejores oportunidades tecnológicas de la historia, pero también insomnio, dermatitis, gastritis y precariedad. Al bajar las escaleras, me espera mi madre *baby boomer* con el desayuno preparado. Por supuesto, lo primero es ponerme el zumo en la boca para que no se le vayan las vitaminas y yo lo bebo de un trago. El zumo tarda lo mismo en perder las propiedades que un título universitario. Después están bien, pero no es lo mismo. Observa cómo me lo tomo hasta la última gota y me insiste en que vaya a celebrar el Día del Orgullo. Entre la falsa modestia y su pretensión de autonomía, consigue convencerme. De camino a la estación, se asegura de que tengo todas las cosas que quería llevarme de casa y, con toda la calma que le caracteriza, aparca en menos de noventa maniobras y echa el freno de mano. Después, espera.

MAMÁ: Si te vas a Boston y necesitas dinero, yo tengo un poco ahorrado. Es poco, pero igual te viene bien.

JAVIER: No quiero que te gastes dinero en mí. Pero gracias.

MAMÁ: Tú... Seguro que lo consigues, Javier. Aunque nunca hayamos tenido muy claro qué es lo que tienes que conseguir.

JAVIER: Ni yo, mamá.

Me dice esto mientras mira hacia la estación, sin que pueda verle los ojos. Tengo un pequeño *déjà vu*. No sé si me ha pasado antes o lo he visto en una película de Xavier Dolan. Imagino que su rostro

está inundado en lágrimas y lo intenta esconder sin mayor éxito. ¿La otra vez también estaba sonando Damian Rice? Sé cómo sigue. Saco las cosas del maletero y me despido, sin perder la atención en mi madre y sus lágrimas. No conseguiremos jamás decirnos las cosas importantes a la cara. Tampoco en una peli de Dolan. Le doy un beso en el hombro y hago lo contrario a lo que me gustaría hacer, me despido distanciado y sin mencionar que está llorando. ¿Para qué tanta clase de filosofía, si no sé hacerme cargo de algo tan inofensivo? Mi reflejo en la pantalla de la máquina expendedora de billetes me dice que ha renunciado a intentar enfrentarme. Busco mi cartera dentro de la mochila, pero solo encuentro un papel viejo doblado. Al desplegarlo, me doy cuenta de que es una poesía que escribí a mi madre cuando tendría ocho o nueve años. Dejo la mochila en el suelo y salgo a su encuentro, pero su coche ya no está.

En el autobús, Emma me envía una foto junto a Andrés. Ella lleva una peluca roja larga, un top blanco con ribetes azules y un pantalón a juego. A Andrés le han pintado unos bigotes y va con un traje parecido y está apoyado sobre sus brazos y piernas como si fuese un gato. En el mensaje pone:

El Team Rocket despegar de nuevo, pero antes James tiene que ponerse su traje. Es nuestra oportunidad de capturar a Pikachu. Meowth manda recuerdos.

Capítulo X

No dejas de dolerme.
Por lo tanto,
te quedarás en mi cuerpo para siempre.

ELISA LEVI, *¿Por qué lloran las ciudades?*

Emma agarra mi mano y avanzamos con determinación sobre la Gran Vía. Cuando digo con determinación me refiero a que vamos en posición defensiva intentando que la marea no nos absorba. Madrid suda gente, muchos más y a mucha más velocidad que el día que mi padre me llevó de excursión. Supongo que aquí también seremos muchos menos, según la policía. Nos hemos disfrazado de una versión muy *low cost* de *Matrix*, pero adaptándolo a la temporada estival y los cuarenta grados que hace en Madrid. Mi Trinity se ha engominado el pelo hacia atrás, se ha puesto unas gafas de sol muy estrechas, también un top corto negro y, para rematarlo, lleva un pantalón de cuero negro, con unas botas que nos vendieron de verano, pero botas al fin y al cabo. Su Neo había optado por pantalones de cuero, mis Dr. Martens y una camiseta de rejilla negra, porque somos frikis pero, ante todo, maricas.

Me reconozco frágil mientras nos hacemos paso entre la marea de gente. Lo sé porque tiemblo, aunque Emma me apriete la mano fuerte para disimular mis temblores. Estamos deslumbrados y emocionados, como las chicas de las películas que pisan Broadway por primera vez, así que cualquier detalle, aunque lo hayamos visto

antes, nos parece transgresor e intrigante. También sé que soy joven porque no pienso en la muerte ni nada que tenga un final. Llevamos una piscina de cerveza en las manos y Emma no deja de sonreírle como si hubiese un pez dentro de esa pecera.

EMMA: No me voy a acabar esto en la vida.

Madrid a nuestros pies y nosotros recién empezamos a saberlo. Esta calle y yo ya nos conocemos, pero ahora parece una ciudad para los vivos. Las gárgolas de Gran Vía nos miran avergonzadas, porque envidian nuestro movimiento. Nuestra ciudad está para disfrutarla hasta que el tiempo aguante. De hecho, siento que podría haber sido el lugar donde grabasen *El mago de Oz* y yo sería Dorothy y esta calle mi camino de baldosas amarillas. No, no había otra referencia más gay. Emma se ríe y me pregunta quién es ella en esta historia. ¿Aún no lo sabes? Llevamos ya diez capítulos.

Me derrito al servicio del evento, pero no me importa. Tampoco que el mini esté caliente y parezca pis. Es mi primer Orgullo y me tengo que aguantar las ganas de ir saludando a la gente que me encuentro, como me contaba mi madre que hacían los de provincias cuando se montaban en el metro por primera vez —lo más esnob que diré hoy—. No los saludo, pero los miro fijamente. La pedrería de los vestidos de los *drag queens*, los tambores de las chicas lesbianas que hacen batucada y los ojos azules de un niño que viste una camiseta en la que está dibujada la silueta de la escena que está viviendo: dos hombres llevan de la mano a un niño. ¿Por qué no nos traen aquí de excursión en el colegio? ~~Es como ir a Faunia, pero te puedes unir.~~ Yo habría aprendido más, desde luego. Y a los padres que no quieran, se les debería forzar. ¿No nos obligan a vacunarnos para ir al cole? ¿Por qué no vacunarnos contra el odio?

Un padre homófobo, un padre antivacunas y un padre terraplanista entran en un bar... Es de chiste. Ahora entiendo cómo todas esas figuras se colocan en el mismo lugar dentro de mí, presionándome a cometer tantas tonterías como pueda para quitármelos de encima.

Cuando mi padre me ha preguntado, le he dicho que íbamos a pasar la tarde en casa de Ángeles viendo películas para celebrar que los dos habíamos entrado en la universidad. Ángeles nos promete proteger mi coartada y nos ofrece un par de bocadillos y un paquete de condones. No me avergüenza ser un dominguero en el Orgullo. Después de un tiempo caminando, encontramos un sitio no muy abarrotado desde el que poder ver pasar las carrozas, justo al lado de unos bolardos a los que Emma se sube para poder informarme de cuánto falta para que pasen delante de nosotros. Ya se puede ver la primera, según ella, así que dejo de buscar con la mirada lugares mejores y decido que este es un buen espacio para recordar mi primer Orgullo. Al bajar, se tropieza y cae encima de mí, vertiéndome un poco de cerveza encima.

EMMA: ¡Perdón! No voy borracha, es que estoy muy emocionada.

...

Tal y como me imaginaba, Emma y Andrés me están esperando como los cuadros de la pared. Verles disfrazados pero tan serios me hace sentir como en el funeral de un payaso. Creo que no se atrevían a beber por si yo llegaba triste. ~~¿Te imaginas?~~ Así que han intentado jugar los dos planes, suficientemente preparados, vestidos y avituallados para salir a inundarnos en el Orgullo, pero también en la medida justa de solemnidad y neutralidad que destilan los

controladores de los museos. Nada, nadie se va a romper. De momento.

JAVIER: No me jodáis que también se han muerto vuestros padres.

EMMA: Ojalá.

Después de decirlo, se tapa la boca con la mano corriendo, cruza los dedos y va a tocar madera. Les explico que ahora mi madre es una sirena y estamos más unidos que nunca y eso abre la veda para que saquen los vasos llenos y con hielos que tenían escondidos detrás del sofá. Esta es su cuarta, así que intento ponerme al día como si fuera un campeonato de comer perritos calientes y viniese preparado desde Kentucky. Es el primer Orgullo de Andrés, así que le ponemos un poco en situación. Qué cosas no tocar, a quién es no mejor hablarle, no entrar en las provocaciones de Inés Arrimadas... Pero, bueno, también dejamos las mejores cosas para que las descubra, como lo de que no puedes bajarte de la carroza para hacer pis en ningún momento. No lo he dicho, ¿no? Unos amigos de la productora me invitaron hace tiempo y contesté que no por lo de mi padre, pero supongo que ahora, al saber que le habría gustado que fuese, es mejor ir. Quien no se convence es porque no quiere. Así que nos bebemos la última copa, la primera para mí y la quinta para ellos, y nos vamos. Pis, trenzas, luces, bote con copa, hielos, últimos chupitos, otras zapatillas y pum, ya estamos allí.

Me habría gustado surfear la Gran Vía subido a la carroza, pero voy a tener que conformarme con el paseo del Prado —por deseo explícito de la mujer de un expresidente que nunca mezcló sus manzanas con sus peras— sus árboles, sus parques y su salud que

me enferma. Yo prefería asfalto y alquitrán y calles estrechas y golpes de calor, pero no se puede pedir todo. No sé cuándo voy a volver a vivir un Orgullo, así que me callo y lo disfruto. Y no, no voy a pensar en Boston. Pero aquí estoy, leyendo el *mail* en el que me piden una contestación para cerrar las listas. Bloqueo el móvil. Ya está. Hola, Madrid, qué orgulloso estoy de ~~me~~ ti. Antes de que Emma y Andrés pierdan el sentido del espacio y el eje cartesiano, nos hacemos muchos *selfies* y muchos *stories* y cumplimos con nuestras obligaciones *millennials*. Ahora sí que sí. Ya está. Hola, Madrid. ~~Qué orgulloso estoy de vosotros.~~

...

No me importa haber tenido que mentir para llegar hasta aquí, la sonrisa de Emma martillea las dudas como nuestras botas golpean el suelo. Es nuestra forma de decir que aquí estamos. De la manera más demostrativa o burda posible, como mis compañeros del colegio cuando celebraban los goles. No me miro, no me juzgo, Emma tampoco. Las carrozas pasan delante de nuestros ojos y estoy seguro de que algo histórico está aconteciendo frente a mí. Vuelvo a ver a los chicos de las Converse rosas, son ellos, no es menos cierto porque no quiera creerlo. Desfilan y me saludan, siendo yo ya otro. Siempre he tenido esa duda entre madurar y cambiar, porque dicen que dentro de uno está la semilla hacia cualquier cosa que quieras ser. Y yo no pienso en ser un semillero o un macetero. Pienso en este cuerpo que habito y que me habla, que me pide estar más atento y no perderme las cosas y que me asegura que hemos pasado el tiempo de ser espectadores.

EMMA: ¿Me quieres?

JAVIER: Siempre.

Emma sigue aplaudiendo hasta que pasan las últimas carrozas y por primera vez en mucho tiempo no estoy pensando en un millón de cosas a la vez. No hay ruido. Me sintonizo perfectamente en el espacio y no reparo en el millón de probabilidades y accidentes que pueden estar a la vuelta de la esquina. No me doy cuenta de que he dejado de apretar la mandíbula y de que no me pica la cabeza. Respiro hondo, tragando el máximo dióxido de carbono posible. Mátame, Madrid, que yo no quiero otra cosa que no sea estar aquí. Sobre este asfalto quemado edificaré yo mis sueños y todas mis posibilidades. Ha empezado a subirme el mini, creo.

Para cuando quiero darme cuenta, ya se ha terminado el desfile, quitan las barreras puestas para las carrozas y la gente se va dispersando. Tomamos las calles como un perro al que dejan salir a jugar al parque. Ya he fantaseado con este momento: ahora toca la parte en la que hacemos unos amigos y entre ellos hay un chico con la nariz grande y las orejas de soplillo, dispuesto a hacerme recordar esta noche por algo más que por ir cubierto de purpurina. Mientras nos dirigimos hacia Chueca, Emma apoya la cabeza sobre mis hombros y puedo oler su pelo, que huele a multifrutas o como me imagino yo las multifrutas. Sigue agarrando mi mano con fuerza. Nuestras botas son duras como las de los astronautas y el alquitrán de las calles toma buena nota de ello. Somos frágiles como ellos en la Luna, intentando no despegarse demasiado del suelo. ¿Era lo que esperabas? Es mejor.

Intentamos entrar en un par de discotecas, pero o están demasiado abarrotadas o nos piden el carné y ninguno de los dos tenemos dieciocho aún. Tampoco lo parecemos. Tampoco nos importa. Así que imitamos a los demás y nos tomamos unas

cervezas en la calle, para que no se nos atraganten los comentarios que hemos tenido que escuchar en el cole y nos quedemos solo con los que vamos a empezar a oír ahora en la universidad. Emma me vuelve a decir lo mucho que merezco estar allí, como Dalí y Lorca se merecían la Residencia de Estudiantes o como nosotros nos merecemos el uno al otro. En este momento no pienso en absoluto que sea una comparación excesiva. Otra cerveza más y habremos llegado a Fuentevaqueros.

Cientos de piernas pasan por delante de nosotros, tacones, plataformas, chanclas, botas, deportivas llenas de barro... Los cuerpos aquí se mueven con más sensualidad, pero Emma se ríe y dice que son así en todas partes. Los cuerpos no se mueven de esta forma en nuestro campo de cemento, te lo digo yo. Todo te parece sensual cuando tu referencia es un colegio concertado de las muy afueras de Madrid. Nos reímos pensando en qué pensarían si nos viesen aquí. Nos reímos porque nos da igual. Ella ya siente, igual que yo, que ha asumido por completo su papel de mariliendre y desde aquí solo le queda convertirse en una reina marica cubierta en *glitter*, saliendo de noche en deportivas, sintiéndose amada y no solo deseada. Eso me dice, mientras termina de beberse su mini. Hasta la última gota. Pero ahora tiene pis, así que la acompaño a uno de los baños portátiles. Me vuelve a recordar la suerte que tenemos de poder hacerlo en cualquier sitio. Un clásico de nuestras conversaciones.

Sale quejándose por el estado de los lavabos y nos damos cuenta de que ya es de noche. Se puede oír la música de los conciertos de la plaza y Emma echa a correr para retarme a que la alcance. La plaza está abarrotada, así que pasamos por encima de las bebidas de la gente, de sus bolsos, nos tocamos, nos rozamos, tropezamos con todo Madrid si es necesario. Sin querer, aunque

qué más da eso en estos momentos, Emma atropella a unos chicos y yo siento que la noche se nos va a empezar a estropear. Este sería el típico motivo por el que tendríamos que salir corriendo en cualquier otro lugar. Y aunque al principio ellos empiezan a increparla, Emma se los gana como hace con todos los profes. Enseguida, todos están enamorados de ella, les hace reír, la invitan a tomar copas, parece que Emma llevase años allí y yo acabase de llegar. Me siento como un niño asustado que se pone detrás de la falda de su madre y espera que las cosas pasen. Emma no bebe, está en ese momento de su vida en el que cualquier cosa que le den le sabe a lejía. Ya lo habíamos intentado muchas veces y, al final, tomase lo que tomase, siempre acababa por beberlo con la nariz tapada, como el ibuprofeno de sobre, pero esta vez se hace la dura y traga las copas como si lo llevase haciendo toda la vida.

...

Viajar en carroza es algo muy chungo, te sientes como un Rey Mago pero sabes que no lo eres. Exactamente lo mismo que pensarán los reyes de España, supongo. La gente nos saluda y nos pide cosas y a los quince minutos ya me quiero bajar.

EMMA: Sabía que no ibas a aguantar ni una hora.

JAVIER: Lo quieren todo de nosotros. Agua, regalos, condones...
¿Qué soy? ¿Intermón?

La parte de abajo será nuestro refugio. Por supuesto, Emma encuentra el suyo propio preguntándole cosas de su vida privada al conductor de la carroza. ¿Cómo llega uno a ser conductor de carrozas del Orgullo? ¿Trabajando este día te mantienes todo el

año? ¿Tu familia qué piensa de este trabajo? Ella es así, el carisma de Isabel Gemio y ~~la boca de Emma García~~ el rigor de Ana Rosa Quintana. Más atrás, Andrés explica a unos chavales que nacieron en 1999 —como si eso fuera posible— de qué va nuestro disfraz. Al parecer, ahora si te gusta *Pokémon*, estás totalmente pasado de moda. ¿No estuvieron todos los locos cazando *pokémons* por la calle? Los miro y pienso que no sé si seré capaz de seguir sin esto y que el todo es más que la suma de las partes. Eso ya nos lo enseñaron las hermanas Halliwell, sin Prue la serie se convirtió en un truño infumable. Aunque nos hizo conocer a Rose McGowan.

Andrés —ahora que lo miro, se da un aire a Cole— me saca de mis pensamientos al pedirme el móvil para enseñarle un vídeo a esos adolescentes. Qué terriblemente *mansplaner* es intentar que todo el mundo tenga los mismos referentes que tú y menospreciarlos si lo hacen. Y esta inseguridad mía —que no hay que confundirla nunca con autocrítica, porque la autocrítica te deja caminar— me hace preguntarme si no he estado haciendo yo eso toda mi vida. ¿Dónde ponemos la línea entre sacar lo mejor de los demás y ser unos capullos que solo desean que los demás encajen en aquello que querríamos que fuesen? Prue también intentaba que sus hermanas sacasen todo su potencial como brujas y mirad cómo acabó. Seguro que la dejaron morir porque la odiaban.

El vehículo no avanza, solo da pequeños acelerones seguidos de grandes frenazos y me está empezando a intoxicar. También envenena el haber tenido que escuchar «orgullo gay» tres mil veces. Por salud mental y porque me da bastante igual lo que pienses, no voy a intentar convencerte de usar Orgullo LGBTQ. Para hacer más difícil mi represión, oigo que alguien dice: «Ahora todos merecemos una inicial». Tú también, Maricarmen, la P de paleta, no de pansexual. Tantos *señoros* apropiándose de todo me hace sentir en

2006. Y el autobusito venga a parar y a acelerar. Empiezo a pensar si no sería más divertido disfrutarlo desde fuera, así que agarro a mis cachorros y aprovechamos una parada donde la gente se baja a hacer pis para irnos de allí. Nos despedimos de todos ~~mandándoles a la mierda~~ invitándoles a leer un poco de teoría *queer*. Por supuesto, al bajar gritamos a la vez: ¡EL TEAM ROCKET DESPEGA DE NUEVOOOOOO!

...

El grupo entero se queda atento a los gestos y comentarios de Emma. Sienten la misma atracción que un torero por una folclórica, supongo. El grupo entero menos uno, Marc, que no deja de acercarse a mí hasta que empiezo a respirar el mismo aire que él. Compartimos el dióxido de carbono y encontramos el placer de conocernos debajo de una boina de gases invernadero. Me lo bebería, si hiciese falta. Me cuenta que está terminando la universidad y que el año que viene le gustaría hacer un máster en guion de cine. A partir de aquí, no escucho nada de lo que dice. Solo pienso en su pendiente de la oreja y en los tatuajes de sus brazos, y en esa sonrisa en la que casi puedo verme reflejado. Que me guste Marc me hace preguntarme si quiero acostarme con él o simplemente quiero ser él, que, por otra parte, es algo de lo que ya me había advertido Emma y yo había negado por completo. «Tengo clarísima la diferencia.» Pues no.

Marc y yo empezamos a hablar de películas que nos gustan, primero de las que conocemos los dos y que yo he visto un millón de veces. Después me empieza a hablar de otras que ha visto en la uni y yo me esfuerzo por fingir que las conozco el tiempo suficiente para que mi mentira sea algo tierno para él. Entre directores iraníes

y documentales franceses de nombres imposibles, me quedo anclado en sus rizos e intento seguirlos con la mirada hacia dondequiera que vayan. Quédate, dime todo lo que sepas sobre la *Nouvelle vague*, soy un ignorante, soy un crío, fóllame la mente. El mero hecho de poder follarse con alguien que no se avergüence de mí ya me parece un logro. Que me empiece a tocar los brazos con las yemas de sus dedos me provoca la misma excitación que a Hitler invadir Polonia. Sí, bésame, vamos, te lo están diciendo las ranas, te lo dice el cangrejo Sebastián, bésala. Cuando lo hace, se me eriza la piel y se me levantan las branquias sin tenerlas. «¿Quieres venirte a mi casa?», me dice muy bajito al oído, tan bajito que siento que es la proposición más indecente que me han hecho en la vida. Y puede que hasta ese momento lo fuera. Yo subo los decibelios por mil para decírselo a Emma. Más que decírselo, para pedirle permiso.

EMMA: ¿Quieres ir? Si quieres ir, sube.

¿Quiero ir? Sí. No. No lo sé. ¿Lo tengo que decidir ahora? ¿Quiero ir? Sí. ¿Tengo miedo? Mucho. ¿Quién tiene todas las cosas claras todos los días a todas las horas? Si me cuesta horas decidir qué es lo que quiero cenar o qué optativas coger, ¿cómo voy a saber en un minuto si quiero subir a su casa? Pero, como siempre, elijo seguir jugando, Carlos. Marc sube las cejas como Sobera, de pura alegría, y nos marchamos hacia su casa, en una paralela de la plaza. De camino vamos besándonos y de vez en cuando me mete la mano por dentro de los calzoncillos. La primera vez me escandalizo, pero me dura muy poco porque a la siguiente soy yo quien lo está haciendo. Intento que las preocupaciones que me

inundan la cabeza se hagan a un lado para dejarme disfrutar de este momento.

~~Persigo~~ Acompaño a Marc hasta el quinto piso sin ascensor que es su casa. Creo que ha debido de tomar algo que yo no, porque él parece Popeye y yo voy sudado y con la lengua fuera. Entramos en su casa; es un piso de estudiantes, destartalado, un poco sucio y lleno de chismes que acabarán tirando cuando todos se muden de vuelta a su pueblo o se casen. Intento coquetear en la cocina, juego con los vasos mientras me pongo un poco de agua, aunque es difícil aparentar seguridad y al mismo tiempo intentar seducir a alguien que sabes que te lleva cuatro años de ventaja, si no más, en esto de subirse a casa chicos el día del Orgullo. Pero ni coqueteo, ni agua, ni hostias. Marc quiere ir a por todas, que para eso tiene nombre de ganador de MotoGP. Se lanza a besarme y a desvestirme mientras me dice cosas en catalán. Sí, eso, dime cosas bonitas en tu idioma, enséñame tu lengua hasta que sienta que pueda confiar en ti y luego ya pasamos a lo otro si es que después de las clases nos apetece.

JAVIER: Yo no hablo, pero lo entiendo, eh.

MARC: Como mi perro.

Se ríe y yo le imito incómodo para después arrastrarme a su habitación, llena de pósteres de películas. Intento empezar una conversación sobre ellas, pero Marc me ignora y sigue quitándose la ropa. Ya está desnudo delante de mí. No debería asustarme, porque es algo que he visto muchas veces, ni siquiera es la primera vez que voy a tener sexo con alguien, pero estoy sudando. Me quedo mirando fijamente al suelo, unas baldosas geométricas que dibujan formas a lo largo de la habitación. Es la primera vez que siento que

no ha sido una buena idea subir a su casa. Intento hablar para decirle que es mejor que volvamos donde estaban los chicos y que siempre podemos volver a subir.

MARC: Y siempre podemos volver a bajar nosotros. ¿Qué pasa, que no te gusto? Si me has dicho antes que te encantaban mis rizos. También tengo aquí...

JAVIER: No, es que estoy preocupado por Emma, no debería haberla dejado allí. Soy imbécil.

MARC: Está con los chicos.

Acto seguido me quita los calzoncillos y empieza a darme besos por la polla. Debería tener una erección, pero ahora no me siento lo suficientemente seguro como para tenerla. A lo mejor *seguro* no es la palabra. ¿Cómodo? No lo sé. ¿Por qué no cojo mis cosas y me voy y ya está? Tampoco lo sé. Quizá esté esperando a que la cosa mejore. Marc se está cansando de que la cosa no mejore, así que me tumba en la cama y me pone su polla en mi boca. Accedo a chupársela. Incluso en mi cabeza soy consciente de que *accedo* es el verbo que debo utilizar. No me lanzo a por ella, no lo busco, lo ¿permiso? No me gusta hacerlo, pero lo estoy haciendo. Supongo que es siempre así. No te puede encantar todo el mundo que conoces, ¿no? Es la primera vez que un chico me desea. Voy a intentar disfrutarlo. Continúo convenciéndome de que me gusta comerle la polla a Marc, que está terminando Comunicación Audiovisual y viene de un pueblo pequeño de Tarragona. Un aplauso para Marc, que ha conseguido que le esté haciendo una mamada. Lo miro de reojo y veo sus abdominales, el ombligo para fuera, como a mí me gusta, y los rizos vibrando por mi culpa. Marc va más allá y empieza a forzar mi boca contra su pene. Su polla

ahora es su pene. Le pido que pare con las manos, pero solo me hace caso cuando le doy por tercera vez. Para cuando se quita de encima de mí, ya he parado de intentar convencerme de que me gusta estar en este piso de estudiantes. Me estoy perdiendo el Orgullo. Emma está sola. No lo estoy disfrutando. Marc se pone más agresivo y me da la vuelta. Oigo que saca algo de la mesilla.

JAVIER: Yo siempre he sido activo.

Mentira.

MARC: Para todo hay una primera vez.

Justo cuando oigo el bote de lubricante abrirse, empieza a sonar el móvil. Me pide que lo ignore, pero encuentro una excusa para poder zafarme. Él lo coge primero, lo mira y lo silencia. «¡Qué haces!» Aprovecho que se mueve para volver a dejar el teléfono en la mesilla y consigo sacarlo de la cama. Y a mí también. Al tomarlo, veo que es Emma, pero no es su voz la que escucho al descolgar. No le reconozco, pero me dice que es uno de los amigos de Marc, que no sabe qué hacer con Emma porque se ha puesto muy borracha y está en el suelo con los ojos cerrados. En ese momento la cabeza me empieza a dar vueltas, la habitación, el piso, la casa. Marc, desnudo, empieza a girar también. Me pitan los oídos y no consigo decir palabra. Intento vestirme, pero no encuentro mi ropa. Marc coge mis calzoncillos y amaga con no dármelos. No sé de dónde saco toda esa rabia, pero algo se apodera de mí y me lanzo contra él, dejándolo contra la pared. Deseo hacerle daño y creo que es la primera vez en mi vida que no quiero guardarme la violencia que siento. Quiero pegarle porque ha estropeado una oportunidad

de que una puta fantasía se cumpliera. Estoy en esa encrucijada en la que los superhéroes tienen que decidir si matan al malo o lo dejan vivir. Pero entonces me llega el riego suficiente para acordarme de Emma. Querría escupirle, pero no tengo saliva. Así que me visto corriendo y me voy de ese piso. Bajo las escaleras mientras me abrocho los cordones, aún con el recuerdo del pene de Marc en mi boca. Escupo. Escupo. Escupo. Escupo. Escupo la poca saliva que tengo. A mi cabeza llegan miles de pensamientos, algunos de los cuales me avergüenzan nada más aparecer por mi cerebro. ¿Han abusado de mí? ¿Me han violado? No, eso son palabras muy grandes. Además, soy un chico, ¿me pueden violar? Esto es lo que más vergüenza me da. Tampoco soy un niño, esto no es uno de esos casos. Lo que pensaba que iba a hacerme avanzar me ha hecho retroceder unos cuantos años.

Con la respiración agitada y los cordones desabrochados, llego donde estábamos, Emma está tirada en el suelo. Aparto a los chicos que están a su alrededor y hago lo mismo con sus preguntas sobre cómo lo he pasado con Marc. Emma no me responde y me preocupo. Mierda. Mierda. Mierda. Mierda. Mierda. Mierda. Soy una mierda. La cojo en brazos y nos vamos hasta un bar menos abarrotado, donde le hago tomar asiento para intentar que vomite o llamar a una ambulancia. Después de meterle los dedos, cosa que ella siempre negará, vomita y empieza a tomar conciencia de dónde está.

EMMA: Tienes un complejo de salvador muy fuerte. Háztelo mirar.

JAVIER: Eres muy graciosa para estar en el baño más ruinoso de toda Castilla.

EMMA: ¿Qué tal con Marco? ¿Encontraste a su mono?

JAVIER: Para recordar.

...

Saltar de la carroza parada, a menos de veinte centímetros del suelo, en nuestra cabeza ha sido como bajar en marcha del coche de James Bond, pero supongo que todo es cuestión de perspectiva. Madrid sigue siendo una mole de cemento, polución y sudor, y siento cómo me abraza. Mientras subimos el paseo del Prado para llegar al final de la manifestación, Emma me recrimina que vaya ahora de superdefensor de todos cuando he sido «lo peor».

EMMA: Pero si hiciste llorar a esa chica porque preguntaste en alto si su boca era así o llevaba *brackets*.

JAVIER: Sigo pensando que era una confusión muy posible. La duda estaba ahí.

EMMA: Vale. ¿Y la vez que te tiraste un pedo horrible y me echaste la culpa a mí y me estuvieron llamado «podridemma» durante casi un año?

JAVIER: Eso dice más de lo horrible que es la gente que de mí, ¿no?

EMMA: Yo no sé cómo se te pudo ocurrir acostarte con este imbécil, Andrés.

A la altura del paseo del Prado, me acuerdo de cuando Emma y yo íbamos a colarnos en las visitas guiadas de otros grupos y nos quedábamos fascinados con las pinturas negras de Goya. Recuerdo lo que me dolió reconocernos en ese Saturno devorando a su hijo; pensé que todos deseamos ser los últimos, que no nos suceda nadie, que no nos hagan sombra. Es la fantasía de todos los cursos,

de todos los grupos de música, de todos los humanos. A juzgar por cómo dejaron el planeta los *baby boomers*, casi lo consiguen. Envidio a quienes vivieron la muerte de Dios. Me imagino a todos tristes, intentando encontrar algún sentido para la existencia. Cuando nosotros nacimos, Dios ya llevaba décadas muerto, las iglesias estaban desiertas y ya habíamos dejado de creer incluso en la ciencia. No hay ningún proyecto, salvo el de cuidarnos. Hoy me creo solo lo que he armado con ellos y todo lo demás es ruido. Así que los cojo a los dos por los hombros, hermanos, amantes —hace tiempo que dejó de importarme— y terminamos de subir la Gran Vía, a celebrar que somos todas las letras, todas las iniciales que podamos ser.

JAVIER: Pensé que ahora que somos una sexualidad subversiva nos iban a recibir con honores en el Orgullo.

ANDRÉS: Solo te gusta esto cuando es para que te den subvenciones, eh. Típico de director.

Terminamos la noche en la plaza de Pedro Zerolo, atrapados por los conciertos y las copas que llegan sin saber cómo a mi mano. Odio los espectáculos de magia —bueno, me dan miedo— pero este me parece cojonudo. No es muy tarde para recibir la llamada de un amigo, el compañero de la productora que nos invitó a la carroza. ~~Me pienso si cogerlo porque no quiero montar una escena.~~ Respondo enseguida porque estoy demasiado pedo como para recordar que hoy fui en carroza. Me dice algo de un menosprecio a unos productores, pero no sé de qué me está hablando. Después me cuenta que no había reconocido a Andrés disfrazado de gato, pero que puede dar por hecho el papel para el que le presenté en la obra que está preparando. Mientras hablo con él, se lo voy

retransmitiendo a los chicos, pero solo Emma parece alegrarse. Antes de que cuelgue, Andrés ya ha desaparecido. Miro a Emma intentando sacarle si sabe por qué está así, pero me promete que no sabe de dónde viene, así que nos alejamos de las primeras filas en su búsqueda.

EMMA: Me alegro de que esta vez el numerito no lo monte yo, la verdad.

JAVIER: ¿En qué nos ayuda eso?

EMMA: Déjame que me cuelgue alguna medalla, ¿no?

Buscamos a Andrés por las calles aledañas, pero hay demasiada gente y, aunque su vestuario sea bastante específico, debe de haber medio millón de chicos ~~heteroperos~~ como él ahora mismo en Madrid. Lo cierto es que el alcohol ya nos ha golpeado del todo a Emma y a mí, por lo que la misión se interrumpe con cada grupo que nos invita a quedarnos con ellos y cada vez que alguien que se llama Andrés —o eso dice— nos pregunta si lo estamos buscando a él. Fruto de la desesperación y sintiendo que nuestro Orgullo va a acabar como todos, con los dos solos, le confieso lo que pasó la noche en la que me fui con Marc.

EMMA: ¿Hasta eso te ha pasado antes a ti que a mí?

¿Tengo la amiga más idiota del universo? Tengo la amiga más idiota del universo.

Prometemos, con Madrid como testigo y el Orgullo como escenario, no volver a abandonarnos pase lo que pase. Lo prometo, juntamos y apretamos nuestros meñiques como si pudiésemos retorcer nuestros cuerpos, aunque no sé cuánto tiempo voy a ser

capaz de aguantar esa promesa. Como todas las promesas que me han hecho en mi vida y que han acabado en la basura del contenedor de enfrente de casa. Mientras volvemos de la mano, vemos pasar a dos chicos en dirección a un *after* y le pregunto a Emma si también ha visto a Andrés, pero —cómo no— no lleva puestas las lentillas, así que decidimos seguirlos para descubrirlo. Cuando entramos al local, encontramos a Andrés besándose con otro chico. Un chico feísimo, por cierto.

Emma es la que va hacia él y yo siento que hoy Andrés se va a tragar lo que no se tragó Marc. Los miro un rato discutir mientras me tomo la copa que venía con la entrada. La saboreo como si fuese la última, porque uno nunca sabe, y porque me ha costado veinte euros. Cuando vuelve, veo como Emma trae algunas lágrimas consigo.

EMMA: ¿En serio? ¿Después de prometerme hace literalmente diez minutos que íbamos a estar juntos para siempre?

La pregunta me deja bastante desconcertado, tanto que me quedo un rato en silencio, hasta que ella vuelve a la carga, ya que ha estado atesorando toda la rabia que está sintiendo para hacerme pagar por todas juntas. Ella domina la potencia de las cosas que no nos dijimos y la modula según necesidad.

EMMA: A Boston, además. ¿Desde cuándo lo sabías? Bravo, Javi.

Entre que intento explicarme y pensar en cómo se han enterado, Andrés y Emma ya han salido del *after* y se han ido. Debería moverme en algún momento, pero no puedo. Ni siquiera sé si el

tiempo está pasando, porque las canciones en estos sitios siempre son las mismas y porque allí nadie se mueve, salvo los que mueven. Un tipo se acerca a mí y empieza a restregar su lengua contra mis labios, pero me mantengo quieto. Esto es lo que merezco. Como cuando mi padre dijo que el VIH era un castigo para los gais —un castigo en todo caso muy desacertado, pero qué le puedes pedir al señor de las plagas— y yo fui incapaz de encontrar algo para demostrarle que se equivocaba. También lo busco para Emma y Andrés, pero soy incapaz. Me han pillado con los deberes sin hacer y no tengo fuerzas para inventarme un perro ni nada parecido.

Me ha costado, pero he conseguido salir del *after*. Ya es de día y este chico me está acompañando. Como diría Blanche, de *Un tranvía llamado deseo*, siempre he dependido de la amabilidad de los desconocidos. Pero no, hoy no me apetece conocer a nadie, así que, cuando entra a comprar unas cervezas en un chino, reúno lo que me queda de fuerzas y echo a correr hacia casa, como si acabase de saltar un muro hacia la tierra prometida. Aunque sé que no es lo que me habían prometido. Llevo los cordones desatados, la ropa acartonada de todo lo que le ha caído encima y estoy lleno de sudor, pero nada de eso hace que tenga menos ganas de llegar a algún sitio. En casa, Emma y Andrés están dormidos, abrazados y sin haberme dejado un hueco. No hacen las camas para tres. Las camas son estándar y como mucho son para dos y una mascota que quieras que duerma contigo. Así que me ducho y, antes de irme al sofá, escribo un *mail* en inglés. Nada más darle a enviar, me quedo dormido, pero sé que lo he enviado.

Capítulo XI

En general, trato de distinguir entre lo que se llama futuro y porvenir. El futuro es que después, mañana, el siglo siguiente será. Hay un futuro que es predecible: programado, previsto, previsible. Pero hay un futuro, el porvenir, que se refiere a algo que viene que es totalmente impredecible.

JACQUES DERRIDA

A la mañana siguiente, ninguno decimos nada. Desayunamos unas tristes tostadas con mantequilla, mirando al frente y sin dirigirnos la palabra, dejando que el alcohol y el rencor abandonen nuestro cuerpo. Intento que el sol me traiga una fotosíntesis sanadora, que me haga olvidar las cosas que pasaron ayer. Pero solo me trae dolor de cabeza. Miro a Andrés. Qué suerte tengo de estar con alguien tan guapo. Y se lo digo.

JAVIER: Eres muy guapo, Andrés. No me importa ser superficial ni cursi.

Todo el miedo a ser reiterativo y explícito se me va de golpe. Me refugio en el placer de las palabras que se dicen de verdad, aunque la gente crea que solo buscan agradar. Nos merecemos un día de sinceridad y calor. Muevo el culo de la silla y voy dentro a coger los

altavoces y el iPhone. Lo conecto y empieza a reproducirse *Down by the water*, de The Drums, y dejo que suene acompañando nuestro silencio.

JAVIER: Solía ponerme esta canción cuando creía que quería ser actor. (Esto le despierta.)

ANDRÉS: ¿Tú querías ser actor?

JAVIER: Sí, lo quise. Me ponía canciones como esta intentando encontrar una emoción. Ahora sería incapaz de hacer algo así, de usar una canción. Las categorizaba como canciones tristes, canciones para bailar, canciones para hacer deporte... Ahora las tengo todas juntas y las reproduzco sin intención alguna. El único aleatorio que me da placer.

ANDRÉS: ¿Y por qué dejaste de querer ser actor?

JAVIER: No me hacía bien. Los actores cogen las palabras y las retuercen hasta que caben en lo que significan para ellos. Y por ahí no. Me hacía mejor escribir. Me volvía demasiado vulnerable cuando actuaba. Dependía demasiado de las opiniones.

ANDRÉS: Las opiniones siguen ahí.

JAVIER: No, qué va, para nada. Ahora, si alguien me dice que no lo ha entendido, yo contesto: ¿Qué no has entendido? Estaba en castellano, tú hablas castellano... Detesto las opiniones. Escribiendo, paso por encima de las opiniones, y los textos se los lanzo a los actores y les digo: Haced como si vosotros hubieseis escrito esto. Y eso me alivia que te cagas.

ANDRÉS: Te hará bien escribir en Boston.

JAVIER: O me hará mejor escribir aquí.

La canción cambia mientras hablamos y automáticamente salta *Common People*, de Pulp. Me levanto de la silla y Andrés lo hace

conmigo. Bailamos juntos y por separado y la música me cala tanto que acciona las partes del cerebro que solo se accionan cuando estás en peligro de muerte o te drogas. Yo quiero hacer lo que hace la gente común, quiero beber como la gente común, quiero follar como la gente común. Nuestros cuerpos comunes moviéndose sin pensar en un dichoso futuro o en la necesidad de llegar a ningún lugar. Solo llenar el espacio y escribir mecánico y olvidar que nos rodea una ciudad, un Estado, la globalización olvidarlo todo y bailar como la gente común solía hacer cuando había gente común ya no hay gente común pero nosotros estamos aquí y sentimos que sí y no nos engañamos lo sentimos de verdad la música entra por todas partes y solo quiero ser parte de esto no hay más proyectos no hay más historias no hay nada más que esto no existe el porvenir es una mentira un cuento capitalista existe solo follar comer cagar olvidarnos de las contingencias porque las contingencias lo joden todo eso lo sabe cualquier guionista que no se puede confiar en las circunstancias previas solo en las dadas y que solo ahí uno encuentra placer que no hay placer en la muerte ni en la cultura de la muerte ni el dolor ni en el futuro el placer es una cosa que por definición pertenece al presente y solo al presente y al futuro le pertenece lo marchito la muerte y del pasado ni hablamos porque menuda mierda de pasado así que presente presente presente no sé bailar qué más da no lo necesito en este momento

JAVIER: Vamos a follar.

ANDRÉS: Vale.

Desaparecen las opiniones, los comentarios, la doxa, todo. Ni siquiera la intención o el esfuerzo por ser felices. Sino que las cosas se van sucediendo como lo hacen las canciones y yo las escucho

como si me las cantase su cuerpo. Se me olvida que está Emma, se me olvida Boston y se me olvida que una vez tuve padre. El sexo me cura como yo pensaba que solo podía curar el paso del tiempo. ¿En qué momento mi vida se ha convertido en una canción de Christina Rosenvinge? Tan sedante como ella, lo puedo asegurar. Decido poner todo lo demás en espera y disfrutar de mi Andrés en mi buhardilla.

Nada cambia más que el deseo de dejar de cambiar. Si es que eso tiene algún sentido. No quiero añorar más, sino desear, dejar de vivir en un cuerpo expectante insatisfecho. No sé cuánto me va a durar, pero tampoco necesito saberlo ahora.

Si te apetece creer que este es el final de esta historia,
lo puedo entender.

Ya nadie quiere la verdad.

Seguir leyendo no te hará mejor.

Ni más libre ni esas chorradas.

Esto no es la puta pastilla de *Matrix*.

Capítulo XII

Pero ¿quién diablos consiguió alguna vez salir de un ataúd sin quitar un clavo?

[...]

Yo no fui a la luna.

Fui mucho más lejos.

Porque el tiempo es la distancia más larga entre

dos lugares

[...]

Las ciudades pasaban ante mí como hojas secas,

de brillantes colores pero arrancadas de la rama.

[...]

¡Oh, Laura, Laura!... ¡Traté de dejarte atrás, pero soy más fiel de lo que pensaba!

Tom Wingfield en *El zoo de Cristal*

Si has seguido leyendo esto, probablemente será porque no te conformas con la felicidad que genera la ignorancia. O porque eres un sádico curioso. No te admiro, no te envidio, te compadezco como hago conmigo. No hay nada mejor que contentarse con unos segundos de mediocre y simulada felicidad que aporta el papel de nunca tomar decisiones. La pasividad eterna, qué desasosiego. Pero creo que no nací para eso, si eso sigue siendo una cosa. Leí a Herman Hesse y pensé que la marca de Caín era un estigma del

que uno no se puede soltar. Sin embargo, luego conocí a Adam Smith y empecé a pensar que en el estado de naturaleza todos los hombres —y las mujeres y todo lo que uno es uno ni otro— éramos iguales. Dice: «La diferencia de las personas parece derivada no tanto de la naturaleza, sino de sus costumbres». Y ahora, intento encontrarme a mí entre una montaña de libros que no pienso llevarme, un futuro incierto y una generación devastada que me acompaña silenciosa.

¿Cómo se puede estar tan jodido con veintisiete?

Pero guardemos las antorchas de momento, ¿os parece? En esta parte de la historia aún hace mucho calor y necesito todas las fuerzas que tengo para explicarme, que no redimirme. Porque lo fácil, lo que rescatarían los absortos que se quedaron páginas atrás, es que queda demostrada la obsesión de este personaje por el éxito y lo insaciable de su carácter; así que cuando lo consigue todo, se va, como Amy Winehouse y toda la generación del veintisiete —no, la de Lorca, no, la otra—. Pero eso demostraría que nadie estuvo muy alerta en los capítulos anteriores. No, yo nunca me iría, si hasta fui incapaz de irme de Erasmus por no separarme de Emma. Yo no tengo ni las agallas ni la voluntad para hacerlo. En todo caso, la tengo para deslizarme hasta que todo se resuelve o conseguir macabramente que todos trabajen para ti, lo que se conoce como política Mariano Rajoy: no hacer nada y que todos se peleen hasta que gane el más mediocre.

Llegados a un punto, la sociedad no necesitará policías. Mediante el control de la sexualidad y la educación, los individuos se obligarán a comportarse según la norma. (Esto se lo copié a Foucault.) Y eso es lo que nos ha quedado: sociedades obedientes a punto de reventar entre ellas, porque nos parece imposible pelearnos con nadie más. Últimamente pienso en todos esos elementos de

represión que toman el control de mí cuando quiero ir más allá. Todos los ingredientes secretos que pusieron en nuestras recetas, que nos susurraban cuando aún no sabíamos defendernos de los ataques; todo eso está ahí, al acecho. Y sale a relucir cada vez que te sientes amenazado. Estamos hechos de un montón de fracasos generacionales transmitidos en la sangre. ¿Cómo voy a hacer para que eso no permee en Emma y Andrés?

Deseé no pensar, no esperar, no anhelar. Simplemente estar. Pero hay que tener más cuidado con lo que se desea, Javi; porque, cuando se cumple, ¿qué? ¿A qué se refieren cuando dicen «plenitud»? Plenitud que a mí me hace sentir tan vacío. Confiaba en que las dos orillas que dividen mi pecho un día llegarían a puerto y que, por la mecánica de las cosas, el paso del tiempo me haría sentir menos y menos desplazado. Pero no es así. No consigo no sentirme solitario, que no solo. No diferencio solo y solitario porque me dé placer. Aunque me lo dé. Los distingo porque no tienen que ver con quien te acompaña, sino con algo más íntimo. Yo solía comer todos los días en un plato olvidado, del que se había perdido toda la colección y solo quedaba ese. ¡Y cómo estaba el panorama para que me identificara con un plato! Un plato de tres rayas: una azul, una roja y una amarilla. Yo era un plato porque no sabía qué más podía ser. Hasta en los libros y en las películas me buscaba, pero no me encontraba. ¿Sabéis el cliché de las protagonistas pobres de las telenovelas que siempre están soñando con encontrar a un chico y salir de su barrio? Envidiaba cómo eso les llenaba de deseo, aunque fuese una mierda de petición. Y aunque luego lo encontrasen o no, la distancia entre su deseo y la realidad era su lucha. Pero ¿cómo se puede luchar cuando uno no sabe ni qué desear?

Andrés pensaba que lo del papel era solo un regalo de despedida. Y ahora que las cosas se han sucedido así, no puedo culparlo. El sexo con él fue sincero. Pero también fue como cuando ves a un amigo muy amigo, que ya no existe en tu vida, y sientes la necesidad de alargar la despedida y emplazaros en el futuro, o lo que yo llamo «el porvenir turbio». Follamos con la misma delicadeza que le pones cuando te despidas de un ser muy querido. No sé si él notó que era sexo de despedida, porque fue un polvo cojonudo. Hay personas que follan mejor cuando están tristes, esto es así. Mientras besaba mi cara, me decía: «Quiéreme, quédate, fóllame».

Y yo sabía que las palabras se enquistaban en el cráter que tengo por plexo solar. Después nos quedamos dormidos y soñé que nunca los había conocido. Sé esto porque me los cruzaba, una pareja tomando un café, y pensaba: «Joder, van a tener unos hijos preciosos».

ANDRÉS: Y tú, ¿vas a volver a escribir?

JAVIER: Sí, en nada me pongo.

Mentí, llevo más de un año sin escribir nada, porque ninguna palabra se atreve a salir de mi boca para acometer una ficción. Todas se quedan dentro enredadas, intentando ordenar la mierda que siempre ha vivido en mí y que se despertó el día que murió mi padre. Hay realidades que todavía no podemos nombrar y yo pensaba que eso era la imaginación, pero lo estaba confundiendo con el desconcierto.

¿Por dónde iba?

Sí, por ser solitario. No, no quiero que penséis que esto es una historia narcisista, rollo *El patito feo*, pero sí quiero perderle el miedo a hablar de los encierros, voluntarios o no, y a que un día me

convencí de que nunca voy a ser completado. Y en esas estoy, dando vueltas a todo lo que me hace daño, intentando encontrar algo lo suficientemente hermoso para guardarlo, como un entramado de cemento y rocas en el que quedarte para siempre. ¿Qué es el amor, si no?

El mayor temor de nuestra sociedad es el estatismo. Mi mayor temor no es acabar solo, es no acabar. Ver cómo las estaciones pasan, los cumpleaños se suceden, te sigue viniendo la regla todos los meses, y ¿qué? No pasa nada. ¿Por qué no sé querer a los demás sin hacerles daño? Me digo que solo quiero lo mejor para ellos, pero lo que quiero es que quepan en lo muchísimo que me gustaría que fuésemos todos.

Después de que Andrés cerrase la puerta, eché el pestillo y bajé las persianas, porque no quería que nadie me viese perpetrando lo que iba a hacer. De repente, sentí vergüenza, y llevaba mucho tiempo sin saber qué era eso. Tampoco iba a meter muchas cosas: si me voy, que sea para empezar de verdad y que la ropa no sea un recuerdo ni los libros una carga y ni siquiera los trofeos. No pude dejar atrás las cartas que nos mandamos ni las polaroids por las que nos obsesionamos, las llevo conmigo. Los matasuegras, tus cepillos del pelo, los textos de las obras y el pijama para usar en esta casa, eso se queda aquí. Hemos guardado durante todos estos años un montón de cosas que nos servirían solo para recordar y para eso ya está la memoria, que esa sí que es imborrable.

La rabia se come mi ambición, que hace años que se tragó mi talento. No puedo seguir enfadado con mis padres, con la muerte, con vosotros y con los adultos en general. Aunque deberíamos denunciarlos, por todas las cosas que nos prometieron que no se han cumplido. ¿Quién paga ahora todo esto? Somos una generación bloqueada porque solo a unos imbéciles se les ocurre

llamarnos la generación más preparada de la historia para luego joder todas nuestras oportunidades y sueños y pasiones. No se hace, no se juega con la vida de los demás. Se nos ha configurado por defecto para la decepción, para la dilución. Todo lo que soñé que podía llegar a ser, diluido. Dilución de la identidad, del placer, del futuro. Todo diluido y pasado por el pasapurés, no vaya a ser que quede un grumo al que poder agarrarme. Nadie ha cumplido con mis expectativas. Ni siquiera mi padre. «Hay que crecer», decía. Y es verdad. Hay que salir de esta burbuja de autocomplacencia y narcisismo en la que estamos todos inmersos. Señalar a los culpables, pero aceptar las consecuencias.

 Crecer no es más que curar las heridas.

 Y la cura no es más que una distracción a largo plazo.

JÓDETE. JÓDETE. JÓDETE. JÓDETE. JÓDETE. JÓDETE.
JÓDETE. JÓDETE. JÓDETE. JÓDETE. JÓDETE. JÓDETE.
JÓDETE. JÓDETE. JÓDETE. JÓDETE. JÓDETE. JÓDETE.
JÓDETE. JÓDETE. JÓDETE. JÓDETE. JÓDETE. JÓDETE.
JÓDETE. JÓDETE. JÓDETE. JÓDETE. JÓDETE. JÓDETE.
JÓDETE. JÓDETE. JÓDETE. JÓDETE. JÓDETE. JÓDETE.
JÓDETE. JÓDETE. JÓDETE. JÓDETE. JÓDETE. JÓDETE.
JÓDETE. JÓDETE.

 Porque nunca voy a saber querer a los demás sin esperar nada a cambio. Y ellos tampoco. Y dentro de veinte o treinta años nos vamos a quedar en esta espiral de mierda y nos vamos a odiar, como todas las parejas. Porque todo parece haber cambiado, pero todo sigue igual. Pensé que en nuestro caso iba a ser diferente.

 Pero, después de todo esto, solo me pregunto una cosa: si no doy yo el paso, ¿quién coño lo va a dar?

 Las ocho horas que dura el trayecto Madrid-Boston me dan tiempo de sobra para imaginar cómo se sucedió todo. Si no fue así,

seguro que algo parecido. Cuando Andrés y Emma entraron en casa, Emma ya sabía lo que había pasado desde que giró la llave en el portal. Varias veces le vino la idea a la cabeza durante la semana y había intentado bloquearla porque le hacía sentir demasiado culpable y porque deseaba seguir enfadada un rato más. La ausencia de mis cosas se lo confirmó, pero Andrés seguía preguntando por mí en voz alta. Imagino que Emma le mandó callar, intentando ordenar un poco sus pensamientos. ¿Qué le dices a un amigo cuando huyes? ¿Es el silencio la mejor respuesta? ¿Dejar que la ausencia hable por sí sola? Aquí estoy, debatiendo cuál es la mejor forma de ~~abandonar~~ despedirme de mis amigos. Dejé una caja con cosas que me gustaría que tuviesen, aunque ya me arrepiento. En la caja había una grabadora con un audio para cada uno, porque soy un anticuado y porque una carta habría tenido muy poca teatralidad.

CARA A

Querida nutria:

Pensé que las cosas se arreglarían con el tiempo, pero no soy un reloj de arena. Dicen que hemos perdido la capacidad de sorprendernos, y yo añado que no la de asustarnos. No encontré la manera adecuada de salir del ataúd, así que he dejado que la corriente me lleve a la siguiente orilla. (Pausa.) He aceptado el puesto en los *estates*. Eres la única *sapiens* que alguna vez he tenido a mi alrededor, así que seguro que tú lo entiendes. ¿Cuántas veces hemos criticado a todos esos payasos que pasan meses intentando dejar de fumar, cuando lo más sencillo es no volver a tocar un cigarro? Todo se veía más fácil antes, mi nutria. Encuéntrame solo en la plaza de Santa de Ana y en las mesas del Vips, el resto de lugares quédatelos para ti. Deseo no ocupar siempre tu preciosa cabeza. ¿Te acuerdas de cuando la madre de Víctor Salas le prohibió juntarse conmigo porque era una mala influencia? Qué hija de puta. Te he hecho mucho mal y no quiero ser más tu techo de cristal. La caja está llena de jerséis que siempre me robas, pónelos cuando los necesites. No dejes de ir a las capitales en las que nos imaginamos, las ciudades no tienen la culpa de que yo tenga los pies fríos. He pensado que a lo mejor mirándole a él te acabarás olvidando incluso de lo mal que se me da tomar decisiones. Por una vez he dicho que sí, pero no hay síes para todos. Por mucho que nos cueste aceptarlo, no podemos seguir idealizando lo que es crecer. Porque al final, intentando averiguar

qué es lo que se nos venía encima, hemos acabado cubiertos de agua.

Princesa de la ESO.

Reina de las noches en Diamante.

Emperadora de todas las terrazas de Madrid.

Te quiero.

TU LUNAR

CARA B

Mi guapo:

Te mentí. Como hace todo el mundo y yo no tenía pinta de ser una excepción. Recorrer tu cuerpo y dormir entre tus tatuajes ha sido la cosa más emocionante que he hecho en mucho tiempo. (Pausa.) No mereces que te inunde con mis tormentas. Yo soy el rey y tú eres Robespierre, así que me voy antes de que nos destrocemos. He elegido el destierro y, créeme, te has quedado con la mejor porción de tierra. Me voy al país que más odio para matar el tiempo y los malos pensamientos. Ese papel te irá muy bien, ya verás. Hasta hace poco mirabas, pero creo que ya has empezado a ver y no hay nada bonito que ver en mí, y, de haberlo, eso ya lo has visto. Espero que no se te vuelvan a enquistar en la garganta las cosas que no dices, pero deberías preocuparte si vuelves a estar carraspeando a cada momento. Acuérdate también de que estás más guapo sin barba. Y de que todos los linóleos gritan tu nombre, así que no hay motivo para temblar encima de ellos. No me esperes despierto ni me busques entre el público, vendrá a verte gente más importante, estoy seguro. Espero que encuentres algo de mí en Emma y que no le tengas miedo a la emoción, que, ya sabes, como viene se va y se olvida.

T'estimo.

TU PRIMERO

El océano Atlántico tiene 1.370.000.000.000.000.000.000 litros. Si multiplicas cada litro por 36 gramos, esa es la cantidad de sal que hay en el océano. Voy a intentar ponerme toda esa sal donde aún sangro, porque es lo que un señor me dijo un día en la playa. Está claro que mi generación es la más preparada de la historia, pero aún no hemos conseguido curar esta muerte por éxito y esta fosa entre los hombros.

Juan Pablo Cuevas

Es actor y dramaturgo. Nació quince días más tarde de lo esperado; probablemente porque nunca acabó de creerse que esa época dorada de los noventa fuese a durar para siempre y no tenía prisa por confirmar su teoría. Los años le han dado la razón y, ahora, tras estudiar Sociología, convierte esa desilusión en energía creativa escribiendo obras tan amables y optimistas como *Jódete y crece* y *Toma tu puta caña*.

Notas

1. *Butch* significa 'marimacho' en inglés. Aunque su origen sea peyorativo, como maricón, ha sido empleado por la comunidad LGBTQ para referirse a aquellas mujeres lesbianas que desarrollan una identidad de género cercana al ideal de masculinidad.

1. *Team building*: una actividad o servicio que contratan las empresas para que los grupos aprendan, de una forma lúdica, a trabajar en equipo. Lo que ha sido siempre ir a ponerse pedo después de la ofi, pero lo paga la empresa.

Jódete y crece
Juan Pablo Cuevas

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de portada: © Vasava

© Juan Pablo Cuevas, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2020

ISBN: 978-84-9998-786-6

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta